
3 1761 09545918 6






G. MARTINEZ SIERRA
OBRAS COMPLETAS
M A M Á
M A D R I G A L
EL POBRECITO JUAN
MADRID
MCMXX

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
CALLE DE VALENCIA, 28. — MADRID

A MIGUEL A. RÓDENAS

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29.—Teléf. 14-30.—Madrid

# MAMÁ

COMEDIA EN TRES ACTOS

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| MERCEDES (38 años)........ | María Guerrero. |
| CECILIA (18 íd.)........... | M.ª F. Ladrón de Guevara. |
| MARTA (19 íd.)............ | Aurora Le-Bret. |
| ANITA (20 íd.)............ | Carmen Giménez. |
| MANUELA................ | N. |
| ALFONSO (30 íd.).......... | Fernando Díaz de Mendoza. |
| SANTIAGO (45 íd.)......... | Emilio Thuillier. |
| JOSÉ MARÍA (20 íd.)....... | Ernesto Vilches. |
| DON FERNANDO (60 íd.).... | Luis Medrano. |
| MAURICIO (23 íd.)......... | Carlos Allens-Perkins. |
| VELASCO (60 íd.).......... | Federico Gonzálvez. |
| UN CRIADO............... | N. |

# ACTO PRIMERO

Saloncito de confianza en una casa muy bien puesta; todo completamente moderno, de muy buen gusto y sobre todo muy confortable. Puertas laterales y una ó dos en el fondo, por las cuales se ven uno ó dos salones, también lujosamente amueblados, en los cuales hay mucha más luz que en las habitaciones de primer término. Libros, plantas, flores, piano; un arpa.

Al levantarse el telón, están en escena Santiago y José María Santiago está sentado junto á la chimenea, y José María pasea de un lado á otro. Santiago está de frac y José María de smoking. En una mesita auxiliar, cerca de la chimenea, hay servicio de café para cuatro personas.

SANTIAGO. *Con un poco de impaciencia.* Las nueve y cuarto ya, y á lás diez de seguro empieza á venir gente.

*Atraviesa Manuela por el fondo.*

¡Manuela!

MANUELA. *Acercándose.* ¿Qué quiere el señor?

SANTIAGO. ¿No baja la señora?

MANUELA. No sé: estará arreglándose.

SANTIAGO. ¿Y la niña?

MANUELA. Con su madre, arreglándose también. ¿Quiere el señor que vaya á ver?

SANTIAGO. No... es decir, sí: dile que si quiere que se le mande también el café á su cuarto. *Manuela va á salir.*

CECILIA. *Entrando rápidamente, vestida de baile y muy contenta.* No, no, el café no, que en seguida baja; pero que lo vayáis tomando vosotros.

JOSÉ MARÍA. ¿Sin ella?

CECILIA. Si viene en seguidita. ¿Lo sirvo yo? Papá, ¿cuántos terrones?

SANTIAGO. Ninguno.

CECILIA. ¡Huy, sin azúcar! Sabrá muy mal.

SANTIAGO. Sabe á café.

CECILIA. *Riéndose y probando el café con la cucharilla.* ¡Qué gusto tan raro!

SANTIAGO. *Sonriendo mientras bebe el café.* Me acostumbré á tomarlo así cuando tenía tan poco dinero, que hasta el gasto de un terrón de azúcar necesitaba tener en cuenta. Porque vuestro padre, chiquillos, ha sido pobre como una rata. Al principio, me sabía amargo; pero poco á poco le fuí encontrando al amarguillo una gracia especial, y ahora, por el amargo lo tomo, y cuanto más amargo, más me gusta. Todo es acostumbrarse, que con costumbre y buena voluntad, á las cosas más desagradables les encuentra uno su saborcillo.

CECILIA. *A José María.* ¿Y tú?

JOSÉ MARÍA. Yo espero á que baje mamá.

SANTIAGO. Mira que le vas á tomar completamente frío.

JOSÉ MARÍA. *Sonriendo.* Me iré acostumbrando.

CECILIA. *Sirviéndose café.* Pues yo, tres terrones. ¡Soy más golosa!

SANTIAGO. Como tu madre.

CECILIA. Eso es, como mi madre. ¡Qué guapísima está! ¡Y qué elegante! Ya veréis, ya veréis qué traje... y el traje es lo de menos; cómo le lleva, cómo anda con él... Mamá se viste como nadie en el mundo...

JOSÉ MARÍA. Se viste, y habla, y anda, y se ríe...

CECILIA. ¡Qué alegre es! No parece una madre.

JOSÉ MARÍA. *Cada vez con más entusiasmo.* Es verdad; no parece una madre. Parece una hermana mayor... y al mismo tiempo más pequeña.

CECILIA. Una reina.

JOSÉ MARÍA. Una niña, ¿verdad, padre?

SANTIAGO. *Con un poco de tristeza.* Verdad.

CECILIA. En el colegio, cuando iba á verme, era día de fiesta. A todas nos traía vuelto el juicio y luego nos pasábamos las horas muertas queriéndonos peinar como ella. ¡Poco orgullosa que estaba yo de que fuera mi madre! Todo el mundo la quiere.

JOSÉ MARÍA. Porque se lo merece.

CECILIA. ¡Ya lo creo! Los días de visita, los hermanos de todas mis amigas me decían que era la mujer más bonita del mundo, y uno le hizo unos versos... yo los tengo... *Viendo que José María se acerca á la puerta.* ¿Viene ya?

JOSÉ MARÍA. *Volviendo al centro de la escena.* Todavía no.

CECILIA. ¡Ay, qué contenta estoy de haber vuelto

á mi casa! ¡Y ahora ya para siempre! ¡Ay, padre, padre! *Acercándose á el, cogiéndole la cabeza entre las manos y besándole.* Una cosa no te perdono: que me hayas tenido en el colegio ocho años seguidos. ¡Desde los nueve! ¡Habráse visto herejía mayor! ¿De qué le sirve á una tener padre y madre, para vivir como una pobre huérfana, metida en un convento?

SANTIAGO. Ha sido por tu bien, hija mía.

CECILIA. ¡Por mi bien! Eso dicen las personas mayores siempre que le dan á una un disgusto. Por mi bien; para aprender á dividir ¡sólo por dos cifras! y las diez partes de la oración, que siempre las confundo, y que Dios hizo el mundo de la nada, y á rezar, y á bordar, y á decir buenos días en francés, ¡ocho años de encerrona! ¡En ocho horas lo aprendo si me dejan estudiarlo solita y á mi modo!

MERCEDES. *Dentro.* ¿Pero aún no han traído los helados?

*Aparece en una de las puertas seguida de Manuela.*

CECILIA Y JOSÉ MARÍA. *A un tiempo.* ¡Mamá!

MANUELA. *Desde la puerta, mientras Mercedes adelanta.* No, señora, los traerán en seguida: el tiempo justo. No hace dos horas que los encargamos.

MERCEDES. ¡Dos horas! Pues ¿en qué habéis estado pensando? En cuanto yo falto de casa...

MANUELA. *Con leve mal humor.* Perdone la señora... como dijo la señora esta mañana que quería hacerlos ella misma para ensayar una receta inglesa, y que se tuviera todo preparado, la cocinera estuvo esperando hasta última hora, y como la señora no ha venido...

MERCEDES. *Con un poco de confusión.* Bien, bien... pero ¿estarán?

Manuela. Descuide la señora.

*Sale Manuela.*

Mercedes. *Acercándose á Santiago. Viene elegantísimamente vestida para baile; á ser posible, de blanco.* Se me olvidó... esta cabeza mía! Es decir, no tiene la cabeza toda la culpa. Es que no sé qué le pasa al tiempo: siempre voy corriendo y siempre llego tarde. Creo que desde que nací llevo la vida con media hora de retraso.

Santiago. *Afectuosamente.* Si no fuese más que media hora...

Mercedes. Eso es, ríñeme... muy bonito. *Acercándose á él.* ¿Estás disgustado? A ver. *Le coge la cabeza y le mira á los ojos.* Ya sé por qué: porque no he bajado á comer con vosotros. Hijo, no he podido: más lo he sentido yo, pero tenía que vestirme: no sabes á qué hora he vuelto de la calle. *Acercándose á Cecilia.* Este es un mal ejemplo; no lo tomes tú, porque entonces tu padre nos comerá crudas... no, y tiene razón: basta con que haya en casa una cabeza destornillada.

Santiago. ¡Mercedes!

Mercedes. ¡Ah!, ¿también está mal que una reconozca sus defectos y los confiese? Pero, ¿no habéis tomado el café?

Santiago. Sí.

Cecilia. Sí.

Mercedes. *Mirando á José María.* ¿Y tú no? por esperarme á mí... *Abrazándole.* ¡Ay, qué hijo tengo más requetesimpático! Tú serás el báculo de mi vejez. Ahora, lo tomaremos los dos juntitos. *Sirve el café.* y se lo serviré yo á mi chiquillo feo. *Le da una taza y toma otra.* ¡Huy, qué asco! Está frío. Hijo, no se pueden hacer sacrificios inútiles.

JOSÉ MARÍA. ¿Quieres que pida otro?

MERCEDES. No, ¿qué más da? Ahora nos estamos aquí, todos juntos, un ratito en familia, hasta que empiece á venir la gente. *A Cecilia.* Ponte derechas esas flores.

CECILIA. *Con aplicación.* ¿Así? ¡Más torpe soy para arreglarme!

MERCECES. Ya irás aprendiendo. Y á ver si te diviertes esta noche, que el baile es para ti, para la señorita que se presenta al mundo, y viene á arrinconar á su madre. Qué vergüenza tener este par de hijos, que le van á una á hacer abuela cualquier día de éstos!

*José María se ríe.*

Sí, sí, ríete. Mucho vas á tardar en traerme una nuera, con ese aire formal tan embustero que te ha dado Dios. ¡Más enamorado vas á ser! ¡Y que te dará por la tremenda! Boda tenemos antes de un año.

JOSÉ MARÍA. Pero, mamá, si no tengo más que veinte...

MERCEDES. Diez y siete tenía yo cuando me casé. Hace veintiuno... ¡la eternidad! No quiero pensarlo. *Levantándose sobresaltada.* ¡Ay, Dios mío!

SANTIAGO. ¿Qué pasa?

MERCEDES. Que están sin desempaquetar unos muñecos japoneses que he traído para la última figura del cotillón: los dejé en la antesala al entrar, y luego se me fué el santo al cielo. *Va á salir.*

CECILIA. Deja, mamá, deja; no te molestes, ya los arreglaré yo.

*Sale Cecilia.*

MERCEDES. *Volviendo á sentarse.* ¡Miren qué importan-

cia se da la muñeca! ¡Ay, maridito, qué bien se está á tu lado en paz y en gracia de Dios; sin ruido, sin jaleo!... ¡Ah! ¿No me crees?

Santiago. Me hace gracia que se te ocurra eso cinco minutos antes de un baile que has preparado con tantos afanes.

Mercedes. ¡Con tantos afanes! Cualquiera que te oyese pensaría que soy un monstruo de frivolidad. Ya ves, ahora me alegraría de que no viniese nadie. No hay que darle vueltas: yo he nacido para vivir sencillamente, á la buena de Dios. Sí, sí; me gustaría ser una pobre, mujer de un albañil, por ejemplo; á las doce te iría á buscar á la obra, y sentaditos en el suelo comeríamos nuestro cocido con azafrán. *Á José María.* Tú serías aprendiz de tipógrafo.

José María. *Riéndose.* Y tendría una novia chalequera.

Mercedes. ¡Ay, qué antipáticos de hombres! Todo lo convertís en substancia.

*Entra Manuela.*

Manuela. Señora...

Mercedes. ¿Qué pasa?

Manuela. Que están ahí los músicos; que dónde se colocan.

Mercedes. Donde siempre; en el gabinetito.

Manuela. Como la señora tiene allí todas las jaulas de los pájaros...

Mercedes. Es verdad... bueno, pues lleváis los pájaros á la estufa... no, no, á la estufa no, que está la mona y no los puede ver..., á mi cuarto... tampoco, que está el tocador, y el loro en cuanto ve señoras con plumas se pone inaguantable.

José María. Que los lleven al mío; yo los instalaré. ¡Pobres bichos!

Mercedes. Eso es.

*Salen José María y Manuela.*

No la dejan á una vivir en paz. *Á Manuela.* Llévate el servicio de café. *Pasea un momento.* ¡Ay, qué vida esta!

Santiago. Siéntate; estate quieta siquiera un minuto.

Mercedes. *Sentándose en el brazo del sillón donde está su marido.* Todos los que tú quieras.

Santiago. *Apartándola.* No, aquí no: ahí, en el sillón de enfrente.

Mercedes. ¿Qué te pasa?

Santiago. ¿Qué me va á pasar? Que me gusta mirarte cuando hablo contigo.

Mercedes. No es eso: es que estás enfadado todavía; por lo de antes. *Con aflicción sincera.* ¿Verdad?

Santiago. Ya sabes que no puedo enfadarme contigo.

Mercedes. *Muy contenta.* ¿De veras?

Santiago. Pero sí me disgusta y me parece mal que el primer día que tienes á tu hija en casa, no hayas comido con todos á la mesa... Ya sé que vas á repetirme que no has tenido tiempo, que has vuelto tarde á casa... ¡peor que peor!

Mercedes. Te figurarás tú que he salido por gusto; es que he tenido qué sé yo cuántas cosas que hacer. Primero he ido de compras... no me riñas, eran cosas de toda precisión, por lo mismo que ha venido la niña ya para quedarse, y para el baile de esta noche: á última hora siempre falta algo. Luego he ido á la modista, también para la niña; no la voy á llevar hecha

una facha: allí... bueno, allí me entretuve un poquito de más; ¡ya ves que lo confieso!

Santiago. Si no hace falta que confieses nada; no te estoy acusando de ningún crimen; no necesitas darme cuentas.

Mercedes. Es que yo te las quiero dar, para que veas. Luego fuí á casa de unas amigas á elegir personaje para unos cuadros vivos que estamos preparando... No es por diversión, no; es para una fiesta que queremos dar, para reunir fondos y pensionar á un chico .. si tú le conoces, el hijo del conserje de la fábrica, que tiene una voz preciosísima y queremos enviarle á Milán á que estudie. Ya verás: hacemos *El jardín del amor*, de Rubens, y *La gallina ciega*, de Goya... Es buena idea, ¿verdad? ¡Pobre muchacho! A mí se me ocurrió. ¡Más contento se va á poner cuando lo sepa!

*Se oye toser dentro.*

Por ahí anda mi padre.

Santiago. Entonces, yo me voy.

Mercedes. ¿También te molesta mi padre?

Santiago. No por cierto. Pero como soy hombre que me levanto al amanecer, no tengo nada que decirle á un señor que empieza la vida á las diez de la noche; nunca hemos visto el mundo á la misma luz.

Mercedes. *Riendo.* Oye... ¿no te vas disgustado?

*Él dice que no con la cabeza.*

Oye, que no me dejes toda la noche sola... y que te diviertas y que estés alegre... ya sabes que no puedo verte preocupado.

Santiago. No te apures, mujer; nos divertiremos por complacerte.

*Santiago sale. Ella se vuelve á tiempo que entra por otra de las puertas Don Fernando: va vestido como para salir á la calle, de etiqueta, con abrigo de pieles y sombrero de copa.*

MERCEDES. Buenas noches, papá... es decir, para ti, buenos días, porque te acabarás de levantar.

FERNANDO. Buenas noches, hijita... No tanto: ya he tomado mi baño, mi masaje...

MERCEDES. *Riéndose.* Tu desayuno...

FERNANDO. Búrlate de tu padre... sí, señora, mi desayuno; he hecho mi media horita de gimnasia, he leído el periódico...

MERCEDES. Y ahora vas á la calle á disfrutar del fresco de la mañana.

FERNANDO. Pero, hija mía, ¿qué va á hacer de día por las calles un hombre que no tiene negocios?

MERCEDES. ¡Ay, papaíto!, ¿no te da vergüenza?

FERNANDO. Tú tampoco madrugas demasiado.

MERCEDES. Me levanto á la hora de todo el mundo. ¿Cuánto tiempo hace que no has visto el sol?

FERNANDO. Desengáñate, hijita: de día no tropieza uno por ahí más que con gentes egoístas, que van siempre de prisa, que viven para sí, para sus asuntos, y no le hacen á uno maldito el caso. Ya ves aquí, y eso que no paso más que un mes con vosotros: tu marido, que es un burgués tremendo, en su trabajo; tú, en tus visitas, en tus trapos... Si no me quejo, es natural. Hasta que entra la noche no encuentra uno las gentes altruístas, hospitalarias, que consienten en vivir para uno, en acogerle con los brazos abiertos, en alegrarle á uno la vida.

MERCEDES. Tu dinero te cuesta.

FERNANDO. En eso sí que tienes razón... ¡El dinero! Ahora precisamente estoy en un apuro tremendo; es decir, yo no... una chiquilla... ¡un ángel! á quien su familia explota indignamente.

MERCEDES. ¡Ay, papá; no me cuentes á mí esas cosas!

FERNANDO. Pero, hija, ¿qué te figuras? Es una protección desinteresada. ¡Pobre criatura! Si la vieras...

MERCEDES. Me la figuro.

FERNANDO. ...Te compadecerías de ella. Mira, hijita, *Haciéndole un mimo.* sé buena, y préstale á tu padre, que tan de veras te ha querido siempre, cuatro mil pesetas.

MERCEDES. ¡A buena parte vienes! Te iba á pedir yo á ti diez mil, que me hacen una falta...

FERNANDO. ¿A ti, diez mil pesetas?

MERCEDES. *Queriendo sonreir, pero apurada.* Tremenda, como dices tú.

FERNANDO. Déjame que me ría.

MERCEDES. No te rías, que es muy serio.

FERNANDO. Pídeselas á tu marido.

MERCEDES. ¡No, no!

FERNANDO. ¿Por qué?

MERCEDES. Porque no... porque no me las daría... y además, porque no.

FERNANDO. ¿Es que ahora ese... burgués se permite escatimar fondos á su señora?

MERCEDES. No, no es eso... ¡Ay, papá! Tú que tienes costumbre de estas cosas, búscame diez mil pesetas. ¿A ti qué trabajo te cuesta?

FERNANDO. Pero, hija mía...

MERCEDES. Mira que me hacen falta de verdad, de verdad...

FERNANDO. Me asustas, Mercedes. Vamos á ver: ¿qué has hecho? Mira que estás hablando con tu padre.

MERCEDES. ¿Y las encontrarás?

FERNANDO. Habla.

MERCEDES. Pues nada.... este verano... una noche... aquel Biarritz es tan aburrido... y yo estaba tan sola...

FERNANDO. Sí; ¿qué, qué?

MERCEDES. Que en el Casino me acerqué un rato á la mesa de juego...

FERNANDO. *Con embeleso.* Y jugaste, y perdiste, y te prestaron, y ahora lo tienes que pagar.

MERCEDES. ¿Cómo lo sabes?

FERNANDO. Abrázame. ¡Pobre ángel mío! Se aburre, juega, pierde..., es natural.

MERCEDES. ¡Papá!

FERNANDO. La culpa la tiene tu marido... sí, señor, tu marido, que deja que se aburra una mujer tan bonita. ¡Tu madre no se aburrió nunca, hija mía!

MERCEDES. ¡Pobre mamá!

FERNANDO. Bueno, ahora tengo prisa. Hasta mañana. No te apures..., es una niñería. *Cogiendo varios cigarros habanos que hay sobre la mesa auxiliar.* ¡Buena vida se da tu marido! *Se guarda los cigarros.* ¡Adiós!

*Entra Cecilia.*

CECILIA. Mamá... *Viendo á don Fernando.* Buenas noches, abuelo.

FERNANDO. ¡Abuelo! Niña, esas verdades tristes se dicen más bajito.

MERCEDES. ¿Qué quieres?

CECILIA. Que ya ha venido gente, y todo el mundo pregunta por ti.

Mercedes. Voy allá. *Al pasar se mira al espejo.* ¡Huy, qué cara tan sofocada tengo! *Se da polvos delante del espejo y luego sale.*

Fernando. Hasta luego, entonces.

Cecilia. ¡Ah! ¿pero no te quedas al baile? Mira que es en mi honor, porque he salido del colegio.

Fernando. Imposible. Tengo mucho que hacer.

Cecilia. ¿A estas horas? La noche es para descansar y para divertirse.

Fernando. Dichosa edad la tuya en que sólo se piensa en diversiones; el deber es el deber, hijita. Vaya, hasta mañana...; á bailar..., que te están esperando. *Sale.*

Cecilia. ¡A bailar! ¡Ay, ya suena la música! ¿Estaré bien? Como es el primer día que voy de largo, casi no sé andar con la cola... *Se mira en el espejo.* ¡Si me viera sor María Jesús descotada!... ¡Ay, Dios mío! *Va á salir y se detiene en la puerta.* ¡Angel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día!

*Vuelve á andar y tropieza en la puerta con Alfonso, Velasco y Mauricio, que entran del salón. Sale corriendo, un poco avergonzada porque le han visto hacer la señal de la cruz.*

Alfonso. ¡Bonita chiquilla!

Mauricio. Y devota, á lo que parece. La hemos asustado.

Velasco. Es la hija de Mercedes.

Alfonso. Me gustan las mujeres que rezan antes de ponerse á bailar... Señal de que le tienen miedo al diablo. Esas son las buenas; como caen con terror, aprietan al caer.

VELASCO. Suponiendo que caigan.

ALFONSO. Por supuesto.

VELASCO. Dichoso usted, que tiene tales seguridades.

ALFONSO. Yo no aseguro que vayan á caer todas conmigo. Sería demasiada responsabilidad. *A Mauricio, que se ha sentado aparte.* Hombre, di algo.

MAURICIO. *Con mal humor.* ¿Yo?

ALFONSO. ¿Dónde has dejado á tu novia?

MAURICIO. Por ahí, en el salón... con sus amigas.

ALFONSO. ¿Estáis de monos?

MAURICIO. Así parece.

ALFONSO. ¿Y por qué?

MAURICIO. Ella lo sabrá...; tontadas... celos.

VELASCO. Sus motivos tendrá.

MAURICIO. Es que estas niñas se empeñan en que se ha de pasar uno la vida pegado á sus faldas.

ALFONSO. Malos vientos soplan esta noche en el baile.

MAURICIO. Como tú eres el hombre feliz...

ALFONSO. Casi, casi...; por lo menos, sano. A estas horas no me duele nada, ni fuera ni dentro. *Señalando al corazón.*

MAURICIO. ¿A ti no te ha importado nunca una mujer?

ALFONSO. Ya lo creo; mucho y muchas veces...; ahora, que casi siempre he tenido la suerte de importarles yo más á ellas.

VELASCO. No le envidio á usted, amigo. La gran felicidad que da el amor es sentir que uno quiere de veras.

ALFONSO. La gran felicidad que da el amor es saber que alguien sufre por uno. ¡Qué bonitas están cuando lloran!

Mauricio. No discuta usted de mujeres con éste, que es el Tenorio de nuestro siglo. Debe tener pacto con el diablo.

Alfonso. No tengo más que método, serenidad y constancia. A toda mujer que se presenta le hago el amor. Naturalmente, muchísimas me mandan á paseo, pero hay bastantes que me acogen con misericordia. Como voy sereno, el descalabro me importa poco —ya contaba con él—y me quedo tranquilo... pérdidas y ganancias... sin el resquemor de que tal vez aquella á quien hubiese respetado fuera precisamente la que tenía ganas de que le faltase al respeto.

Mauricio. ¡Ja, ja! Está bien.

Velasco. ¿Y entre todas esas... pérdidas y ganancias que usted dice, ninguna le ha hecho á usted sufrir... sufrir de veras?

Alfonso. Alguna. ¿A quién no le da un vértigo en la vida por firme que tenga la cabeza? Pero eso sí que no se lo perdono, no faltaría más... No hay derecho. A un hombre soy capaz de perdonarle... lo que sea; ¡pero mujer que me la hace, me la paga!

*Entra Mercedes con José María.*

Velasco. ¡Oh, Mercedes!

Alfonso. Mercedes.

Mauricio. Mercedes.

*Los tres se levantan y la rodean.*

Velasco. Buenas noches, Mercedes.

Mauricio. Buenas noches.

Alfonso. Salud. *Le besa la mano.*

Mercedes. Buenas noches, señores. ¿Qué hacen ustedes aquí tan escondidos?

Mauricio. Buscarla á usted.

MERCEDES. Sentados... bonita manera.

MAURICIO. Usted no sabe las vueltas que hemos dado por el salón inútilmente.

ALFONSO. Hasta que yo he dicho: señores, esta mujer cruel es un fuego fatuo; no hay como seguirla, para no alcanzarla. Vamos á esperarla sentados, que ella caerá.

MERCEDES. *Protestando.* ¿Eh?

ALFONSO. Perdón: he querido decir: ella pasará.

MERCEDES. *Queriendo marcharse.* Y sigo pasando.

MAURICIO. ¿Así nos abandona usted?

MERCEDES. ¿Tienen ustedes más que seguirme?

ALFONSO. Siéntese usted aquí con nosotros, siquiera dos minutos.

MERCEDES. No sé cuánta gente me está esperando.

VELASCO. Sacrifique usted un poco la impaciencia de los indiferentes, en favor de tres buenos amigos.

MERCEDES. ¡No, no; vámonos, niño! A propósito: ¿qué les parece á ustedes mi hijo? ¡La sorpresa más grande de mi vida! Creí que tenía un bebé y me encuentro con un ingeniero. ¡En cuatro años de ausencia! ¿Qué les darán en Bélgica á los muchachos para que crezcan de ese modo? Acompáñenme ustedes en el sentimiento.

*Todos se ríen.*

Sí, sí, ríanse ustedes; ha sonado mi hora: me retiro del mundo. Con un hijo de este tamaño no hay coquetería posible. *A Velasco.* Alégrese usted, amigo; ¡desde esta noche somos contemporáneos!

VELASCO. Con lo cual yo me quito no sé cuántos años de encima, y me quedo en edad á propósito para hacer por usted unas cuantas locuras.

MAURICIO. En eso de locuras me llamo á la parte.

MERCEDES. Silencio, niño; ya sabe usted que en mi presencia está prohibido hablar de ciertas cosas antes de haber cumplido los sesenta.

MAURICIO. Pues va á ser un poco difícil obedecerla á usted, porque esta noche está usted demasiado bonita, y eso es caso de fuerza mayor.

MERCEDES. Lo que tiene usted que hacer ahora mismo es irse á bailar con su novia.

MAURICIO. ¡Déjeme usted olvidar que la tengo!

MERCEDES. ¿Cómo se entiende? Andandito, andandito.

*Entra por el fondo Anita.*

Digo, y me parece que ya le están á usted buscando. *A Anita.* Aquí, niña, aquí está el tesoro perdido.

MAURICIO. *Con mal humor.* ¡Qué oportunidad!

ANITA. *Con retintín, á Mercedes.* Tantas gracias, señora. Ya sabía yo que había de encontrarle en buena compañía.

*Mauricio se acerca á Anita y se separa con ella del grupo.*

MERCEDES. *Con cariño, á Anita.* Guárdale bien, que los hombres son malas personas. *A José María.* ¿Qué haces tú que no hablas? Di algo.

JOSÉ MARÍA. Te oigo hablar á tí.

MERCEDES. ¡Bonita manera de llamar charlatana á tu madre!

*Siguen hablando.*

MAURICIO. *Con mal humor, contestando á una pregunta de Anita.* ¿Dónde había de estar? Buscándote.

ANITA. Mucho tiempo has tardado en encontrarme.

MAURICIO. Es que como sabía que iba á encontrarte de mal humor, no me he dado prisa.

ANITA. Ya. ¡Y como has encontrado en el camino un obstáculo irresistible!

MAURICIO. ¿Quieres bailar ó quieres reñir?

ANITA. Me es indiferente.

MAURICIO. Pues bailemos, que es menos aburrido.

*Salen juntos.*

MERCEDES. *Á su hijo.* ¡Anda tú también á buscar pareja, que las niñas se quejan si no bailan!

ALFONSO. *Á Mercedes.* Y usted... ¿no me hará el supremo favor de concederme un vals?

MERCEDES. ¿Supremo nada menos?

ALFONSO. ¿No dice usted que esta noche se retira del mundo? Ya ve usted si el último vals es una cosa grave. ¡Casi un testamento!

MERCEDES. Vamos allá.

*Todos van á salir; pero cuando han llegado á la puerta, Alfonso, separándose bruscamente de Mercedes, vuelve al primer termino: naturalmente, ella se detiene, y Velasco y José María, que ya estaban en la puerta, salen y se alejan.*

ALFONSO. *Al separarse de Mercedes.* Perdón... creo que olvida usted el abanico.

MERCEDES. *Con ingenuidad.* No, si le tengo aquí.

ALFONSO. *Acercándose á ella.* Ya lo sé.

MERCEDES. *Sin comprender.* ¿Cómo?

ALFONSO. *Mirando hacia la puerta del fondo.* No se asombre usted. Esto ha sido un ardid, harto inocente, para conseguir que nos dejasen solos.

*Alfonso dice toda la primera parte de esta escena con un tono de broma amable y galante.*

MERCEDES. *Con desabrimiento.* Inocente é inútil. ¿No íbamos á bailar? ¿Qué más soledad quiere usted?

ALFONSO. Perdón... lo que entre usted y yo tiene que resolverse esta noche es demasiado grave para tratado en unas vueltas de vals.

MERCEDES. *Sonriendo sin ganas.* Me asusta usted.

ALFONSO. ¡Ojalá! Señora mía, tiene razón ese niño gótico: ¡esta noche está usted demasiado bonita!

MERCEDES. ¡Ja, ja, ja! ¿Es eso lo que no puede usted decirme bailando?

ALFONSO. ¡Bonita como nunca! Tiene usted en los ojos una luz inquietante, en la voz una música extraña... en fin, señora mía y dueña: ha llegado el momento psicológico de que este pobre hombre acabe de volverse loco por usted.

MERCEDES. ¡Ja, ja, ja!

ALFONSO. No se ría usted, que es de veras.

MERCEDES. Vamos á bailar, y déjese usted de locuras.

ALFONSO. Hoy no se baila.

MERCEDES. *Queriendo echarlo á broma.* Ah, vamos...

ALFONSO. ¡Hoy se dice, de una vez para siempre, que sí ó que no!

MERCEDES. *Con ligero desabrimiento y ya un poco inquieta.* ¿De una vez para siempre?

ALFONSO. ¡Y en serio!

MERCEDES. *Mirándole fijamente.* ¿Ah, en serio? ¡Pues en serio: que no! *Se aparta de él.*

ALFONSO. *Fingiendo grandísima emoción.* ¡Oh, Mercedes!

MERCEDES. *Dando por terminado el incidente.* ¿Bailamos?

ALFONSO. ¡Señora mía: conmigo no tiene usted derecho á ser tan cruel!

MERCEDES. Amigo mío: con usted y con todos, tengo derecho perfectísimo á ser mujer honrada.

ALFONSO. ¡Bah, eso es muy aburrido!

MERCEDES. Va en gustos.

ALFONSO. Precisamente: y usted le tiene demasiado exquisito para contentarse con el cielo azul de una dicha casera, sin pena ni gloria.

MERCEDES. *Con dignidad.* A mí me basta: soy muy burguesa, amigo; el cielo azul me encanta y el pan casero me sabe á gloria.

ALFONSO. Ya será algo menos.

MERCEDES. O algo más. ¡Me gusta la osadía! ¿Usted qué sabe?

ALFONSO. Señora mía: conocemos el corazón humano y femenino, que es como decir humano siete veces. Aquí *Llevándose la mano al corazón, y hablando con voz emocionada.* se la comprende á usted porque se la quiere, sí, señora..., desatinadamente... A pesar de todos sus alardes de felicidad, no es usted feliz.

MERCEDES. *Un poco ofendida.* ¿Ah, usted cree!

ALFONSO. *Con seriedad.* ¡Pondría la vida!

MERCEDES. ¿Me ha visto usted llorar alguna vez?

ALFONSO. ¡La he oído á usted reir demasiadas!

MERCEDES. ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene gracia!

ALFONSO. ¡Sí, señora mía, reir! Reir por todo y á todas horas, con motivo y sin él, á tiempo y á destiempo. ¡Si viera usted, Mercedes, cuántas veces á los que la queremos á usted nos duele aquí dentro esa risa!

MERCEDES. *Intrigada.* ¿Por qué?

ALFONSO. Porque es como el cantar de los chiquillos cuando tienen miedo... ¡Su corazón de usted le

tiene miedo á su propia inquietud, y para no enterarse de que está muy triste, hace mucho ruido!

MERCEDES. *Francamente.* ¡Ja, ja, ja!

ALFONSO. *Un poco desconcertado.* ¿De qué se ríe usted?

MERCEDES. *Sin dejar de reír.* ¡De usted!... No..., usted perdone...; de usted no..., de eso... ¡Yo, yo profundamente triste... y tantísimos años sin enterarme! ¡Ja, ja, ja! Y usted tiempos y tiempos compadeciéndome y hasta queriéndome consolar... ¡Qué pena! ¡Sí que estaría bien la situación para una novelita francesa! ¡Lo malo es que yo soy española, y persona decente, y no lo puedo remediar, amigo; ni traducida, ni sin traducir, siento la poesía del adulterio!

ALFONSO. *Despechado y perdiendo un momento la corrección.* Naturalmente... le basta á usted con la del flirt...

MERCEDES. *Con fiereza.* ¿Por qué dice usted eso?

ALFONSO. Señora mía, es un juego cruel y peligroso. ¿Va usted á decirme ¡á mí! que una mujer, tan mujer como usted, no se da cuenta de que un hombre la quiere?... Muy divertido; ¿no? ¡Se sonríe, se calla, se comprende, se acepta el homenaje! ¡A este hombre le tengo vuelto el juicio! *Afectando hondísima amargura.* Eso siempre hace bien con las amigas.

MERCEDES. *Un poco desconcertada.* ¡No sé qué quiere usted decir!

ALFONSO. ¡Oh, historia eterna! El hombre ha puesto en ella lo mejor de sí mismo, y se encuentra con que lo que fué para él un pedazo de vida, es para la señora un juego de salón.

MERCEDES. *Que no sabe qué decir.* Pero... usted...

ALFONSO. La burla es demasiado sangrienta... ¡y el hombre no es un santo!

MERCEDES. ¡Me está usted ofendiendo mortalmente! ¿Cómo ha podido usted creer de mí... cuándo le he dado yo motivo...?

ALFONSO. ¡Eramos tan amigos, señora mía!

MERCEDES. Pero...

ALFONSO. ¡Y era usted tan amable!

MERCEDES. *Con ira.* ¡Tan amable! ¿Y por eso?... Tan amable, es claro... por educación, por buen gusto. ¡Porque no puedo ver á mi lado una cara triste! ¿Y esto es dar esperanzas, prometer? ¡Pero entonces no es posible la vida! Y además, ¿qué culpa tiene una mujer decente de que un hombre, que acaso no lo es tanto, se dé el capricho de morirse por ella? ¡Lucidas estaríamos, si hubiese que tomar por lo trágico cada tontería de estos caballeros! Ustedes nos ofenden cuando quieren, nos burlan cuando pueden... nosotras nos reímos de ustedes cuando nos da la realísima gana! ¡Estamos en paz! ¡Buenas noches!

ALFONSO. *Con abatimiento.* ¿Así se marcha usted?

MERCEDES. *Un poco arrepentida de su violencia, al ver el abatimiento de él.* ¡Creo que no nos queda más que decir!

ALFONSO. A mí me falta pedirle á usted perdón. He pecado, no de presuntuoso, sino de impaciente... La pasión... aunque usted no crea en ella, cubre la multitud de los pecados... Espero que quedamos amigos.

MERCEDES. ¿Por qué no? Amigo es todo el mundo. *Muy seria.* Y á propósito: ya que es hora de cuentas, no piense usted que olvido una ya un poco antigua, que yo creí sencillamente de amistad, y que por eso he descuidado un tanto. Mañana mismo enviaré á usted las diez mil pesetas que tuvo la amabilidad de prestarme.

ALFONSO. Ahora es usted la que me ofende; puede usted creer, por mi honor, que no recordaba semejante deuda.

MERCEDES. ¡La recordaba yo, y es bastante! ¡Muy buenas noches! *Sale sin mirarle.*

ALFONSO. ¡Siempre á sus órdenes! *Cuando Mercedes ha salido. hace un gesto de vivísima contrariedad, en el cual tiene mucha más parte el despecho que el sentimiento; pasea un momento de un lado para otro, nerviosamente.* ¡Está bien!

*Luego sale también vivamente y se cruza en la puerta del fondo, sin reparar en ellas, con Cecilia, Anita y Marta, que entran cogidas de la mano. Anita trae cara de marcadísimo mal humor. Marta es risueña y burlona. Al cruzarse con Alfonso, que no repara en ellas, se le queda mirando y Marta se echa á reir.*

MARTA. ¡Ja, ja, ja!

CECILIA. *Ingenuamente.* ¿De qué te ríes?

MARTA. De la cara de rabia que lleva don Alfonso el Conquistador.

CECILIA. *Que no comprende.* ¿Quién?

MARTA. El señor don Alfonso de Heredia... ese caballero tan *chic*, que sale sin dignarse reparar en nosotras. Mírale bien, que es bicho curioso... ¡El terror de los mares y de los maridos! ¡Don Juan, Byron y el diablo, todo en una pieza! Seductor, burlador, impenitente, cínico. *Cecilia abre unos ojos asustadísimos.* ¿Tú has leído las aleluyas del hombre malo? Pues lo mismo, con una diferencia: el hombre malo juega y pierde, y éste dicen que juega y siempre gana. Pero, lo que es hoy, por la cara que lleva, le debe haber salido mal la cuenta. *Se ríe.*

ANITA. *Que ha ido á sentarse á un rincón.* ¡Me alegro!

CECILIA. *Ingenuamente.* ¿Por qué?

ANITA. ¡Porque es hombre! ¡Que sufra! ¡Alguna vez les ha de tocar á ellos!

CECILIA. ¿Por qué dices eso?

ANITA. ¡Porque sí! ¡Que rabie; que padezca! ¡Ay, señor! ¿Por qué habrá hombres en el mundo, y por qué seremos tan tontas las mujeres, que les hagamos caso? Por más que no tienen ellos la culpa... la tienen ellas, ellas, las otras...

MARTA. *Riéndose.* Tú te lo dices todo.

ANITA. *Rompiendo el pañuelo.* ¿Por qué les gustarán tanto á los hombres las mujeres casadas?

MARTA. *Muy convencida.* ¡Porque ya no se tienen que casar con ellas!

CECILIA. *Á Marta, por Anita, sinceramente alarmada.* Pero ¿qué le pasa?

MARTA. ¿Qué le va á pasar? Que es tonta de remate, y que se ha enamorado de su novio, como si no hubiera cosa mejor que hacer, y que él es un ganso de lo más selecto, y está loco por... *Se detiene bruscamente.*

CECILIA. *Con curiosidad, pero sencillamente.* ¿Por quién?

MARTA. Por una señora. Tú no la conoces.

ANITA. *Acercándose á la puerta.* ¡Estará bailando con ella, como si lo viera! ¡Y ella, que es lo que más rabia me da, riéndose de él!

MARTA. ¡A ver! ¡Si la divierte! *Á Cecilia, confidencialmente.* ¡Hace bien! Los hombres son muy tontos. *Reflexionando.* O muy listos..., no sé...; les gustan las mujeres que saben, y no nosotras, que somos unas pavas... en fin, hija, un lío... cualquiera lo entiende. No hay más que reirse de todo y esperar; ya nos casaremos y aprenderemos, y nos llegará la hora de divertirnos.

ANITA. Pero entretanto... *A Cecilia.* Ya verás, ya verás si te enamoras, y aunque no te enamores. Este es un baile blanco, dicen que en tu honor, porque acabas de salir del colegio. ¿Cuántas veces te han sacado á bailar? ¿A quién te ha presentado tu mamaíta? ¡Pues este baile blanco va á ser tu vida entera, mientras tu mamaíta no tenga canas!

MARTA. ¡Ay, hija, qué ganas de quitar ilusiones! No hagas caso. Los muchachos se van con las señoras; pero los caballeros de cierta edad se perecen por bailar con las niñas; vente conmigo, que no te ha de faltar pareja. *Á Anita.* ¿Y tú, piensas pasarte la noche haciendo el ridículo? ¡Al baile, al baile!

*Van á salir las tres cuando Alfonso aparece por el fondo: lleva el abrigo al brazo para marcharse, y al pronto no las ve.*

CECILIA. *Parándose al ver á Alfonso.* ¡Ah!

MARTA. ¿Qué?

CECILIA. Ese señor... que vuelve.

MARTA. Es que se marcha. ¿No lo dije? De seguro le ha pasado algo gordo.

CECILIA. *Con ingenuidad.* ¡Pobrecillo!

MARTA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué pava eres!

*Alfonso, al oir la risa, se vuelve y las mira.*

CECILIA. *Con susto.* ¡Ay! ¡Nos ha oído!

ALFONSO. Muy buenas noches, señoras mías. Divertido está el tiempo.

ANITA. Se hace lo que se puede para pasar el rato.

MARTA. En cambio, usted se marcha de aburrido que está.

ALFONSO. Me marchaba, en efecto; pero he cambiado de intención. *Deja rápidamente el abrigo y el sombrero,*

*se acerca á Cecilia y le dice:* Señorita, ¿quiere usted hacerme el honor de bailar conmigo?

CECILIA. *Con susto y satisfacción á un tiempo.* ¡Yo!

ALFONSO. ¡Sí, señora, usted! Aunque no estemos hoy oficialmente presentados, nos hemos visto muchas veces... siempre que usted ha venido á su casa en vacaciones. Soy amigo antiguo.

*Anita y Marta se separan de ellos y se quedan oyendo junto á la puerta.*

CECILIA. *Serenándose un poco.* No recuerdo.

ALFONSO. Una mujer bonita no tiene obligación de acordarse de nada...; siempre hay quien se acuerde por ella... y de ella. ¿Vamos?

CECILIA. Es que yo... casi... no sé bailar.

ALFONSO. *Ofreciéndole el brazo, que ella acepta sin saber lo que hace.* ¡Bah! Conmigo irá usted aprendiendo.

MARTA. ¡Ja, ja, ja! ¡Un flechazo!

ANITA. ¿Pero... no decían... que á la madre también?... ¡Válgame Dios... el mundo es un presidio suelto!

*Salen Anita y Marta. Alfonso y Cecilia, del brazo, se dirigen también hacia el fondo.*

ALFONSO. *Á Cecilia.* ¡Qué ojos tan bonitos y tan serenos tiene usted! ¡Dan ganas de ser santo, mirándolos! *Siguen andando.*

TELÓN

# ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el primero. Son próximamente las seis de la tarde.

Al levantarse el telón, están en escena Cecilia y Don Fernando. Cecilia termina de tocar al piano un preludio de Bach. Don Fernando, en traje de mañana, está confortablemente instalado en un sillón y fumando, aunque medio dormido.

CECILIA. *Sin levantarse del piano, pero volviendo un poco la cabeza.* ¿Te gusta? Es bonito, ¿verdad?

FERNANDO. *Despertando sobresaltado.* ¿Eh?... sí... mucho. ¡Eres una gran pianista!

CECILIA. *Sonríe.* ¿Te habías dormido?

FERNANDO. No, hijita. Es que este Wagner... *Al notar la sonrisa de ella.* Era Wagner, ¿no?

CECILIA. *Sonriendo.* Bach.

FERNANDO. Da lo mismo. Esta música clásica, á los

que ya no somos jóvenes, nos pone un poco tristes... soñadores... Los recuerdos, hijita, los recuerdos, que, cuando se ha vivido mucho, siempre son, por lo menos, *Bosteza.* melancólicos.

CECILIA. No debe ser eso, porque á mí, que soy joven, también algunas veces me pone triste la música. Como no sean recuerdos de cosas que no le han sucedido á una nunca, ó anuncios de tristezas que le tienen á una que suceder... No sé...

FERNANDO. ¿Qué te pasa?

CECILIA. A mí, nada. ¿Por qué?

FERNANDO. Porque me sorprenden esas reflexiones profundas en una dama de diez y ocho abriles, que acaba de vestirse de largo.

CECILIA. Será que tengo sueño. Como ayer, con el baile, nos acostamos tarde, y yo por las mañanas no puedo dormir...

FERNANDO. *Con asombro sincero.* ¿No?

CECILIA. La costumbre, ya ves; en el colegio nos levantamos á las seis y media.

FERNANDO. *Con espanto.* ¿De la mañana?

CECILIA. Claro.

FERNANDO. ¡Pero eso es un absurdo contra naturaleza! ¡Un tormento de la Inquisición! ¡Y los padres encerramos á nuestras hijas, sin pensar, en semejantes antros! Pero, hijita mía, ¿allí sí que estaréis muertas de sueño?

CECILIA. No, porque á las nueve ya estamos en la cama.

FERNANDO. ¡Es una idea! Y vamos á ver: ¿qué has podido hacer tú en esta casa, desde esa hora inverosímil?

CECILIA. Ya ves, nada... Aburrirme. Papá José y María se fueron á las nueve á la fábrica; mamá hasta las once no se despertó, y luego tuvo que escribir sus cartas; y después de almorzar, papá y José María se han encerrado á trabajar en el despacho, y mamá se ha marchado á unos ensayos de una comedia ó de unos cuadros vivos... no sé. Aquí he estado leyendo y estudiando el piano hasta que tú has salido. *Pausa. Con interés.* Oye, ¿tú conoces á un señor que se llama don Alfonso de Heredia?

FERNANDO. Sí, le conozco, sí. ¿Por qué?

CECILIA. *Disimulando.* Por nada. Porque ayer bailó conmigo. ¿Es verdad que es tan malo como dicen?

FERNANDO. *Con indiferencia.* ¿Ah, dicen?

CECILIA. Sí.

FERNANDO. ¿Quién?

CECILIA. Todos... mis amigas...

FERNANDO. *Sin darle importancia.* No creo... por más que puede... Simpático sí es.

CECILIA. *Con emoción mal disimulada.* ¿Verdad? *Levantándose de prisa y acercándose al balcón.* ¡Ay, un coche! *Con alegría.* Es mamá... pero viene con otra señora... ¡Ah, es la modista! *Yendo hacia la puerta.* ¡Voy! *Deteniéndose.* ¿Te quedas tú aquí? ¿Quieres algo?

FERNANDO. No. Anda, anda.

CECILIA. Puede que ya no vuelva á salir esta tarde, ¡y entonces sí que vamos á pasarlo bien las dos juntas!

*Va á salir, pero entra Mercedes. Viene en traje de calle con el sombrero aún puesto.*

¡Ay, madre, qué gana tenía de que vinieras ya!

MERCEDES. *Abrazando á su hija con cariño, pero sin reparar demasiado en ella.* ¿Te has aburrido mucho? ¡Hija, esta

vida mía, siempre corriendo! ¿Qué has hecho? *Viendo el piano abierto.* ¿Estudiar el piano? Así me gusta. *Viendo á su padre.* ¡Ah, estabas con tu abuelo! Menos mal. *Se quita, mientras habla, los guantes y el sombrero. Cecilia la ayuda.* Gracias. *Se sienta.* Vengo muerta. ¡Tres horas ensayando!

CECILIA. ¿Quieres que te traiga una taza de te?

MERCEDES. Sí; díselo á Manuela. Tú sube á mi cuarto, que está esperando la modista para probarte no sé cuántas cosas. Ya verás, ya verás.

CECILIA. ¿No subes tú?

MERCEDES. Sí, ahora.

*Sale Cecilia llevándose el sombrero de su madre. Mercedes se levanta, y acercándose á su padre, habla nerviosamente.*

Me alegro de que estés aquí; tengo que hablar contigo, en serio; de lo de anoche, ¿sabes?

FERNANDO. *Haciéndose el desentendido.* ¿De lo de anoche?

MERCEDES. Sí, de las diez mil pesetas que me hacen falta.

FERNANDO. Ah, ¿pero no quedamos en que ibas á pedírselas á tu marido?

MERCEDES. No.

FERNANDO. Yo creí...

MERCEDES. ¡No, no! No puede ser. Figúrate el disgusto, la escena... Imposible. En cuestiones de dinero, Santiago no se aviene á razones... dice que soy muy loca. Y lo que es esta vez tiene razón. Y tengo que devolverlas hoy, hoy mismo, sin falta.

FERNANDO. Pero ¿por qué hoy mismo?

MERCEDES. *Con un poco de impaciencia.* ¡Porque sí! ¡Y no tengo un céntimo! ¡Yo no sé qué le pasa al dinero, que siempre se me va de entre las manos!

Fernando. Es su condición natural.

Mercedes. ¡Ay, Dios mío!

Fernando. Pero, hija, eres absurda ó yo he perdido el juicio. ¿Qué usurero fantástico es el tuyo, que á la mujer de un fabricante rico, responsable por los cuatro costados, no puede renovarle un pagaré de diez mil miserables pesetas? ¿Quieres que vaya yo á tratar con él, y en media hora lo arreglo?

Mercedes. No.

Fernando. ¿Por qué?

Mercedes. Porque no es un usurero. Es un amigo.

Fernando. *Con alarma.* ¡Un amigo!

Mercedes. Sí.

Fernando. Pero... un amigo... ¿cómo?

Mercedes. Como todos... Un amigo... cualquiera... uno que estaba allí cuando perdí el dinero.

Fernando. ¿Y ahora te lo reclama? Poco caballeroso es el procedimiento. Un hombre de honor no se acuerda nunca del dinero que presta á una señora. *Suspirando.* Por más que hay ocasiones... sí, la necesidad obliga, á veces, á la más cruel indelicadeza... lo sé. ¿Y no puede esperar, real y efectivamente?

Mercedes. Soy yo la que no quiero que espere un día más.

Fernando. *Con asombro sincero.* ¿Y á ti qué te importa?

Mercedes. Sí me importa. Antes no me importaba... es decir, devolvérselo claro es que pensaba... cuando pudiera... pero ahora sí; ahora no puedo deberle ese dinero ni un día más... no puedo... me parece una afrenta, una complicidad! Puede que tú no lo comprendas, porque no eres mujer.

Fernando. *Comprendiendo.* ¿Una complicidad? ¿Debo entender que ese caballero se ha permitido hacerte el amor?

Mercedes. *Con el gesto.* Sí.

Fernando. Es un saldo como otro cualquiera.

Mercedes. ¿Qué dices?

Fernando. Nada, una reflexión sin importancia. Efectivamente, hija mía. Comprendo tu impaciencia. La situación, sin llegar á grave, es... desapacible.

Mercedes. ¿Lo ves?

Fernando. Y como en la sociedad conyugal las cuestiones desagradables son de la exclusiva incumbencia del marido, insisto en que á tu marido debes acudir.

Mercedes. *Con desilusión.* ¿Es eso todo lo que se te ocurre?

Fernando. Sí, hija, sí. Tú se lo confiesas; él, naturalmente, se altera un poco; tenéis una escena... movidita; tú echas cuatro lágrimas; él se conmueve; hacéis las paces, ¡cosa más dulce!, y aquí no ha pasado nada.

Mercedes. Nó puede ser.

Fernando. Y como al firmar unas paces se suelen dar arras, si pudieras sacarme las cuatro mil de que hablamos anoche... Hijita... *Acariciándola.* me harías un servicio tremendo.

Mercedes. ¡Ay, si yo fuera hombre, ya sabría cómo encontrar el dinero!

Fernando. ¡Pero, hija de mi vida, si es mucho más cómodo ser mujer, y tener un marido á quien pedírselo!

*Entra Santiago. Al ver á su suegro, hace un gesto de des-*

*agrado, que procura disimular; su suegro, al verle á él, hace otro, que no disimula. A mitad de la escena anterior, ha entrado Manuela con servicio de te, y sin hablar le deja sobre una mesita y sale.*

¡Hombre rico y feliz, buenos días!

SANTIAGO. *Secamente.* Buenas tardes.

FERNANDO. ¿Tardes? Me da lo mismo. Como más te agrade.

SANTIAGO. *Paseando con impaciencia.* Las cosas no son ni dejan de ser porque á uno le agraden ó dejen de agradarle.

FERNANDO. ¡Desgraciadamente! ¡No tiene uno derecho ni á soñar que vive en la hora que más le conviene! ¡Tienes razón, como siempre, hombre rico!

SANTIAGO. *Sin disimular ya el mal humor.* Eso de siempre es mucho asegurar.

FERNANDO. Si no te lo digo en son de elogio. El tener razón siempre no es virtud, ni siquiera ventaja, puesto que el mundo está rematadamente loco.

SANTIAGO. ¡Así lo han puesto ustedes, los... soñadores!

MERCEDES. *Interviniendo amistosamente.* ¿No queréis una taza de te?

FERNANDO. Gracias, hijita. Voy á mi habitación á cambiar de ropa, porque es inadmisible continuar en traje de mañana cuando un hombre de orden se ha dignado advertirnos que ha llegado la hora de la ropa negra. ¡Adiós, burgués feliz! *A Mercedes, al pasar.* Llegó el momento fatal. Valor y buena suerte, hija mía. *Sale.*

SANTIAGO. ¿Qué te ha dicho tu padre al salir?

MERCEDES. Nada, bromas suyas, de siempre. ¿Tampoco tú quieres una taza de te?

SANTIAGO. Quiero que hablemos un momento... en serio.

MERCEDES. *Con leve inquietud.* ¿De qué?

SANTIAGO. *Echando sobre la mesa un puñado de papeles.* Toma.

MERCEDES. ¿Qué es esto?

SANTIAGO. Míralo.

MERCEDES. *Cogiendo los papeles y mirándolos.* ¡Facturas!

SANTIAGO. Sí, facturas tuyas, que me han ido mandando á cobrar á mí, sin duda en vista de que tú no pensabas pagarlas.

MERCEDES. Yo... *Muy confusa, va á dejar las facturas sobre la mesa.*

SANTIAGO. Léelas... es preciso que te enteres. Tú que has hecho las compras, eres la única que puedes saber si están bien los precios.

MERCEDES. Esta... es de la modista.

SANTIAGO. Que por cierto no es la misma de siempre.

MERCEDES. *Muy de prisa.* No, ésta es otra que me hizo unas cosillas extraordinarias, una vez que la mía estaba enferma y me corrían prisa.

SANTIAGO. *Sencillamente.* Dos mil pesetas.

MERCEDES. ¡No es posible!

SANTIAGO. *Con seriedad.* Mira bien... comprueba.

MERCEDES. *Lee con apuro casi infantil, y bajando cada vez más la voz.* Hechura de un traje princesa... sesenta y cinco..., piel de seda, á cincuenta pesetas el metro..., ocho metros... cuatrocientas..., túnica tul bordado... trescientas..., avíos... veinticinco. *Protestando.* ¡Avíos veinticinco! ¡Esta mujer se ha vuelto loca!

SANTIAGO. ¡Sigue!

MERCEDES. Blusa encaje, trescientas. *Con inconsciencia.* Bueno; ésta no es muy cara porque es de Irlanda. *Mira á su marido, y confusa baja la cabeza.*

SANTIAGO. Sigue.

MERCEDES. *Con esfuerzo.* Blusa batista y valenciennes ciento..., echarpe, ciento cincuenta..., estola, quinientas. *Ya casi sin voz.* Dos peinadores..., reforma de una bata..., camiseta de tul... *Deja caer la cuenta con desaliento.*

SANTIAGO. ¿Está bien?

MERCEDES. *Muy bajo.* Está bien.

SANTIAGO. *Dándole otra factura.* Otra.

MERCEDES. Perfumería...

SANTIAGO. Sí, trescientas sesenta. *Le da otra.* Tienda de flores. *Ya con un poco de impaciencia.* ¡Novecientas!

MERCEDES. *Disculpándose.* Es que... *Casi llorando.* Se han renovado todas las plantas del salón. *Deja la factura, y coge otra, antes de que Santiago se la dé.*

SANTIAGO. Joyería .. setecientas.

MERCEDES. *Leyendo.* Alfiler de corbata. *Como quien hace un descubrimiento agradable.* El que te regalé el día de tu santo.

SANTIAGO. *Sonriendo con ironía suave.* ¡Gracias!

MERCEDES. *Viendo que no se acaban los papeles, con angustia.* ¿Aún hay más?

SANTIAGO. *Apresuradamente, echando, á medida que habla, los papeles sobre la mesa.* Sí, hija, sí: de la confitería, por servicio de no sé qué tes ó chocolates, cuatrocientas... del tapicero, seiscientas veinticinco... del zapatero, doscientas cincuenta... de unas porcelanitas, setecientas... de una jaula, setenta... de papeles de música, cincuenta... de un cesto de labor, *Con burla.* ¡cuarenta y cinco!

*Ella, sin responderle nada, se echa á llorar desesperadamente.*

No llores. *Con un poco de violencia.* ¡Las cuentas no se arreglan llorando! Suma.

*Ella sigue llorando.*

Suma, te digo. *Arranca una hoja de un cuadernito y se la pone delante con un lápiz.* ¡Toma!

*Ella lee: él dicta y ella va escribiendo sin saber lo que hace.*

Dos mil... trescientas sesenta... novecientas... setecientas... cuatrocientas... seiscientas veinticinco... doscientas cincuenta... setecientas... setenta... cincuenta... cuarenta y cinco.

*Ella se le queda mirando.*

No hay más... suma, te digo... ¿Está ya?

MERCEDES. *Que ha intentado sumar, pero no acierta.* No sé...

SANTIAGO. ¿No sabes sumar?

MERCEDES. No puedo. *Con ingenuidad.* ¿No lo has sumado tú?

SANTIAGO. *Casi con violencia.* Sí por cierto... ahí lo tienes... seis mil cien pesetas.

MERCEDES. *Con espanto.* ¿Seis mil cien?

SANTIAGO. Sí, hija mía, y aún no hace mes y medio pagué otras cuatro mil por cosas semejantes, y anteayer te he dado quinientas para saldar atrasos de tu cuenta del gasto de casa. Tú dirás dónde vamos á parar á este paso.

MERCEDES. ¿Te enfadas?

SANTIAGO. ¿Te sorprende?

MERCEDES. ¡Conmigo!

SANTIAGO. ¡Con tu imprevisión, con tu desorden, con tu falta de juicio!

MERCEDES. *Humildemente.* Pero si yo...

SANTIAGO. *Con severidad cariñosa.* Mira, Mercedes, ya no eres una niña.

MERCEDES. *Con un mohín de coquetería.* Ya lo sé.

SANTIAGO. *Con mal humor.* ¡Pero se te olvida! *Arrepintiéndose de su violencia, y volviendo al tono suave.* Óyeme bien: es preciso que aprendas... que te decidas á poner en tu vida un poco de método.

*Ella frunce el ceño.*

¡Ya sé qué estás pensando!

MERCEDES. ¡Yo!

SANTIAGO. *Dolido.* Sí. Piensas, como tu padre, que soy el hombre de la línea recta, que tengo la manía del orden, y no es eso. Es que no somos ricos, Mercedes, y tú no te quieres dar cuenta. No ves más que dinero, mucho dinero, que pasa por mis manos, pero no es mío.

MERCEDES. *Con asombro sincero.* ¿No?

SANTIAGO. Es de todos los que trabajan para mí, bajo mis órdenes. Una industria, una fábrica, es una inmensa responsabilidad... Hay muchas vidas que dependen de este método mío, que á ti tanto te asombra; hay cientos de familias que tienen el pan, óyelo bien, ¡el pan!, entre mis manos. La vida es muy difícil, Mercedes, cada día más; la competencia es grande, las primeras materias cuestan caras, las máquinas también... ¡no podemos seguir gastando así!

MERCEDES. *Sinceramente apurada.* ¡Me asustas! ¿De veras, de veras estamos tan mal?

SANTIAGO. *Con impaciencia.* No estamos mal.

MERCEDES. Entonces...

SANTIAGO. ¡Pero lo estaremos! Para sostener este gasto sin tino, hace falta un esfuerzo terrible. Yo he

trabajado mucho, pero ya estoy cansado, *Ella le mira con cariño.* muy cansado. ¿No te fatiga á ti también un poco esa vida que llevas, ese movimiento continuo, ese ruido, esa prisa sin motivo ni fundamento? ¿No sientes la necesidad de pararte un instante, y de hacer cuentas, no sólo de dinero, de toda la vida? ¿No te piden el cuerpo y el alma un poco de quietud y de silencio? ¿Qué buscas, qué piensas encontrar en ese vértigo?

MERCEDES. Nada... no sé... es que soy así, que siempre he vivido lo mismo... Ya ves, desde niña, sin madre, corriendo con mi padre por todas las playas, todos los casinos, todos los hoteles de Europa. ¡Creo que se me ha quedado en la sangre la prisa del tren!

SANTIAGO. *Con piedad.* Pero ¿de veras, de veras te diviertes con todo ese barullo incomprensible?

MERCEDES. *Con absoluta sinceridad.* ¡Hijo, me aburro desesperadamente!

SANTIAGO. Entonces, ¿por qué sigues?

MERCEDES. *Casi con desconsuelo.* Por lo mismo... ¡á ver si me divierto! ¿Por qué te pones serio? ¿En qué piensas?

SANTIAGO. *Tristemente.* En lo muy poco que yo he significado para ti en la vida.

MERCEDES. *Sinceramente dolida.* ¿Por qué dices eso?

SANTIAGO. Por nada.

MERCEDES. *Levantándose y acercándose á él, con apasionamiento.* Sí, ¿por qué dices eso? ¿Qué te hecho yo, para que pienses que no eres para mí lo primero del mundo? ¿Para quién vivo más que para ti? ¿Te he ofendido nunca, ni con la sombra de un pensamiento?

Santiago. Si no es eso, no es eso.

Mercedes. *Separándose de él con tristeza.* ¡Ah, no es eso! ¡Qué injustos sois los hombres! Por cuatro trapos, por cuatro miserables pesetas, por cuatro risas... tú también! Mi risa..., ¡por lo visto es un crimen reirse! ¿Qué sería esta casa si yo no me hubiese reído tanto? Ya, ya..., será preciso que me vista de hábito, que lleve mi manojo de llaves á la cintura, que me pase la vida en la cocina vigilando el punto del roast-beef!

Santiago. ¡Tú si que eres injusta conmigo! ¿Quién más que yo desea para ti una vida feliz, sin preocupaciones? Pocas veces te he hablado de estas cosas, y si ahora lo hago, es porque quisiera que te sentaras á mi lado un poco, que pasáramos juntos y tranquilos la vida que nos queda... ¡Tengo hambre atrasada de estar junto á ti! Tú dices que me quieres, que me has querido siempre...

Mercedes. ¿Lo dudas?

Santiago. Yo te he querido á ti, y te quiero, tal vez demasiado, y... ya ves; ¡hemos estado tan poco tiempo juntos!

Mercedes. Porque tú tienes la manía de trabajar y trabajar.

Santiago. *Sonriendo y cogiendo las facturas.* Todo hace falta.

Mercedes. *Un poco confusa.* Tienes razón; pero, desde ahora, te prometo que podrás descansar..., ya lo creo. ¿Te figuras que soy alguna loca? Orden..., orden. ¿Qué trabajo me cuesta? Es decir, sí me cuesta, pero lo haré por ti... para que veas... ¡hasta libro de caja voy á llevar! Y no compro una vara de cinta sin irte á preguntar antes: ¿se puede? ¿Qué falta me

hacen para ser feliz trapos inútiles, teniendo en casa á este marido mío? *Le abraza.*

SANTIAGO. Y á tus hijos, Mercedes; lo que no hagas por mí hazlo por ellos. ¿No se te alegra el alma al tenerlos aquí?

MERCEDES. *Con efusión.* ¡Ya lo creo!

SANTIAGO. ¡Ellos pueden ser la razón de tu vida!

MERCEDES. ¡Hijos de mi alma!

SANTIAGO. Están locos por ti. No sabes tú el arma que te pone en las manos ese cariño ciego que te tienen. José María es la rectitud misma, trabajador, inteligente, decidido. En los seis meses que lleva aquí, trabajando á mi lado, ha llegado á ser para la casa tanto como yo mismo. La niña tiene un verdadero corazón de mujer, leal y firme. No me duelen los años ¡tan largos! que han pasado lejos de nosotros, para llegar á ser lo que son; pero ahora que han venido, reclamando su derecho á la vida, antes de dejarles el campo libre, tú y yo tenemos que pensar que aún nos quedan muchos deberes que cumplir para con ellos.

MERCEDES. Es verdad.

SANTIAGO. ¡Y los cumpliremos! ¡Porque tú has de ayudarme!

MERCEDES. Lo has de ver. ¡Yo seré como sea, pero mis hijos, son mis hijos!

SANTIAGO. ¡Cuento con ello!

MERCEDES. ¡Eso es! desde mañana, vida nueva. Y no digo desde hoy, porque ya sabes que esta noche no cenamos en casa, ¿no te acuerdas? Estamos invitados desde hace tres semanas en casa del Ministro de Colombia. Comida y baile. ¿Se te había olvidado? A las nueve.

SANTIAGO. *Con leve mal humor.* Yo á las siete y media tengo una junta.

MERCEDES. Pues te vistes antes, vas vestido á la junta, y yo te voy á recoger en el coche. *Con mimo.* ¿No te hace gracia? Ni á mí tampoco. ¡Hijo, la última frivolidad de nuestra vida!

SANTIAGO. ¡Ojalá! Las siete; me voy. *Va á salir.*

MERCEDES. *Deteniéndole.* Oye.... espera un poco..., tenía... tengo que pedirte una cosa..., oye..., pero no te vas á enfadar..., es un poco grave... ¡pero es también la última, te lo aseguro!

SANTIAGO. ¿Qué estás diciendo ahí?

MERCEDES. ¡No, nada; si te disgustas, nada!

SANTIAGO. *Ya un poco alarmado.* ¡Acaba de una vez!

MERCEDES. No, si no es nada.

SANTIAGO. ¡Nada, y te apuras tanto!

MERCEDES. Vete... déjalo... mañana.

SANTIAGO. No, ahora mismo.

MERCEDES. *Sonriendo, para quitar importancia al caso.* Como quieras... te advierto que es dinero.

SANTIAGO. ¿Otra factura?

MERCEDES. No..., es decir, sí.

SANTIAGO. ¡Una más! En fin, si como dices es la última... ¿Cuánto?

MERCEDES. ¿No te vas á enfadar? Diez mil pesetas.

SANTIAGO. *Creyendo haber oído mal.* ¿Eh?

MERCEDES. Sí, diez mil pesetas. *Con miedo.* ¿Es mucho?

SANTIAGO. *Con violencia.* ¡Mucho! ¡Es inverosímil! ¿En qué has gastado tú diez mil pesetas?

MERCEDES. *Con verdadero miedo.* No... si no las he gastado... es que...

SANTIAGO. ¡Acaba! ¿A quién le debes tú ese dinero? ¿Qué has hecho?

MERCEDES. Nada, no... si no las quiero...

SANTIAGO. ¿Que no las quieres? ¿En qué quedamos? ¡No me vuelvas el juicio! ¿Las necesitas ó no las necesitas? Habla.

MERCEDES. *Sin saber lo que dice.* Yo... no...

SANTIAGO. ¿Tú, no... tú, no? *Queriendo comprender.* Entonces, ¿quién? Vamos, comprendo... tu señor padre, como de costumbre.

*Ella no protesta y se acoge á la disculpa que él le proporciona inconscientemente.*

Eso era, sin duda, lo que te decía al marcharse. Pues le dices tú á él que ya estoy hasta la coronilla de pagarle trampas, y que no pienso darle ni un céntimo más. ¡Si quiere proteger ninfas menesterosas, que lo gane!

MERCEDES. ¡Santiago!

SANTIAGO. ¡Ya lo oyes: ni un céntimo, ni á él, ni á ti, ni al Nuncio! ¡Tengo hijos, y no quiero arruinarlos!

MERCEDES. *Secamente.* Bueno, bueno; pero no te disgustes... Anda á vestirte... ahora voy yo.

SANTIAGO. ¡Digo con la familia! *Sale.*

*Mercedes llama al timbre, y va de un lado para otro, nerviosamente; entra un criado.*

MERCEDES. Diga usted al señor que si puede venir un momento.

*Sale el criado. Mercedes cantinúa paseándose; después de un momento entra don Fernando.*

FERNANDO. ¿Qué hay, le hemos pedido ya las pesetitas? *Mercedes afirma con un gesto.* ¡Pero, hija mía, qué ner-

viosa estás! ¿Te las ha dado? *Mercedes niega con un gesto también.* ¿Sabiendo para lo que son?

MERCEDES. No lo sabe.

FERNANDO. ¡Pero, hija mía!

MERCEDES. ¡No se lo he dicho, no! ¡No puedo decírselo! ¿Sabes á qué venía? Figúrate... á reñirme, con razón, porque ha tenido que pagar seis mil pesetas... mías... de extraordinarios, en un mes. ¡No era posible!

FERNANDO. ¡Pero, hija, si lo tiene que saber!

MERCEDES. ¡No lo sabrá! Sería darle un disgusto demasiado grande, y no lo merece. No lo comprendería. ¡Si yo no lo comprendo ahora tampoco! Fué una cosa tan necia; yo estaba jugando... perdí todo lo que tenía... él estaba á mi lado, jugando también, y ganaba, ganaba... la verdad, no sé si yo le pedí, ó si él me ofreció... seguí perdiendo... él seguía ganando... Hasta que salí del Casino no me dí cuenta de la grandísima simpleza que había hecho... y ahora... si yo se lo cuento á Santiago, él podrá figurarse cosas que no existen... tú también sospechaste cuando te lo dije, ¡y eso no!, nunca ha habido entre nosotros ni una sombra de celos, y no quiero. Santiago no comprende, no quiere comprender, porque es de otra manera, porque ha vivido siempre en otro mundo, esta intimidad tonta que se establece entre hombres y mujeres á fuerza de estar siempre juntos y siempre aburridos. ¿Y cómo iba á creer la verdad: que yo, á pesar de esta estupidez mía, nunca he dado motivo á ese hombre para que se atreva á ofenderme?

FERNANDO. Pero, ¿quién es?

MERCEDES. Nadie... da lo mismo. ¡Padre, ayúdame tú, búscame ese dinero!

FERNANDO. Pero, hija, si á mí nadie me presta ya un céntimo. Ya ves, ni tú... Piensa... ¿No tienes tú ningún recurso?... ¿Joyas?...

MERCEDES. No, ya he pensado, pero no: como tengo esta cabeza, porque no se me pierdan, siempre se las doy á guardar á Santiago. Nada, ¿no conoces tú á nadie?

FERNANDO. Como conocer...

MERCEDES. *Con alegría.* ¿Sí?

FERNANDO. Pero no te aconsejo... hija de mi vida, somos como somos. Si tomaras ese dinero á préstamo, como no pagarías los intereses ¡no te ofendas! irías aumentando la deuda, y llegaría un caso en que el conflicto fuese mucho mayor.

MERCEDES. No, no... te lo aseguro. Ahorraré, pagaré... pero quiero librarme de esta pesadilla.

*Don Fernando medita.*

¡Papá!

FERNANDO. Sí, hijita, espera. Conozco á una mujer, pobre Pepilla, qué ideal era, y qué gorda se ha puesto! Es fiadora. En tiempos le hice yo bastantes favores... cierto es que me los ha pagado después con creces, y cierto que á mí, lo que se dice á mí, dudo que quiera prestarme nada; pero tratándose de ti... tal vez... es la única persona á quien creo capaz de no abusar de una situación como ésta.

MERCEDES. Ay, papá, ¿irás á verla hoy mismo?

FERNANDO. Iría, hijita, si estuviese en Madrid.

MERCEDES. ¿No está en Madrid?

FERNANDO. No te apures; volverá dentro de pocos días. Seis ó siete.

MERCEDES. *Con desaliento.* ¡Seis ó siete días!

FERNANDO. ¿No puedes esperar? En eso, como depende de lo tirantes que estén las relaciones entre ese caballero y tú, no puedo decir nada... tú verás pero creo que es el mejor partido... sobre todo, es el único que se me ocurre... De todos modos, piensa hasta mañana.

MERCEDES. *Mirando el reloj.* ¡Jesús, qué horas, y yo sin empezar á vestirme! ¡Manuela, Manuela! ¡Si acabaré por perder el juicio!

*Entran Manuela por una puerta y Cecilia por otra*

CECILIA. *Entrando.* Mamá...

MANUELA. *Entrando.* ¿Llamaba la señora?

MERCEDES. Vaya usted á mi cuarto, que tengo que vestirme. *Acariciando á su hija.* ¿Has terminado ya de pruebas?

CECILIA. Sí. ¿Cómo no has subido? Te hemos estado no sé cuánto tiempo esperando con el traje azul puesto, porque la modista quería consultarte no sé qué del adorno, y yo, como no entiendo mucho, le he dicho que ponga lo que quiera. ¿Dónde vas?

MERCEDES. A mi cuarto.

CECILIA. ¿Voy contigo?

MERCEDES. *Que está pensando en otra cosa.* No... sí... Como quieras. *Sale.*

CECILIA. *Á Don Fernando, no sabiendo si seguir á su madre ó quedarse.* ¿Qué le pasa á mamá?

FERNANDO. Nada, hijita. ¿Tú sabes hacer cuentas?

CECILIA. ¿Yo? ¿por qué?

FERNANDO. Porque, aunque parezca mentira, son artículo de primera necesidad... Aprende, hijita, aprende si no sabes, ahora que estás á tiempo.

*Sale Don Fernando por el fondo y Cecilia se le queda*

*mirando con asombro; luego duda un momento entre seguir á su madre ó quedarse, y cuando va á salir, el criado anuncia:*

CRIADO. El señor de Heredia.

*Al oir el nombre, Cecilia, inconscientemente, hace un ademán de alegría: después piensa que debe marcharse, y va á salir, pero se queda. Entra Alfonso. Al principio no hablan. El se sorprende un poco, y por cierto agradablemente, al encontrarla sola, y ella, un poco turbada, sigue junto á la puerta por donde se disponía á salir. Él se adelanta sonriendo.*

ALFONSO. ¡Ah! Señorita... á los pies de usted.

CECILIA. *Aturdida.* Buenas tardes. Mamá está en su cuarto. Voy á decirle que está usted aquí.

ALFONSO. No la moleste usted. Ella vendrá. ¿No quiere usted hacerme compañía entretanto?

CECILIA. *Sentándose, y sonriendo con timidez.* Bueno.

ALFONSO. *Sonriendo.* ¿O es que todavía piensa usted que soy tan mala persona, que no merezco cinco minutos de conversación?

CECILIA. *Muy apurada.* ¿Yo? ¿Quién le ha dicho á usted que yo he pensado nunca...?

ALFONSO. *Sonriendo.* Usted... anoche... bailando. No con palabras, naturalmente... es usted demasiado amable. ¡Pero hay tantas maneras de decir las cosas!

CECILIA. ¡No, no: imaginaciones de usted!

ALFONSO. Si no me ofende. Tales horrores le habrán contado á usted de mí... *Mirándola de frente.* ¿No?

*Ella no responde, pero baja los ojos y sonríe; él hace un gesto de amargura resignada.*

¡Un réprobo..., un malvado! *Sentimental.* ¡Y lo triste es que puede que tengan razón!

CECILIA. *Con sobresalto.* ¿Eh?

ALFONSO. *Fingiendo que habla para sí con grandísima amargura y olvidando que ella está delante.* Sí... las apariencias..., pero ¿qué sabe nadie de nadie? La vida es tan amarga, tan cruel..., sobre el corazón pueden caer tales pesadumbres..., hay horas tan negras...

CECILIA. *Con piedad.* ¿Por qué dice usted eso?

ALFONSO. ¡Oh, perdón! No hay derecho á hablar de estas miserias delante de usted.

CECILIA. ¿Por qué no?

ALFONSO. Por eso, porque son miserias, amarguras... y usted no debe ni sospechar que existen. Es usted un corazón ilusionado, una criatura que entra en la vida con los ojos y el alma de par en par, creyendo en su derecho á la felicidad... Conserve usted su ilusión mientras pueda, y deje usted á los tristes que sigan su camino...

CECILIA. No piense usted que soy tan criatura. Ya sé que para todos hay tristezas y penas en el mundo... y aunque, como usted dice, no he empezado á vivir, también sé lo que tal vez olvidan los que han vivido mucho: que con resignación y humildad, de cada espina podemos hacer una flor, y de cada lágrima una piedra preciosa.

ALFONSO. *Con escepticismo, pero sin irreverencia.* ¿Para nuestra corona de gloria?

CECILIA. *Muy seria.* Sí, señor.

ALFONSO. *Suspirando.* ¿Usted cree en el cielo?

CECILIA. *Con firmeza pueril.* ¡Y en el infierno, sí, señor! ¿Usted no?

ALFONSO. *Fingiendo vacilación y combate interior.* Creo en Dios... *Mirándola fijamente.* Y en la bondad incomparable de algunas mujeres.

CECILIA. *Muy turbada.* ¡Oh!

ALFONSO. *Inclinándose hacia ella y bajando la voz: habla muy despacio. Es preciso que en el tono y en el ademán ponga la vibración de amor que no está en las palabras.* ¿No es bastante? ¡Ay, Cecilia, qué no daría yo por conservar la fe luminosa y feliz de los primeros años! Yo también he sido creyente; yo he sabido acogerme como nadie bajo la sombra de alas de que habla el Rey Profeta; yo he llevado en la frente, muy alta, la señal de la cruz... y he temblado de emoción verdadera... y he llorado, adorando, pidiendo... ¡Dios mío! ¿Dónde está todo aquello? ¡Si viera usted, Cecilia, lo triste que es vivir cuando la vida pierde todo sentido... lo áspera que se vuelve la senda cuando sabe uno que no conduce á ninguna parte!

CECILIA. *Ahogándose de emoción.* Pero usted no lo sabe...

ALFONSO. ¡Ay de mí!

CECILIA. No puede usted saberlo... no quiero...

ALFONSO. Deje usted que se pierda lo que está fatalmente perdido.

CECILIA. Eso es una blasfemia... no hay fatalidad... ¿Por qué se ha de perder nadie fatalmente?

ALFONSO. *Como despertando de un profundo desaliento.* Es verdad, ¿por qué? *Mirándola.* ¿Acaso no es ya una esperanza el haber tropezado con una criatura como ésta?

CECILIA. ¿Qué dice usted?

ALFONSO. No... nada... locuras... Cecilia, es imposi-

ble, hablando con usted, conservar la serenidad elemental, el dominio sobre sí mismo á que está obligado todo ser racional. Aquí tiene usted al réprobo, al hombre de aventuras, al cínico... desconcertado, aturdido, sin saber lo que hace ni lo que dice, ante unos ojos claros que le miran con la más piadosa de las indiferencias.

*Ella, un poco desconcertada, se levanta.*

No se vaya usted... ¡por lo que usted más quiera, no me haga usted la ofensa de asustarse! *Sonriendo.* El que yo haya perdido la razón, no significa que usted no pueda estar tranquila á mi lado. ¡Por encima de todo, lo primero de todo, me inspira usted un respeto! ¡Es usted tan distinta de todas las mujeres que he encontrado en el mundo! Es usted la mujer fuerte, Cecilia... Míreme usted... ¡Sí, loco, desatinado, muerto por usted... desde ayer, desde siempre, desde que la vi á usted, desde que tuve al lado ¡miserable de mí! toda esta gracia, toda esta pureza, todo este candor de agua clara, que soy indigno de adorar de rodillas!

CECILIA. *Cada vez más desconcertada.* Déjeme usted.

ALFONSO. ¿Por qué? ¿La ofendo á usted? Si no pido nada, si no quiero nada, si no he de pedir nunca ni una sonrisa...

CECILIA. *Separándose de él, y dejándose caer en un asiento, entreabriendo la boca y apretándose el corazón con las dos manos.* ¡Ay, Dios mío!

ALFONSO. ¿Qué tiene usted, Cecilia? ¿Se siente usted mal? Perdón... ¿Qué he hecho, Dios mío, qué he hecho?

CECILIA. No... si no...

ALFONSO. *Acercándose y sosteniéndola.* No, mi alma...

mi vida... mi única esperanza... no me abandones... no...

*Ella se pone en pie, muy seria; él un poco alarmado.*

Perdón... ¿Quiere usted que me marche... que llame?

CECILIA. No... no...

ALFONSO. Sí... está usted pálida, temblando... se le han quedado á usted las manos frías... Perdóneme usted... dígame usted de veras, de veras, que no tiene usted nada contra mí... que se va usted á olvidar de todo esto... ¡Cecilia!

CECILIA. ¡Ay, creo que viene alguien... déjeme usted marchar!

ALFONSO. *Yendo con ella hacia la puerta.* Pero dígame usted que me tiene usted un poco de compasión... que me deja usted la esperanza de verla alguna vez...

CECILIA. Sí... sí... no sé...

ALFONSO. ¿Mañana?

CECILIA. *Sin saber lo que dice.* ¿Cómo?

ALFONSO. Yo la encontraré á usted. Basta con que yo sepa que usted me lo permite... Gracias, gracias...

*Le besa la mano.*

*Cecilia sale con la cabeza completamente perdida, sin saber dónde va; en cuanto ella ha salido, él, satisfecho de la batalla ganada, cambia de expresión. Pasa un momento.*

*Entra por otra puerta Mercedes con su hijo: viene elegantísimamente vestida para una comida de ceremonia: detrás de ella viene José María, que trae al brazo el abrigo, el abanico y la bolsa de su madre: antes de entrar se les oye hablar y reir por el pasillo.*

JOSÉ MARÍA. Sí, mamá, sí; muy mal.

MERCEDES. ¡Ja, ja, ja! ¿Ahora me va á reñir también el niño?

*Entran.*

JOSÉ MARÍA. Sí, señora. *En broma.* ¿Le parece á usted que una buena madre debe abandonar así á sus hijos? *Viendo á Alfonso.* ¡Ah!

ALFONSO. *Adelantándose.* Señora...

*Ella hace un leve gesto de contrariedad. que él finge no ver. Alfonso y José María se saludan.*

MERCEDES. No sabía que estuviese usted aquí.

ALFONSO. ¡Oh! llegué hace muy poco... Ya veo que va usted á salir y me marcho ahora mismo. No quise que avisaran á usted; pero me he permitido esperarla un momento... No quería marcharme sin ver á usted... Es un placer al cual no se renuncia fácilmente.

MERCEDES. ¡Bah! *Se sienta, resignada á cinco minutos de molestia, pero un poco nerviosa.*

*José María va á dejar al otro extremo de la habitación el abrigo, el abanico y los guantes de su madre.*

ALFONSO. Y sin enterarme de que las emociones de anoche no han alterado en lo más mínimo esa salud preciosa.

MERCEDES. ¿Emociones... yo, anoche? No recuerdo.

ALFONSO. ¡Dichosa usted que puede olvidar tan de prisa! No todos tenemos esa suerte.

MERCEDES. ¿José María, me das el abanico?

ALFONSO. *En voz baja.* ¿Ni siquiera me concede usted el derecho á la queja? Es demasiado. *Mercedes se levanta. A José María, que ya se ha acercado.* Tiene usted una madre admirable y cruel.

JOSÉ MARÍA. *Muy serio.* ¿Usted cree?

ALFONSO. Y puede usted alegrarse de ser su hijo.

José María. Así lo hago.

Alfonso. Mercedes, hasta luego. ¿Cenan ustedes en la Legación de Colombia? Yo no tengo esa suerte, pero daré una vuelta después por el baile. ¿Quiere usted reservarme un vals? No diga usted que no... sería demasiada crueldad. Buenas noches.

Mercedes. Muy buenas.

Alfonso. *A José María, que va con él hasta la puerta.* No, no se moleste usted... sé el camino... soy de confianza. *Sale.*

José María. Me es odioso ese tipo... No sé cómo le puedes escuchar con paciencia. *Mirándola.* ¿Qué te pasa?

Mercedes. Nada.

José María. Sí, madre, sí... ¿qué tienes? ¿por qué te has puesto así de repente, si estabas tan contenta? ¿Es que ese hombre...?

Mercedes. No, hijo mío, no.

José María. ¿Te ha ofendido? ¡Y se atreve á seguir viniendo aquí!

Mercedes. No te alteres, hijo... Sí, es odioso, antipático... me inquieta, me molesta, preveo que me seguirá molestando... pero cosas del mundo... resignarse.

José María. Eso no; le dices que no vuelva á presentarse delante de ti, y basta.

Mercedes. Una mujer no debe darse por enterada de ciertas cosas, hijo.

José María. Pero un hombre, sí. ¡Corre de mi cuenta!

Mercedes. No puede ser.

José María. ¿Por qué?

MERCEDES. *Ante la inquietud grandísima de su hijo, dice la verdad.* Porque... porque le debo dinero.

JOSÉ MARÍA. ¿Dinero? ¡Tú!

MERCEDES. Sí, yo... es inverosímil, es absurdo... pero es así... dinero... mucho... diez mil pesetas.

JOSÉ MARÍA. ¡Y lo sabe mi padre! ¿No? Madre, hay que decírselo .. hay que pagar hoy mismo.

MERCEDES. Sí, hijo, sí... pero á tu padre no...

JOSÉ MARÍA. ¿No?

MERCEDES. ¡Hijo de mi alma!... te lo digo yo, y basta... yo, que soy tu madre... yo que quiero á tu padre más que á mi vida. No debe saberlo. ¡Harto me pesa ya que lo sepas tú!

JOSÉ MARÍA. ¡No digas eso, madre!... Pero, entonces, piensa conmigo, madre, ayúdame; ¿qué podemos hacer? ¿Qué puedo hacer por ti?

MERCEDES. ¿Tú?

JOSÉ MARÍA. Sí..., yo.

MERCEDES. ¿Tú? *Con esperanza.* ¡Sí! *Con desaliento.* ¡No!

JOSÉ MARÍA. ¿Qué, madre, qué?

MERCEDES. No, nada... no hay remedio. ¡Déjalo!

JOSÉ MARÍA. *Insistiendo con cariño.* ¡No puede ser! Mira, madre...: á papá, si tú no quieres..., yo se lo digo... mejor es que lo sepa.

MERCEDES. *Con violencia.* ¡No, no, hijo! ¡No es posible! ¡No quiero!

JOSÉ MARÍA. *Con tristeza.* Entonces...

*Pausa.*

MERCEDES. ¿Qué estás pensando? *José María no responde.* ¡Dime qué estás pensando!

JOSÉ MARÍA. ¡Nada, madre!

MERCEDES. ¡Sí, contra mí!

José María. ¡No, madre! Es que todo esto... *Con tristeza y cariño.* ¡No te ofendas, mamá... me parece..., no sé .,, tan extraño!

Mercedes. *Con explosión de pena.* Extraño, triste, desagradable... Tienes razón. Sí. ¡Todos tienen siempre razón contra mí! *Llora.*

José María. *Con angustia.* ¡No, madre, llorar no! ¡No puedo verte llorar á ti! *Con resolución.* ¡Tendrás ese dinero!

Mercedes. *Cou esperanza pueril.* Pero... ¿cómo?

José María. *Con decisión.* ¡No sé... pero lo tienes... mañana mismo!... ¡No llores más!

Mercedes. *Un poco asustada por el acento decidido de él.* ¿Qué vas á hacer?

José María. Nada. ¡Eso es cuenta mía!..

Mercedes. Pero, hijo...

*Entra un criado.*

Criado. El coche está esperando á la señora.

Mercedes. Bien... Voy.

José María. ¿Te vas así? Espera... aún tienes tiempo... tranquilízate.

Mercedes. Tengo que ir á buscar á tu padre... No te apures por mí.

José María. ¡Mamá!

Mercedes. *Le besa como á un chiquillo.* Ea... hasta mañana.

*Entra Cecilia.*

Cecilia. *Aún muy turbada.* Mamá... ¿pero te vas... otra vez?

Mercedes. Sí, hija, sí.

Cecilia. ¿No comes con nosotros? ¿Ni papá tampoco? ¡Ay!

Mercedes. ¿Dónde estabas? ¿Qué hacías?

Cecilia. Por ahí... Nada.

Mercedes. ¿Te aburres? Ya te divertiremos. Ahora, como no tienes todavía ropa, no puedes ir á ninguna parte; pero ya verás... Mañana te traerán un vestido, y por la tarde ya puedes ir al *tennis*..., y dentro de tres días tienes un baile. Ea... á dormir muy bien, y á no pensar en cosas tristes. *Abraza á sus hijos y sale.*

*José María y Cecilia se quedan cada uno en un extremo de la habitación, sin hablarse, los dos hondamente preocupados. Vuelve á entrar el criado.*

Criado. *Entrando.* Cuando la señorita guste, se puede servir la comida.

Cecilia. Está bien. Apague usted esas luces.

*El criado apaga la araña central y deja encendida la lámpara que está sobre el piano.*

*Cecilia se sienta en un sofá junto á la chimenea, y José María mira por el balcón.*

*Un momento de silencio: los dos están muy preocupados.*

Oye, José María... tú que llevas ya seis meses en casa... ¿siempre es así?

José María. ¿El qué?

Cecilia. La vida aquí... como esta noche, como todo el día.

José María. ¿Cómo quieres que sea?

Cecilia. No sé.

José María. ¿Qué te ocurre? Estás muy sofocada. *Poniendole la mano en la frente.* ¿Tienes fiebre?

Cecilia. ¿Y á ti?

José María. ¿A mí?

Cecilia. Parece que estás triste, preocupado...

José María. No.

*Pausa corta.*

Cecilia. *Con mal humor.* Hace frío... ¿por qué no encienden esta chimenea?

José María. ¿Quieres que llame?

Cecilia. No... José María.. tú me quieres mucho, ¿verdad?

José María. Verdad.

Cecilia. ¿Pero mucho, mucho? No me querrás tanto como yo á ti... ¡Me has visto tan poco!

José María. Lo mismo que tú á mí.

Cecilia. Pero las mujeres queremos siempre más .. ¡En el colegio pensaba en ti más veces!

José María. ¡Y yo en ti!

Cecilia. Porque estaba orgullosa de tener un hermano.

José María. Y yo una hermana.

Cecilia. ¿De verdad?

José María. En la cartera llevaba siempre tu retrato... *Le saca.* y le llevo... mira.

Cecilia. ¡Vaya una gracia! Yo también el tuyo. *Abre un dije que lleva colgado.* Mira: papá, mamá y el niño en medio.

José María. *Enseñando los retratos.* Papá, mamá y la niña.

Cecilia. ¡Qué triste es el colegio! ¿verdad? ¡Y qué ansias se tienen de volver á casa! Sobre todo de noche, cuando todo se calla y todos se duermen, y una está despierta en aquel dormitorio tan grande y tan frío, y piensa una: «Yo tengo padre y madre, y quiero estar con ellos, ¡y estoy sola!» ¿No te pasaba á ti?

José María. Sí... pero ahora... ya estamos en casa.

CECILIA. Es verdad. *Mirando alrededor.* Ya estamos en casa... *Casi llorando.* y ya ves...

JOSÉ MARÍA. *También muy conmovido, pero tratando de disimular.* Anda, anda... no pienses tonterías... vamos á comer.

CECILIA. Vamos.

*José María coge á su hermana por los hombros y la lleva abrazada. Salen los dos por la puerta del foro.*

TELON

# ACTO TERCERO

La misma decoración que en los actos anteriores. Son próximamente las once de la mañana. Al levantarse el telón, Cecilia, junto á la chimenea, saca una carta de entre las páginas de un libro y empieza á leerla, mirando antes con inquietud á uno y otro lado. Cuando está leyendo, entra Manuela, que trae en cada mano una jaula, cada una con un pájaro. Al oirla entrar, Cecilia se asusta y deja la carta en el sofá, poniendo encima el libro.

CECILIA. *Asustada.* ¡Eh! ¿Quién?

MANUELA. Yo, señorita... ¿Se ha asustado la señorita?

CECILIA. No... es que estaba leyendo... distraída... ¿Qué hora es?

MANUELA. Poco más de las once, señorita.

CECILIA. ¿Se ha despertado ya mi madre?

MANUELA. ¡Anda! A las nueve ya estaba vestida.

CECILIA. Y yo sin atreverme á entrar por no despertarla. Voy allá. *Se levanta para salir.*

MANUELA. No se moleste la señorita. La señora ha salido. Dijo que iba á unas compras, que volvia al instante.

*Cecilia vuelve á sentarse.*

¿Por qué no baja la señorita un rato al jardín? Está una mañana que parece de Mayo. Este año se adelanta la primavera. Como que hay un sin fin de violetas al pie de la tapia. ¿Quiere la señorita que le haga un ramo?

CECILIA. *Deseando terminar.* No... muchas gracias. Ya bajaré yo luego.

MANUELA. ¿No manda nada la señorita? Voy á sacar al sol estos pájaros.

*Sale llevándose las jaulas. En cuanto Manuela ha salido, Cecilia vuelve á la lectura de la carta. Lee con ansiedad y pasando de prisa de una carilla á otra. Cuando llega al fin suspira, se detiene, y pasado un instante, vuelve á empezar la lectura desde el principio de la carta, esta vez con grandísima emoción.*

CECILIA. ¡Ay, Dios mío!

*Entra Santiago. Cecilia, al verle entrar, se levanta muy de prisa, estruja el papel, y ocultándole en el hueco de la mano cerrada, sonríe y saluda á su padre.*

¡Buenos días, papá!

SANTIAGO. *Sin reparar en la turbación de Cecilia, porque él viene bastante preocupado.* Buenos días. ¿Está en casa tu hermano?

CECILIA. Me parece que sí. ¿Le quieres algo?

SANTIAGO. Sí; dile que venga.

*Cecilia se aleja de prisa. Santiago pasea sin hablar. Pasado el tiempo que se suponga necesario, entra José María.*

JOSÉ MARÍA. *Con aparente serenidad.* ¿Me llamas?

SANTIAGO. Sí. *Le mira con atención serena y triste.* ¿No tienes nada que decirme?

JOSÉ MARÍA. ¿De qué? No, nada.

SANTIAGO. ¿De veras?

José María. ¡De veras!

Santiago. Pues yo á tí, sí. Pedí ayer el saldo de la cuenta del Banco. Acaban de enviármela. Ahora tú dirás.

José María. *En voz muy baja.* Padre...

Santiago. Hace ocho días has retirado, sin consultar conmigo ni advertírmelo, diez mil pesetas. ¿Para qué?

José María. Padre, perdóname... Es una cosa indigna, y de la cual no intento disculparme, porque sé que no tiene disculpa. He jugado, he perdido, tenía que pagar, me ha faltado valor para confesártelo, y he empleado este medio cobarde, sabiendo de sobra que no podías menos de enterarte, que había de llegar este momento. *Con aflicción, pero con serenidad.* ¡He sido un miserable, y además un necio!

Santiago. *Sin dejar de mirarle fijamente.* ¿Que has jugado? ¿Tú? ¿Cuándo? Si te pasas el día conmigo, y desde que ha venido tu hermana no has salido de casa una sola noche...

José María. Sí, padre, sí he salido... casi todas.

Santiago. Tarde ha debido ser, y con misterio, para que yo, que duermo poco y mal, no me haya enterado. Hijo de mi alma: afortunadamente, mientes muy mal.

José María. ¡No miento!

Santiago. ¡Sí mientes!

José María. Padre, te aseguro que digo la verdad. No soy tan bueno como tú crees, como estoy obligado á serlo sólo por ser tu hijo. He salido de noche, he tratado con gentes indignas, me he dejado arrastrar, he jugado, ¡te juro que he jugado y he perdido!

SANTIAGO. *Sonriendo con tristeza.* ¡Con qué apasionamiento te acusas, hijo! Cualquiera creería que te defiendes.

JOSÉ MARÍA. ¿Yo? ¿De qué?

SANTIAGO. Es inútil que intentes convencerme de que has cometido todas esas maldades imaginarias; no eres un chiquillo granuja, ni un señorito golfo... Lo cual no quita para que lo que has hecho, real y efectivamente, sea una grandísima deslealtad, que me duele y me aflige mucho más de lo que tú puedes figurarte.

JOSÉ MARÍA. Pero...

SANTIAGO. *Sin dejarle hablar.* Esas diez mil pesetas no las has jugado, no las has perdido. Esas diez mil pesetas las has dado á otra persona.

JOSÉ MARÍA. *Con grandísima energía.* ¡No!

SANTIAGO. Tu madre.

JOSÉ MARÍA. *Con desesperación.* ¡No, no! ¡Te aseguro, te juro que no!

SANTIAGO. *Sonriendo.* Conozco demasiado la cantidad, para que pueda caberme duda. No niegues más... *Con mucha seriedad.* es inútil. No te he preguntado porque quisiera saber, sino porque sabía. Hubiera deseado de ti un poco más de sinceridad. ¡Eso es todo!

*Pausa. José María inclina un poco la cabeza y no responde.*

¡Es triste no poderse fiar de lo que más quiere uno en el mundo!

JOSÉ MARÍA. *Con aflicción.* ¡Padre!

SANTIAGO. *Levantándose con violencia.* ¿Y qué razones te ha podido dar para decidirte á hacer lo que has hecho? ¿Qué motivos has podido encontrar bastante po-

derosos para justificarte á tus propios ojos? ¿Qué explicaciones le has pedido?

José María. ¡Yo, explicaciones á mi madre! Ninguna. ¡No las necesitaba!

Santiago. ¡Es verdad! A mí es únicamente á quien tiene que dármelas. *Con ira.* ¡Y de ésta me las da, se lo aseguro! ¡Es demasiado!

José María. No, padre. ¡A mamá no le digas nada!

Santiago. ¿Por qué?

José María. ¡Porque no! Aquí me tienes á mí... yo soy el que ha hecho el daño, yo soy quien tiene la responsabilidad. ¡Toda! ¡Haz de mí lo que quieras, pero á ella no, á ella no!

Santiago. ¡No sabes lo que dices!

José María. No tiene culpa de nada, de nada... *Con apasionamiento.* ¿Ella qué sabía? ¡Yo la vi llorar y he hecho lo que he hecho! ¡Y ahora va á sufrir por mi culpa! ¡Miserable de mí, que no he sabido defenderla!

Santiago. Está bien...

José María. Padre... prométeme que no le dirás nada. *Suplicante.* ¡Por lo que más quieras en el mundo!

Santiago. *Después de una pausa.* Óyeme... Lo que voy á decirte me cuesta una tristeza... ¡tan grande! ¡Pero no hay más remedio, por tu bien mismo, por el de todos! Hijo, tú eres la mejor esperanza de mi vida..., más que esperanza, el premio, la compensación de todo mi trabajo, la única inmortalidad en que creo y que necesito.

*José María va á hablar, pero Santiago no le deja.*

No me digas nada. Todos necesitamos una fe para encontrarle sentido á la vida; mi fe desde que tú naciste, has sido tú. He creído en ti, hombre leal, fuerte de

cuerpo y alma, intachable. Por muy inflexible consigo mismo que quiera uno ser, siempre tiene flaquezas, siempre le faltan ciertas virtudes. Todas las que yo no he podido alcanzar, las he esperado de ti; contra todas las flaquezas que me han rendido, te he soñado á ti invulnerable... ¡Hijo, tú, en mi esperanza, eras el hombre que yo hubiera querido ser!

JOSÉ MARÍA. *Con entusiasmo.* ¡Y lo seré, padre, lo seré!

SANTIAGO. Quiero creerlo. *Sencillamente.* ¡Porque esa es toda la razón de mi vida! Pero... escúchame: el primer mal contra el que necesitas hacerte fuerte, si quieres conservar la rectitud absoluta de tu vida, es la influencia á la que te has rendido al primer choque... ¡Una mujer que llora es el peor enemigo de un hombre honrado!

JOSÉ MARÍA. Yo...

SANTIAGO. Ese ha sido el escollo de toda mi firmeza. Tu madre...

JOSÉ MARÍA. *Interrumpiéndole con apasionamiento.* ¡Mi madre es la mujer más buena del mundo!

SANTIAGO. Sí, hijo, sí. No me hagas la ofensa de pensar que necesitas defenderla contra mí. La mujer más buena del mundo, dices bien. Pero tiene una idea equivocada de muchísimas cosas. Toda su lealtad incorruptible está en el corazón, toda su moral en el sentimiento; pero... la cabeza, hijo... no sé... es frívola, tú mismo lo has dicho para justificarla: ¡es irresponsable! *Con odio.* ¡Ah, su padre! Segundón pobre de una casa rica, egoísta, vicioso, holgazán, jugador... creo, Dios me perdone, que hasta caballero de industria, sin más virtud que la de querer á su hija, á su modo.

Han vivido al azar: hoy con miles de duros, mañana sin un céntimo: por eso para ella el dinero es una cosa que se necesita, que se gasta, que no se sabe de dónde viene...

*Entra Don Fernando. Viene de la calle. Trae el sombrero puesto, y bajo el abrigo, smoking, porque, aunque es por la mañana, ha pasado la noche fuera de casa. Viene ligeramente trastornado y muy optimista por influencias del champagne nocturno.*

SANTIAGO. Buenos días.

FERNANDO. *Sin querer detenerse.* ¡Muy buenos, hombre rico! *Á José María.* Felices, niño. *Va á pasar.*

SANTIAGO. Hágame usted el favor de quedarse un momento. Tenemos que hablar.

FERNANDO. Todos los que tú quieras. *Sé quita el sombrero y se acerca á la chimenea, delante de la cual se queda en pie calentándose las manos, después de haberse quitado los guantes.*

SANTIAGO. *Á José María.* Tú puedes marcharte á la fábrica. Ahora voy yo.

*José María sale sin decir nada.*

FERNANDO. ¡Caramba, caramba, qué fresquitas son en Madrid las mañanas de primavera! Mira, burgués feliz: si la conversación va á ser larga, ten la amabilidad de disponer que me sirvan algo caliente.

SANTIAGO. ¿Larga? No por cierto. Se reduce á una breve pregunta. ¿Piensa usted pasar todavía mucho tiempo en Madrid?

FERNANDO. ¡Hum! ¿Debo interpretar ese «todavía» como insinuación de que se prolonga demasiado mi estancia entre vosotros?

SANTIAGO. *Secamente.* Interprételo usted como guste.

FERNANDO. Se tendrá en cuenta la indicación.

Santiago. Así lo espero.

Fernando. Pero ante esta insolencia inmerecida, me permitiré, á mi vez, una pregunta. ¿En qué puede molestar á tu corrección el que un padre amante pase unas cuantas semanas al lado de su hija?

Santiago. Precisamente en eso. No me conviene que mi mujer esté, ni unas semanas, ni una hora, bajo la influencia de usted.

Fernando. ¡Pero, hijo de mi vida, si no hago más que darle buenos consejos!

Santiago. *Con ira.* En virtud de los cuales, sin duda, á ella le ha parecido muy bien obligar á su hijo á una villanía, para pagar las trampas de su padre.

Fernando. ¡Alto ahí..., alto ahí! Entendámonos.

Santiago. No hay nada que entender. Bien claro está.

Fernando. *Molesto.* Yo no sé qué habrá hecho tu niño; pero puedes estar seguro de que yo no tengo absolutamente nada que ver en la hazaña.

Santiago. ¿Se atreve usted á decir que las diez mil pesetas no han sido para usted?

Fernado. ¿Eh? Las diez mil pesetas... *Comprendiendo al repetir la cantidad.* ¡Ah, vamos; las famosas diez mil pesetas! ¿Y Mercedes te ha dicho...?

Santiago. ¡Lo que tenía que decirme!

Fernando. *Dolido.* Que yo... Eso está mal, muy mal... no lo esperaba de ella, palabra de honor... ¡No lo esperaba!

Santiago. ¡Ya! Usted llegó á creer que, como siempre, yo iba á dar el dinero sin protesta, sin explicaciones...

Fernando. ¿Yo?

Santiago. *Con violencia.* ¡Pues se acabaron aquellos tiempos! Mercedes tiene encargo de decírselo á usted; pero por si ella no se atreve, se lo digo yo. Se acabaron, y para siempre. Celebraré infinito que no volvamos á vernos las caras. Buenos días.

Fernando. *Deteniéndole.* Aguarda, aguarda, que aún tenemos que hablar.

Santiago. ¿Yo con usted?

Fernando. Yo contigo. Has estado *Con burla.* elocuente y conciso, hijo mío; pero, por esta vez, toda tu elocuencia está completamente fuera de lugar. Aunque tú no lo creas, te repito que soy completamente ajeno á la trampa en cuestión. Acaso debiera sacrificarme, dejar correr la bola y callar. Pero un hombre es un hombre y la reputación es lo primero.

Santiago. *Con desprecio.* ¡La de usted!

Fernando. *Con cierta dignidad.* ¡Sí, burgués, la mía! Cada uno tiene su alma en su almario. Esas diez mil pesetas que de tal modo se te atragantan, son de la exclusiva competencia de tu señora esposa. Yo he hecho lo posible por sacarla del apuro; la he aconsejado que te lo confiese, que acuda á ti. No se ha atrevido, y ha echado el mochuelo sobre su pobre padre... Si tú hubieras mirado la cuestión con un criterio un poco más... aristocrático, yo hubiese podido aceptar la responsabilidad del hecho y evitarte un disgusto; pero como lo tomas tan por lo burgués, hijo, con tu pan te lo comas... yo me lavo las manos.

Santiago. ¿Qué está usted diciendo?

Fernando. Lo que oyes. Mercedes debía ese dinero ella solita... porque, sencillamente, lo había jugado y lo había perdido... eso es todo.

SANTIAGO. ¿Mercedes?... ¡Jugar!

FERNANDO. Sí, hijito, sí... jugar... perder... Tú tienes la culpa.

SANTIAGO. ¡Yo!

FERNANDO. ¿Qué quieres que haga una mujer que se aburre como una ostra? Tú eres un buen marido... ahí está el quid. Un marido no debe ser nunca demasiado bueno. Esos corazoncillos inquietos necesitan un poco de emoción, la espinita dorada, la sal de la vida. Distracciones peores y más caras hay por el mundo.

SANTIAGO. ¿De modo que, según usted, todavía debo darme por muy contento?

FERNANDO. ¡Qué duda cabe!

SANTIAGO. Y ella es muy posible que sea de la misma opinión. ¡Se comprenden ustedes! ¡Naturalmente!

FERNANDO. ¡Naturalmente, nos comprendemos!

SANTIAGO. ¡Pero yo no estoy dispuesto á comprender!

FERNANDO. ¡Tarde recuerdas, hijo!

SANTIAGO. ¿Por qué dice usted eso?

FERNANDO. Porque hace mucho tiempo que debieras haber comprendido. Veintitantos años. Los mismos que hace que la encontraste. Mercedes es un ángel... que no sabe llevar el libro de caja. ¿Ahora te sorprende? ¿La conociste, por casualidad, en algún curso de economía política?... Es frívola. ¿Te enamoraste de ella en algún sermón? Si no recuerdo mal, fué en Niza, un Carnaval, en un baile, y ella iba vestida de locura... conque si lo querías más claro...

SANTIAGO. *Un poco desconcertado.* Pero...

FERNANDO. No hay pero que valga. Te casaste con ella porque te gustó. Y te gustó precisamente por eso:

porque era frívola, porque era alegre, porque era imprevisora, original, graciosa... porque hacía ruido y se vestía bien. ¡No le exigiste más! Quisiste que alegrara tu vida de hombre trabajador, metódico y sombrío con su gracia de pájaro alegre; que fuera una caja de música para tu aburrimiento de fabricante. ¿Ahora te parecen caras las sonatas? ¡Lo bueno cuesta, hijo!

*Pausa breve. Santiago no dice nada.*

Lo único que podías lamentar con razón es que no fuera una mujer fiel. ¡Lo es! ¿Qué más pides? Estas cuestiones de dinero, que á ti te parecen tan esenciales para la dignidad, porque los hombres las hemos convertido casi en religión, para las mujeres no tienen importancia. Lo que para nosotros es una deshonra, para ellas es una ligereza. En cambio ellas se creerían deshonradas por cosas que á nosotros nos parecen una distracción sin consecuencias. ¡Hijo, cada sexo ha puesto el honor en un mandamiento distinto!

SANTIAGO. Está bien, está bien.

FERNANDO. Dicho esto, no tengas cuidado. Haré las maletas á la mayor brevedad.

SANTIAGO. Puede usted quedarse todo el tiempo que guste.

*Llama al timbre y entra el criado.*

Que venga la señora.

CRIADO. No está en casa.

SANTIAGO. ¡Naturalmente! Está bien. Déme usted el abrigo y el sombrero. Buenos días.

*Sale Santiago y el criado también.*

FERNANDO. *Acercándose de nuevo á la lumbre.* ¡Ay, Mercedes, Mercedes! Pues, señor, los hijos son ingratos hasta con los padres egoístas.

*Entra Cecilia y se le queda mirando.*

CECILIA. Abuelo, ¿qué te pasa? ¿Estás hablando solo? ¿Dónde vas á estas horas con *smoking?*

FERNANDO. No voy... Estoy de vuelta de la única ilusión que me quedaba. No quieras á nadie, ni á tus hijos, si llegas á tenerlos, y vale mucho más que no los tengas: te lo dice un padre.

*Sale muy entristecido.*

CECILIA. ¡Pero, abuelo!... *Mirándole alejarse.* ¡Ay, señor! ¡En esta casa todos estamos locos!

*Aparece en la puerta Alfonso: trae el abrigo puesto y el sombrero en la mano.*

*Toda la escena en voz muy baja y precipitada.*

ALFONSO. *En voz baja y adelantando con cierta precaución.* ¡Cecilia!

CECILIA. *Con terror y alegría al mismo tiempo.* ¡Ay!

ALFONSO. *Acercándose á ella.* ¡No te asustes!... Soy yo..., ¡mi vida!

CECILIA. Sí..., sí... Pero... ¿cómo has venido? ¡Márchate! *Mira hacia un lado y otro con temor.*

ALFONSO. No vienen. Ya sé que no está en casa tu madre... A tu padre y tu hermano les he visto salir ahora mismo... No vienen..., y aunque vinieran... No estamos cometiendo ningún crimen.

CECILIA. ¿Verdad?

ALFONSO. Como no lo sea no poder vivir una hora sin verte. ¿Me esperabas tú?

CECILIA. No... Es decir, sí. Te espero siempre... hasta cuando no es posible esperarte..., hasta cuando me acabo de separar de ti...

ALFONSO. ¡Chiquilla mía! *Casi abrazándola.* ¡qué bonita eres y cómo te quiero!

CECILIA. *Con ilusión.* ¿Sí? *Separándose con sobresalto.* ¡Ay!

ALFONSO. *Deteniéndola con suavidad.* No... ¡Nadie!

CECILIA. ¡Dios mío, esto no es vivir!

ALFONSO. ¿Recogiste la carta anoche en el manguito?

CECILIA. Sí; pero no me escribas.

ALFONSO. ¿La has perdido?

CECILIA. No; está aquí... ¡pero no me escribas!

ALFONSO. ¿Por qué?

CECILIA. No sé..., porque no... me da miedo...; en cuanto la he leído, la quisiera romper...; pero no puedo. *Sonríe.* por leerla otra vez..., ¡y si alguien las encuentra! Oye, *Con cariño pueril.* ¿por qué no quieres decírselo á mi madre?

ALFONSO. Estás loca...; en esta casa todos me quieren mal.

CECILIA. *Sonriéndole con ingenuidad graciosa.* Menos yo.

ALFONSO. *Acariciándole suavemente la frente.* ¡Menos tú, que eres mi vida! Tu madre, más que nadie. Día llegará en que todos lo sepan.

CECILIA. Pero entretanto, esta angustia constante, este no verse...

ALFONSO. Tienes razón: hay que verse; hay que hablarse. ¡Tengo un hambre de decirte todo lo que te quiero donde nadie nos oiga!

CECILIA. ¡Sí, sí!

ALFONSO. De arrodillarme delante de ti... horas enteras... en silencio... contigo... nada más que contigo... donde no tengas miedo... donde no haya en el mundo para ti más que yo... más que mi amor, Cecilia, vida mía!...

CECILIA. Sí, sí...; ¡pero ya ves!

ALFONSO. ¿No sales nunca sola?

CECILIA. No... nunca.

ALFONSO. ¿Ni á casa de una amiga? ¿Ni siquiera á la iglesia... por las mañanas?

CECILIA. A la iglesia, sí...; pero...

ALFONSO. ¿A qué hora?

CECILIA. *Con vacilación.* Muy temprano...; á las siete.

ALFONSO. Pues mañana te espero.

CECILIA. Es que...

ALFONSO. ¿No quieres? ¡Tienes miedo de mí! ¡No me ofendas, Cecilia! ¡Todavía no sabes de qué modo te quiero! En mi coche, ¿verdad? Tú sales, como todas las mañanas... Oyeme... mírame... dime que sí... que vendrás... sin angustia, sin miedo...; si vieras la emoción, la reverencia con que me acerco á ti; *Abrazándola.* ¡si supieras lo que eres para mí! ¿Vendrás?

CECILIA. *Medio vencida.* No sé. *Él la mira fijamente.* Sí, sí.

ALFONSO. ¡Bendita seas!

CECILIA. *Apartándose bruscamente de Alfonso.* ¡Mi madre!

*Mercedes ha aparecido en la puerta del fondo.*

ALFONSO. ¡Señora mía! *Sonriendo.*

MERCEDES. *Primero con sorpresa y luego, al darse cuenta de la situación, con ira.* ¿Usted?... ¿Tú?... Caballero, creí que había terminado entre nosotros toda relación, y verdaderamente no sé con qué derecho se atreve usted á venir á esta casa.

ALFONSO. *Para ganar tiempo.* Señora...

CECILIA. *Adelantándose con decisión y poniéndose de nuevo al lado de Alfonso.* Madre... he sido yo... Es por mí...

MERCEDES. *Con ira.* Ya lo veo... *Á Alfonso.* No ha perdido usted el tiempo... y ha sabido usted elegir la venganza.

CECILIA. ¡La venganza!

MERCEDES. ¡Es usted fuerte, amigo; pero he llegado á tiempo, y nos veremos!

ALFONSO. Señora, usted comprende *Mirando á Cecilia.* que así no puedo dar explicaciones. Se equivoca usted en todo lo que está pensando. Si Cecilia quisiera dejarnos un momento...

MERCEDES. ¡No! Todo lo que tenga usted que decirme le interesa á ella oirlo tanto como á mí. *Á Cecilia.* ¡Quédate!

ALFONSO. No sé si hace usted bien...

MERCEDES. Hago lo que debo. *Pausa.* ¡Hable usted!

CECILIA. *Con angustia y esperanza.* Eso es... habla... dile...

*Alfonso calla.*

MERCEDES. ¿Prefiere usted que haga yo la historia? ¿que sea yo quien diga á mi hija que la está usted engañando miserablemente?

ALFONSO. ¡Señora!

MERCEDES. *Con ironía triste.* Porque supongo que se trata de amor. Sin duda, cuando yo he llegado, le estaba usted diciendo á esta infeliz que está loco por ella, que le es á usted imposible vivir sin su cariño, que no tiene derecho á ser cruel con un amor tan sincero, tan hondo... ¡lo mismo, con ligeras variantes, que me dijo usted á mí hace ocho días en este mismo sitio!

CECILIA. *Dejándose caer en el sofá.* ¡Ay de mí!

MERCEDES. ¡Sí que es el de usted un amor demasiado fugaz!... *Con amargura.* ¡A menos que sea un odio demasiado incomprensible... demasiado! Yo no le he hecho á usted un mal, ni siquiera una ofensa que me-

rezca semejante venganza. ¡Parece imposible que, por muy villano que sea un hombre, se atreva á una infamia tan grande por vengar un agravio de amor propio!

ALFONSO. *Con emoción en la voz.* Mercedes, me está usted ofendiendo no sabe usted cómo, y yo callo por consideración, por respeto, por cariño...

MERCEDES. *Interrumpiéndole con amargura y violencia.* ¿A ella ó á mí?

ALFONSO. ¡Mercedes!...

MERCEDES. *Con arrebato de indignación.* ¡Explíquese usted, hombre, explíquese usted! Diga usted que á las dos si le parece. Diga usted que la quiere á fuerza de quererme, que por ser hija mía, usted, que lleva tanto tiempo sufriendo por mí, sin esperanza, se ha enamorado usted de ella como un rayo... ¡Dígalo usted!

ALFONSO. *Como vencido por la fatalidad y en voz muy baja.* ¡Y si así fuera...!

CECILIA. ¡No puedo más!

*Se levanta del sofá, y medio muerta de angustia sale por una de las puertas laterales.*

MERCEDES. *Mirando á la puerta por donde ha salido Cecilia.* ¡Pobre chiquilla mia! ¡Hable usted ahora! ¿Qué iba usted á decir para justificarse cuando ella no estuviese delante?

ALFONSO. *Sonriendo.* Es usted demasiado inteligente para no comprenderlo. Señora mía, la vida tiene compensaciones tan admirables como inesperadas. Usted no me ha querido; su hija de usted me quiere, ¡eso es todo!

MERCEDES. Y usted la quiere á ella, ¿verdad?

ALFONSO. *Con cinismo.* Eso es lo de menos... y además, con permiso de usted, es sólo cuenta mía.

MERCEDES. ¡Salga usted ahora mismo, salga usted de esta casa, y no vuelva usted en su vida, ¿lo ha oido usted? en su vida, á pasar esa puerta!

ALFONSO. *Con toda calma y mala intención.* Hasta que alguien me llame.

MERCEDES. ¡Ah! ¿Usted cree?

ALFONSO. O me venga á buscar.

MERCEDES. ¡A usted!

ALFONSO. De poco servirá que yo me vaya si queda alguien aquí que desea que vuelva... y lo desearán, y volveré, y sucederá lo que ha de suceder... ¡sí, señora!

MERCEDES. ¡Afortunadamente, no está mi hija tan indefensa como usted se figura!

ALFONSO. ¡Ya! ¡Piensa usted advertir á su marido!

MERCEDES. ¡No por cierto! Mía ha sido la culpa, mío será el remedio! Para defender á mi hija contra usted, me basto yo y me sobro.

ALFONSO. *Con afectación de piedad.* ¡Es usted una mujer...!

MERCEDES. Y usted un miserable. Pero basta de palabras inútiles. ¡Salga usted de aquí inmediatamente!

*Llama al timbre.*

ALFONSO. ¡No sabe usted lo que hace!

MERCEDES. ¡Es posible; pero estoy en mi casa, y hago lo que mejor me parece! *Al criado.* Abra usted la puerta á este caballero.

ALFONSO. Buenos días, Mercedes.

MERCEDES. *Secamente.* Buenos días.

ALFONSO. *Acercándose á ella con aire amable.* ¿No teme usted que Cecilia pueda interpretar de un modo...

acaso desfavorable el afán de usted por alejarme de ella?

MERCEDES. ¡Eh!

ALFONSO. Sabiendo, porque usted se lo ha dicho, que yo me he permitido hablarle á usted de amor, bien pudiera pensar... y acaso otros con ella, que la espléndida madurez de la madre sintió celos de la florida juventud de la hija. *Mercedes hace un gesto de espanto.* Es posible... En fin, eso, allá ustedes... Siempre á sus órdenes y hasta la vista. *Se inclina y sale.*

MERCEDES. *Después que ha salido.* ¡Ah, infame, infame!

*Mercedes se queda un instante sola. Toda su energía se convierte en angustia y se echa á llorar nerviosamente. Pasado un momento, se acuerda de su hija, hace un esfuerzo por tranquilizarse y se dirige hacia la puerta por donde ha salido Cecilia. Cuando va á salir, entra Santiago, que se dirige á ella con cierta violencia.*

SANTIAGO. *Entrando.* Mercedes.

MERCEDES. *Queriendo pasar.* Déjame.

SANTIAGO. ¿Dónde vas?

MERCEDES. A buscar á mi hija. Déjame.

SANTIAGO. Espera.

MERCEDES. Te digo que no puedo.

SANTIAGO. Es preciso que me oigas. Ha llegado el momento de que haya entre nosotros una explicación definitiva.

MERCEDES. *Que como está muy angustiada por lo que acaba de sucederle, no se da mucha cuenta del tono en que le habla su marido, ni de lo que le está diciendo.* ¿Qué dices?

SANTIAGO. ¿Has visto á tu padre hoy por la mañana?

MERCEDES. No: ¿por qué?

Santiago. ¿Y á José María?

Mercedes. A José María... *Recordando y turbándose.* No... tampoco... ¿qué pasa?

Santiago. Pasa, como no podía menos de pasar, que me he enterado de la villanía que has obligado á cometer á tu hijo.

Mercedes. *Ofendida.* ¡Villanía!

Santiago. ¿Te asusta la palabra? En cambio el hecho te ha parecido la cosa más natural del mundo. ¡Lógica de mujer! Sí, la villanía, la deslealtad, el abuso de confianza... todo para ocultar una necedad tuya, uno de tus caprichos de mujer frívola y sin sentido.

Mercedes. *Protestando, pero con humildad.* Santiago, mira lo que estás diciendo...

Santiago. La verdad. No te alteres, que termino pronto. He dicho que necesitábamos una explicación. No es cierto. ¿A qué gastar palabras inútiles? Como siempre, no habíamos de entendernos; como siempre, tú habías de acabar llorando y yo dejándome vencer por tus lágrimas. Basta con que sepas que he tomado una resolución.

Mercedes. ¿Una resolución?

Santiago. No quiero que tus hijos vivan ni un día más á tu lado.

Mercedes. ¿Eh?

Santiago. Sólo yo, que sé cómo te quiero, puedo saber también lo que me duele; pero no hay remedio. Tus hijos te quieren demasiado...

Mercedes. ¿Hacen mal?

Santiago. Hacen bien; pero por lo mismo que te quieren así, tu influencia sobre ellos puede ser un peligro demasiado grave.

MERCEDES. *Con dolor.* ¡No digas eso!

SANTIAGO. ¡Ya ves cómo la has empleado á la primera ocasión!

MERCEDES. Santiago...

SANTIAGO. Yo quiero que mis hijos entiendan la dignidad humana, la honradez, la lealtad, como las ha entendido siempre su padre. ¡Tú, por lo visto, tienes una idea muy distinta de todas estas cosas!

MERCEDES. *Con dignidad.* Me estás ofendiendo más de lo que merezco.

SANTIAGO. Yo he sido cobarde: por el amor desatinado y necio que te he tenido siempre, he faltado á todos mis deberes con mis hijos. Por evitarte á ti cuidados y preocupaciones, he renunciado al gozo de tenerlos cerca, y no más, no más... ¡Son mis hijos, y quiero vivir con ellos y únicamente para ellos!

MERCEDES. Es decir...

SANTIAGO. Es decir, que desde hoy en adelante, vivirán conmigo, ¡sólo conmigo!

MERCEDES. *Con amargura.* ¿Y yo?

SANTIAGO. Tú vivirás sin ellos, como has vivido hasta ahora.

MERCEDES. ¡Sin ellos!

SANTIAGO. Con tu padre.

MERCEDES. *Con dulzura.* ¿Y tú crees que tienes derecho á apartarlos de mí?

SANTIAGO. ¡Tengo el deber de defenderlos contra ti!

MERCEDES. *Con amargura.* ¡El deber... el deber!

SANTIAGO. ¡El deber! Tampoco lo comprendes, ¿verdad?

MERCEDES. *Después de una ligera pausa, empieza á hablar*

*como si hablara consigo misma, primero con tristeza y resignación, pero poco á poco se va exaltando hasta llegar á una explosión de amargura rebelde y de dignidad herida.* Sí... es posible que tengas razón... pero con todo eso, y aunque fuera más grave de lo que tú crees, yo no puedo apartarme de mis hijos, tú no tienes derecho á separarme de ellos, porque me necesitan. *Él hace un gesto de incredulidad.* ¡Sí, á mí, tan poca cosa, tan irresponsable, tan loca según tú! Hay peligros que tú ni sospechas porque eres hombre, y de los cuales yo sabré defenderlos á costa de mi vida. Son hijos tuyos, pero yo soy su madre; son tu orgullo, pero son sangre mía; tú quieres que tu hijo sea hombre de honor, yo necesito que mi hija sea mujer honrada y además feliz.

SANTIAGO. ¿Por qué dices eso?

MERCEDES. *Exaltándose y conteniendo las lágrimas.* Y aunque ellos no necesitaran de mi, ¿quién te dice que yo no necesite de ellos? ¿Y mi derecho, no es tan respetable como el de los demás? ¡Mi pobre derecho de mujer, siempre pisoteado por los que dicen que me quieren tanto!

SANTIAGO. ¿Ahora vas á quejarte de mí?

MERCEDES. Alguna vez ha de ser la primera.

SANTIAGO. ¡Tú dirás qué he debido yo hacer por t y no he hecho!

MERCEDES. Es muy fácil hablar de deberes ajenos; puede que todos hayamos faltado por igual á los nuestros. Tú dices que soy loca, que soy así... ¿Por qué tú, que tenías el secreto de la perfección, no me has enseñado á ser de otra manera? Dices que por mi amor has sido cobarde..., que por evitarme cuidados alejaste de casa á nuestros hijos... ¡Es falso! Me los quitaste

porque pensaste siempre, desde luego, porque decidiste, en tu orgullo de hombre, que yo no era capaz de cumplir mis deberes, ¡y eso habría que haberlo visto! Temiste que fueran para mí un juguete, las muñecas que, por no tener madre desde niña, no he tenido nunca... Acaso hiciste mal. ¡Jugando á las muñecas aprenden á ser madres las mujeres!

SANTIAGO. *Con un poco de asombro ante la desacostumbrada exaltación de ella.* Mercedes...

MERCEDES. Mujer... eso es lo que yo no he sido nunca para tí; tu mujer. Yo sí que he sido tu juguete, tu distracción, el animalejo bonito al que se acaricia y se riñe. No he pensado nunca. ¿Acaso me has dejado tú que piense? ¿Qué falta te hacía, verdad? El hombre piensa solo, decide solo, se basta á sí mismo, es el amo, es el rey... la mujer á sus trapos y á sus risas .. ¡Ah! me has querido mucho, pero me has despreciado mucho más. No he tenido juicio..., tampoco me has dejado responsabilidad. ¿Acaso me pediste parecer para entregar á mis hijos en manos ajenas? Tú te sacrificaste por tu voluntad; pero á mí me impusiste el sacrificio. Ya lloré cuando se los llevaron..., luego me consolé, porque á ti no te gusta ver lágrimas..., luego me acostumbré á vivir sin ellos... Toda mi vida he sentido un vacío tan extraño en el corazón... el que intentaba inútilmente llenar á fuerza de frivolidades... ¡Era que me faltaban ellos y yo no lo sabía! Pero ahora lo sé. He aprendido en una hora más grave de lo que tú puedes pensar, todos mis deberes y todos mis derechos. Estoy en mi casa, estoy en mi puesto. ¡Ni tú ni nadie es capaz de quitarme lo que es mío! *Hace un violentísimo esfuerzo para no llorar.*

SANTIAGO. ¡Nunca te he oído hablar así!

MERCEDES. *Con resignación.* Es verdad. Nunca. ¿Te asombra que discurra con sentido común? Hijo, hasta á discurrir se aprende en una hora, cuando el alma despierta. ¡Si vieras qué á destiempo has venido á echarme en cara mi frivolidad! ¡Si supieras á qué poca cosa me han sonado aquí dentro todos tus alaridos de indignación! Y es porque antes que tú, en voz muy baja, con todo respeto, me había enseñado mi propio corazón todo lo que necesitaba saber. Para comprender mi dignidad de madre me ha bastado ver llorar á mi hija.

SANTIAGO. ¿A Cecilia?

MERCEDES. Sí; á Cecilia, que lloraba de amor, de desengaño, de soledad; á mi hija, ante cuya angustia tú has estado tan ciego como yo, y á quien sólo mi corazón de madre puede defender contra sí misma.

SANTIAGO. *Con alarma.* Pero... ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? Dime...

MERCEDES. *Con serenidad.* Nada: un amor estúpido que hay que quitarle de la cabeza. Tontunas de chiquilla, pero que á ella le parecen un mundo y le hacen sufrir, como sólo se sufre á su edad. A su lado es donde ahora está mi deber. Hay conflictos un poco más graves, créeme, que una ligereza económica... De todas maneras, reconozco mi culpa en esa historia de José María *Con esfuerzo.* y te pido perdón. Restitución *Sonriendo entre lágrimas.* no puedo ofrecerte. Pobre vine á tu casa y pobre sigo en ella...

SANTIAGO. *Ofendido.* ¿Por qué dices eso?

MERCEDES. Por nada... Era una broma...

SANTIAGO. ¡No, no..., habla!

MERCEDES. *Con cariño.* Si te empeñas...; pero es lo único que no me importa. Digo que pobre he sido y pobre soy, porque, aunque vivo en una casa cómoda, y gasto como gastan los pobres, sin contar, nunca he sabido de verdad, de verdad, si somos ricos ó dejamos de serlo. Tú has pagado mis cuentas siempre, me has reñido por ellas casi siempre; pero el secreto de tu libro de caja ha sido inviolablemente tuyo. La verdad, no había pensado nunca en ello; pero ahora que estoy en vena de pensar, se me ocurre: si desde el primer día hubiésemos llevado la contabilidad á medias, puede que á mí también me hubiera dado por la economía. ¿No te parece?

SANTIAGO. *Un poco turbado.* Mercedes...

MERCEDES. *Con emoción y dulzura.* ¡Acaso has hecho mal en tenerme tan cerca del corazón y no haberme dejado entrar en tu vida más que de visita!

*Pausa, después de la cual, Santiago habla con amargura, como recriminándose.*

SANTIAGO. Es verdad... Todos tenemos culpa de todo. Nos creemos infalibles, y somos inconscientes. Nuestra rectitud ajustada á reglas, es comodidad; nuestra inflexibilidad moral, orgullo... Es verdad; *Mirándola con remordimiento.* he tenido tres hijos, y á los tres os he dejado solos, por pereza culpable, por egoísmo, por soberbia de hombre que trabaja solo, que lucha solo, que quiere ser el único en comprender y en afirmar. *Con amargura excesiva.* Tienes razón. He sido un necio y bien merecido me tengo el mal que me sucede.

MERCEDES. *Con cariño y autoridad casi maternal en su suavidad.* No te sucede ningún mal. Tienes á tus hijos que te adoran, que creen en ti como en Dios... me tienes á

mí. ¿Que ni ellos ni yo somos perfectos, como tú quisieras? Pero te queremos y nos queremos, y, apoyados unos en otros, iremos por la vida, como todo el mundo, cayendo y levantándonos... ¡pero felices, porque el que caiga, siempre encontrará brazos que le recojan y amor que le sepa compadecer!

SANTIAGO. *Acercándose á ella con la turbación natural de un hombre orgulloso á quien le duele verse en el caso de pedir perdón.* Perdóname...

MERCEDES. *Comprendiendo y perdonando con gracia y misericordia.* ¡Bah, no me has ofendido! *Le abraza.* Las cabezas locas no tenemos orgullo.

SANTIAGO. *Emocionadísimo.* ¡Eres la mujer más buena del mundo!

MERCEDES. *Sonriendo.* Ya me lo dirás luego. Ahora voy con mi hija. Déjame. *Santiago se dispone á seguirla.* No, no vengas... Estará llorando...; delante de ella no debes saber nada. Estas penitas negras no se le cuentan más que á la mamá *Sonriendo.* porque es mujer, y los hombres no entienden de locuras. *Viendo á José María, que acaba de entrar.* ¡Ah! José María... *Se detiene con turbación y mira fijamente á su marido.*

JOSÉ MARÍA. *También muy turbado, mirando primero á su madre y luego á Santiago con interrogación angustiosa..* ¿Papá?...

SANTIAGO. *Con emoción que intenta dominar.* Anda con tu madre...

JOSÉ MARÍA. *Acercándose á Mercedes.* Mamá..., ¡perdóname!

MERCEDES. ¡Hijo de mi vida! *Le abraza estrechamente, como si tomase posesión de él con todo su apasionamiento y toda su dignidad de madre.*

TELÓN

# MADRIGAL

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| Ana María........ ........... | Catalina Bárcena. |
| Doña Margarita.................. | Leocadia Alba. |
| Carmelina...................... | Mercedes Pardo. |
| Manuela........................ | Virginia Alverá. |
| Aldeana . ..................... | Eugenia Illescas. |
| Agustín......................... | Luis Manrique. |
| Francisco....................... | Ricardo Vargas. |
| Juan..................... ...... | Salvador Mora. |
| Pedro ........................... | José Isbert. |

# ACTO PRIMERO

Salón de piso bajo en el palacio de doña Margarita de Aldama. Grandes ventanales abren al fondo sobre un gran jardín admirablemente cuidado. Al fondo, la sierra de Guadarrama. A la derecha, gran chimenea de campana, en la cual, aunque es primavera y el jardín está lleno de flores, hay lumbre encendida. A un lado de la chimenea, puerta que comunica con las habitaciones interiores. A la izquierda, puerta por la cual se va á otras habitaciones y á la calle. El salón está lujosamente amueblado con grandes y cómodos sillones de cuero y seda de estilo inglés moderno y antiguo español. Una mesita delante de la chimenea y otra cerca del ventanal. Piano. Tapices en las puertas. Cuadros y platos de vieja porcelana morisca en las paredes. En la chimenea calderito de cobre dorado. Como lámparas, que han de encenderse al fin del acto, velones antiguos, en los cuales se ha instalado la luz eléctrica. Por toda la habitación, en el suelo, en los ventanales, sobre las mesas, junto á la chimenea, profusión de magníficas macetas floridas, azaleas, margaritas dobles, lilas tempranas. En las mesitas, libros, y en el piano, libros y papeles de música. Es preciso que la decoración dé idea, á pesar de su extraordinario lujo, de habitación en la cual se vive á diario, y con absoluta sencillez y comodidad,

porque los dueños de la casa están acostumbrados á manejar familiarmente todas las cosas caras y artísticas que sirven de marco á sus vidas.

*Al levantarse el telón, doña Margarita, sentada en un sillón junto á la chimenea, que estará encendida, escucha con atención á Pedro, que toca al piano una sonata de Beethoven.*

*Doña Margarita es una señora de ochenta y cuatro años; está medio ciega y se mueve con dificultad, siempre apoyada en un bastoncito y ayudada por alguien; pero conserva, á pesar de todo, vivacidad de genio y carácter burlón, y amigo de hacerse ilusiones.*

*Pedro es hombre de setenta y cinco años, pulcramente vestido de negro, pero modestísimamente. Es organista de la parroquia y devoto servidor de doña Margarita, quien en su mocedad quiso pagarle la carrera de cura, que él ahorcó por amor á unos ojos negros. Aún le queda, sin embargo, en acento y modales, el indeleble sello de cuatro años pasados en el seminario, y es extraordinariamente timorato y devoto.*

MARGARITA. *Cuando Pedro termina de tocar.* Gracias, Pedro.

PEDRO. *Sin levantarse del piano.* ¿Quiere la señora que toque otra cosa?

MARGARITA. No, no; basta de música: estoy muy impaciente. Manuela, ¿qué hora es?

PEDRO. Las seis, señora. Manuela no está aquí.

MARGARITA. Llámala.

PEDRO. Sí, señora. *Entra Manuela: es una criada vieja también, pulcramente vestida de negro, y también harto viva de genio.* ¡Manuela! *Acercándose á la puerta.*

MANUELA. ¿Qué manda la señora?

MARGARITA. ¿Está todo dispuesto?

MANUELA. Todo, señora, desde esta mañana.

MARGARITA. ¿Las habitaciones bien limpias?

MANUELA. Las he arreglado yo, señora.

MARGARITA. ¿La cama hecha? Porque puede que venga cansado y se quiera acostar en seguida. ¿Habéis puesto flores?

MANUELA. La señorita Ana María se ha ocupado de eso: sí, señora, muchísimas.

MARGARITA. ¿Todavía no ha vuelto?

MANUELA. ¿La señorita? No, señora; ya sabe la señora que está en el pueblo, pero no puede tardar.

PEDRO. ¿Quiere la señora que vaya yo á buscarla?

MARGARITA. ¡No, no! Tú tienes que bajar con el coche á la estación. ¿A qué hora llega el tren?

PEDRO. A las ocho, señora.

MARGARITA. ¿Han enganchado ya?

MANUELA. No, señora; si aún no son las siete.

MARGARITA. ¡Las siete, las siete! ¡A ver si se pasa la hora, y cuando llegue á la estación se encuentra solo!

MANUELA. Descuide la señora. Ramón tiene ya orden de enganchar.

MARGARITA. Con qué calma tomáis vosotros las cosas. ¡Que enganche ahora mismo!

MANUELA. Como la señora disponga.

*Sale Manuela.*

MARGARITA. No sé qué ocurrencia le ha dado á Ana María de marcharse hoy al pueblo.

PEDRO. Como es domingo, ha ido á la escuela dominical, como siempre

MARGARITA. Hoy no es como siempre. Estará bien que llegue Agustín y no la encuentre en casa. Asómate á la puerta á ver si vuelve.

PEDRO. Sí, señora. *Se dirige á la puerta de la izquierda.*

MARGARITA. Espera, voy contigo.

*Pedro se acerca á dar el brazo á la señora, que se levanta del sillón.*

Saldremos por el jardín, y con eso doy yo una vuelta por el pabellón, á ver si está todo como Dios manda, porque de Manuela no me fío: ya está chocha, y no sabe lo que se pesca. Vamos allá. *Apoyándose en el brazo de Pedro.* Ten cuidado, que hay un escalón, y á ver si tropiezas, porque tú también tienes ya tus años, y bien que se te notan.

PEDRO. Sí, señora, sí.

*Salen. Pasado un momento, entran por la puerta de la izquierda Ana María y Francisco. Ana María tiene veintitrés años y es muy bonita. Viene sencilla, pero elegantemente vestida con un traje como para estar en el campo, de batista, de piqué ó de seda cruda, y trae puesto un sombrero de paja de forma pamela adornado con un ramo de rosas frescas. Al entrar en la habitación se quita el sombrero. Francisco, que viene detrás de ella, es un muchacho también muy elegante, de veinticinco años, un poco pálido, muy bien peinado, pero con el pelo un poco—muy poco—largo, muy cuidado en toda su persona, vestido también de claro y también con sombrero de paja, que trae en una mano; en la otra, un gran ramo de madreselvas. Durante toda la escena, Ana María habla con alegría y burla, y él con un poco de romanticis-*

*mo y exaltación, pero sin que ninguno de los dos exagere. Ante todo y sobre todo, sencillez y buen gusto.*

ANA MARÍA. *Entrando la primera y quitándose el sombrero.* Bueno, hombre, bueno; cállese usted.

FRANCISCO. No quiero callarme.

ANA MARÍA. Muy bonito. ¿Qué gusto saca usted en amargarme el día?

FRANCISCO. ¿No me amarga usted á mí la vida entera?

ANA MARÍA. *Riéndose.* ¡Bah!

FRANCISCO. Sí, señora, sí; toda la vida, aunque usted no lo crea ó finja no creerlo, porque así son ustedes las mujeres: cuando les remuerde á ustedes la conciencia por haber vuelto loco á un hombre, hacen ustedes como que no se enteran, y con eso suprimen ustedes el remordimiento.

ANA MARÍA. ¿Yo he vuelto loco á alguien?

FRANCISCO. ¡Sí, señora, sí, usted!

ANA MARÍA. Todo sea por Dios. ¡Cuánto lo siento!

FRANCISCO. Es prodigiosa la naturalidad con que las mujeres inteligentes...

ANA MARÍA. Gracias...

FRANCISCO. *Que no se ha detenido por la interrupción de ella.* ... aceptan ustedes el hecho de que un hombre sea desdichado por su culpa.

ANA MARÍA. *Recalcando.* Por su causa.

FRANCISCO. ¿Qué más da?

ANA MARÍA. ¡Ay, señor poeta, es muy distinto! Ya sabe usted que el único valor moral de los actos humanos está en la responsabilidad: si una mujer supone que un hombre es desdichado sólo por su causa, no tiene por qué echarse nada en cara. Ahora, si es por su

culpa, como usted dice, ya el remordimiento está en su lugar.

Francisco. Mucho le importa á usted librarse del peso de esa responsabilidad.

Ana María. *Riéndose.* A mí, no. Hablo en general y por puro amor á la justicia.

Francisco. Es que... podríamos particularizar un poco.

Ana María. ¿Usted está en ese caso? *Dice esto poniéndose muy seria.*

Francisco. *Con emoción.* Suponga usted que sí.

Ana María. *Con frialdad.* Por supuesto, y hablemos de otra cosa.

*Pausa ligera.*

Francisco. *Como quien pide perdón.* Pero no se ponga usted seria.

Ana María. *Sonriendo como quien perdona.* Traiga usted esas madreselvas, que las voy á poner en agua.

Francisco. No, señora.

*Ella le mira con un poco de asombro.*

Estas madreselvas me las llevo yo á mi casita.

Ana María. ¿Por qué?

Francisco. Porque es como llevármela á usted en cuerpo y alma.

Ana María. ¿Eh?

Francisco. Sí, señora: ha de saber usted que estas flores son su imagen de usted, su símbolo, su esencia; sí, señora. Cada mujer es indudablemente como una flor. ¿No hay rubias que parecen azucenas y morenas qne huelen á clavo más que los claveles? Y ¡quién no sueña oliendo violetas que un amor de mujer se está acercando!

Ana María. No está mal eso.

Francisco. Pues todavía está muchísimo mejor en unos versos que tendré el honor de leerle á usted cualquier tarde de éstas, es decir, si usted, ahora que va usted á estar tan bien acompañada, se digna usted oirlos.

Ana María. Con muchísimo gusto; ya lo creo. Pero entretanto deme usted las madreselvas. ¡Si que son bonitas! ¡Más tengo yo cogidas de chiquilla á la orilla del río, entre las peñas!...

Francisco. *Con un poco de mala idea.* ¿Con su primo de usted?

Ana María. *Con seriedad y sencillez.* Con él y sola. No puede usted figurarse lo que son estas flores para mí. *Hunde la cara entre las flores.* Huelen á toda la alegría d mi vida, á mi niñez, á mi primera juventud... á mi...

Francisco. A su amor de usted.

Ana María. A mi amor, es verdad, ¿por qué voy á negarlo?

*Pausa. Francisco pasea de un lado para otro, mientras ella arregla las flores en un cacharro.*

Francisco. Ana María, ¿por qué quiere usted tanto á ese don Agustín de Aldana, que tiene la importunidad de llegar esta tarde?

Ana María. *Riéndose.* Toma, porque es mi novio.

Francisco. Novio, novio. No diga usted mi novio: esa es una palabra aborrecible. ¡Mi novio!

Ana María. ¿Quiere usted que diga mi prometido esposo?

Francisco. ¡Ana María, ya que no me quiera usted á mí, no se case usted con nadie!

Ana María. ¡Ja, ja, ja!

FRANCISCO. Y menos que con nadie, con su primo de usted. No la merece á usted. Es un hombre vulgar.

ANA MARÍA. ¡Mire usted que me voy á enfadar de veras!

FRANCISCO. Además, como son ustedes primos, va usted á tener media docena de hijos tontos.

ANA MARÍA. Con eso se volverán locas por ellos media docena de mujeres inteligentes.

*Pausa.*

FRANCISCO. De todas maneras, si el señor don Agustín de Aldana tarda tres meses más en volver...

ANA MARÍA. ¡Habráse visto presunción semejante! ¡Pero usted quiere que acabemos mal!

FRANCISCO. ¡Parece mentira que diga usted eso después de saber de memoria tantos versos míos!

ANA MARÍA. ¡Que me vendrán que ni pintados para decirle á mi marido que le quiero, con muchísima más elocuencia!

FRANCISCO. ¿Será usted capaz?

ANA MARÍA. De eso les sirven los versos, señor poeta, á las mujeres enamoradas. ¡Sí, señor: sus poemas de usted los leeremos juntos Agustín y yo!

FRANCISCO. Es verdad. ¿Y tendrán ustedes hasta la avilantez de darse un beso después de uno de mis romances sentimentales?

ANA MARÍA. ¡Es muy posible! Y á callar, que viene mi abuela, y si le oye á usted hablar mal de su nieto, le tira á usted algo.

FRANCISCO. *Mirando las madreselvas.* ¡Siquiera una!

ANA MARÍA. Tome usted, hombre, tome usted.

FRANCISCO. *Prendiéndose la madreselva en la solapa del lado del corazón.* ¡Ay, qué cosa tan absurda es la vida!

*Entra Doña Margarita; viene sola y anda medio á tientas apoyada en su bastón, pero sin afectación de decrepitud.*

ANA MARÍA. *Precipitándose al encuentro de la anciana.* ¿Pero, abuela, tú sola andando por ahí?

MARGARITA. ¡Yo sola, sí, naturalmente: no me hace falta nadie, que no soy tan vieja!

ANA MARÍA. Pero, Pedro y Manuela, ¿dónde están?

MARGARITA. No te enfades. Manuela está acabando de prepararlo todo, y Pedro ha ido á buscarte.

ANA MARÍA. ¡Ja, ja, ja!

MARGARITA. ¿De qué te ríes?

ANA MARÍA. ¿Temíais que me perdiese?

MARGARITA. Tenía miedo de que no llegases á tiempo. Agustín llega á las ocho.

ANA MARÍA. Y estoy aquí á las siete para esperarle.

MARGARITA. Sí, sí, á las siete. ¡Buena calma tienes!

ANA MARÍA. No me riñas, abuela, que no estoy sola.

MARGARITA. ¿Quién está ahí?

FRANCISCO. Yo, mi señora doña Margarita, para servir á usted.

MARGARITA. ¡Ah, vamos! ¿Han venido ustedes juntos? Por eso ha tardado tanto Ana María. Se habrán ustedes ido entreteniendo, como de costumbre, en discutir si son negras ó azules las sombras de los chopos, y en contar las vueltas que da una hoja de rosa en el aire antes de caer del rosal al suelo.

FRANCISCO. ¡Ay, no, señora! Se acabaron aquellos buenos tiempos. Su nieta de usted se ha despedido de toda exquisitez poética. Ahora es una señorita

burguesa que está esperando al novio con la más vulgar de las impaciencias.

ANA MARÍA. Á mucha honra, sí, señor.

PEDRO. *Entrando.* El coche está enganchado. ¿Manda algo la señora?

MARGARITA. ¿Pero aún estás ahí? Vete en seguida.

ANA MARÍA. Sí, sí, anda á buscar al hijo pródigo.

MARGARITA. No sé por qué le llamas el hijo pródigo. Bien bueno es. Siempre acordándose de nosotras: ya ve usted, en cuatro años...

ANA MARÍA. Cinco, abuela.

MARGARITA. Más en mi favor, cinco: ni un solo sábado ha dejado el cartero de traernos su carta. ¡Ay, don Francisquito!, el invierno que viene, si todavía está usted entre estas breñas, tendrá usted que leerme á mí sus versos, porque este par de niños andarán por el mundo.

ANA MARÍA. Bueno, bueno... Anda, Pedro, que vas á llegar tarde.

FRANCISCO. Si me deja usted en casa, al pasar por el pueblo, llévame usted en el coche...

MARGARITA. ¿No espera usted á que llegue Agustín?

FRANCISCO. No, señora. No le conozco y no debo imponer mi presencia... Las emociones son sagradas, y ya tendré mañana el gusto de saludarle... ¡Enhorabuena! Buenas tardes...

MARGARITA. Muy buenas.

*Salen Pedro y Francisco.*

Me alegro que se vaya.

ANA MARÍA. ¡Pobre muchacho!

MARGARITA. Está un poco chiflado. *Sonriendo.* Y te hace el amor.

Ana María. ¡Bah! Por pasar el rato. ¿En qué iba á entretenerse en este poblacho?

*Pausa ligera. Ana María está visiblemente preocupada, y acercándose al ventanal, de espaldas al público, apoya la frente en los cristales.*

Margarita. Ana María...

Ana María. *Estremeciéndose un poco al oir la voz de su abuela.* ¡Abuela! *Se acerca á ella.*

Margarita. ¿Estás contenta?

Ana María. Muchísimo, abuela.

Margarita. ¡Con qué tranquilidad lo dices!

*Ana María sonríe.*

¡Si yo fuera tú, y tuviera tus veintitrés años!... Ven aquí: dime algo; que eres muy feliz, que estás muy impaciente, que le quieres mucho. ¿Qué gusto sacas en guardarte todo lo que te pasa por dentro para ti sola?

Ana María. No es gusto, abuela; es genio.

Margarita. ¿Mal genio?

Ana María. Tal vez. Yo bien quisiera venir á contarte mi alegría, y reirme contigo, y hacer proyectos como á ti te gusta; pero no puedo. ¡Cuando tengo una felicidad muy grande ó una pena muy honda, parece que me echan un nudo al corazón y se me quedan dentro!

Margarita. ¡Ay! chiquilla, me acuerdo del día en que Agustín me dijo: «¡Me quiere, abuela, me quiere, nos queremos!» Estaba como loco: me abrazaba, lloraba, se reía. ¡Me quiere, abuela; me quiere, abuela! Lo menos me lo dijo cien veces: luego entraste tú...

Ana María. Y no dije nada, ¿verdad? Pero también estaba muy contenta y también te abracé como ahora. *Abraza casi llorando á doña Margarita.*

MARGARITA. ¿Estás llorando?

ANA MARÍA. *Secándose las lágrimas.* No lloro. Estoy pensando ¡qué cambiado le vamos á encontrar!

MARGARITA. ¿Te acuerdas cuando se marchó? Fué en el mes de Mayo: era casi de noche: fuimos á despedirle á la estación. ¡Cuando arrancó el tren, sacó la cabeza por la portezuela! ¡Me parece que le estoy viendo! *Suspira.* Hijo mío. ¿Sabe que me he quedado casi ciega?

ANA MARÍA. Sí, abuela...

MARGARITA. ¡Como en las cartas no dice nunca nada!

ANA MARÍA. Los hombres en las cartas no dicen nunca nada.

MARGARITA. Tú me dirás como es. ¿Dices que viene retratado en ese periódico? Dámele. Ya le veo: es aquí. *Besa un grabado del periódico que Ana María le da.*

ANA MARÍA. ¡Ja, ja, ja!

MARGARITA. *Muy ofendida.* ¿De qué te ríes?

ANA MARÍA. De que en lugar de besarle á él has besado á la estatua.

MARGARITA. ¿A qué estatua?

ANA MARÍA. A la que él ha hecho: han retratado juntos al autor y á la obra: él está aquí, á este lado.

MARGARITA. Está guapo, ¿verdad?

ANA MARÍA. Sí, abuela.

MARGARITA. Con esos ojos suyos tan alegres y ese bigotillo revuelto que parece de espuma.

ANA MARÍA. *Mirando con atención el periódico.* Ahora tiene los ojos más serios y el bigote mucho más grande.

MARGARITA. ¡Ay, niña, qué feliz vas á ser! A ver... dame el periódico. ¿Qué es esto?

Ana María. La estatua, abuela.

Margarita. ¿Se parece á ti?

Ana María. No: es una mujer alta... debe de ser morena; tiene la frente estrecha, los ojos dominantes..

Margarita. ¿De qué va vestida?

Ana María. De bailarina griega.

Margarita. *Muy escandalizada.* ¿De bailarina? ¿Con falda corta?

Ana María. Sin falda de ninguna clase: lleva unas gasas... en la mano.

Margarita. ¡Pero eso es un horror!

Ana María. *Se ríe.* Es una estatua, abuela.

Margarita. No me gusta que el niño se dedique á esas cosas.

Ana María. Ya, ya; la señora abuela quisiera que su nieto se pasara la vida esculpiendo Virgencitas del Carmen para su oratorio.

Margarita. No para mi oratorio, para las catedrales tan hermosas que hay por esos mundos; sí, señor, vírgenes y santos, y mujeres vestidas como Dios manda.

Ana María. *Se ríe.* Se lo diremos en cuanto llegue.

Margarita. No se lo diremos, porque se reiría de mí, como te ríes tú, por supuesto.

Ana María. *Riéndose.* ¿Yo?

Margarita. ¡Tú! Estoy segura de que te gusta esa mujerota. ¡No se mira más, ea!

Ana María. *Mirando el periódico con insistencia.* ¡Ay, Señor!

Margarita. ¿Qué suspiras?

Ana María. Nada, abuela. *Se levanta sin dejar el periódico y se acerca á mirarse á un espejo de cornucopia pequeño y do-*

*rado que hay colgado de la pared. Mira alternativamente su imagen en el espejo y la de la estatua en el periódico.*

MARGARITA. ¿Qué haces?

ANA MARÍA. Mirarme al espejo.

MARGARITA. Estás muy guapa, ¿eh?

ANA MARÍA. ¡Regular nada más!

MARGARITA. ¿Qué traje te has puesto?

ANA MARÍA. El azul. Voy á ponerme una flor en el pelo. *Coge de un florero una rosa encarnada y se la pone en el pelo.*

MARGARITA. ¡Cuánto daría por verte bien, niña!

ANA MARÍA. ¿Es que se te ha olvidado cómo soy? ¿Quieres que te lo cuente? *Las dos se ríen.* Tengo los ojos verdes.

MARGARITA. Como siempre.

ANA MARÍA. Más verdes que nunca.

MARGARITA. ¡Pobre Agustín!

ANA MARÍA. ¡Ya, ya!

MARGARITA. ¿Qué más?

ANA MARÍA. El pelo un poco echado á la frente, como ahora se lleva. Estoy un poco pálida.

MARGARITA. *Asustada.* ¡Niña!

ANA MARÍA. No te asustes, que tengo los labios muy encarnados, y eso es prueba de buena salud.

MARGARITA. ¿Qué más?

ANA MARIA. Nada más: aquí se acaban los encantos de tu señora nieta. *Dejando con un poco de desaliento el periódico.* Por lo menos, el espejo no dice otra cosa.

MARGARITA. ¡Grandísima hipócrita! *La abraza.* Mira, se me ocurre una cosa... Puesto que el niño ya tiene esa gloria que se fué á buscar, ¿á qué vamos á estar esperando, no te parece? Tú nunca dices nada, pero bien

harta estarás de noviazgo: os casáis, en llegando las dispensas; pasamos el verano juntos aquí, en el campo, y en Octubre os marcháis á dar un paseo muy largo, para que tú también conozcas mundo.

ANA MARÍA. ¡Justo, y tú!

MARGARITA. Yo me quedo aquí, que con Manuela y Pedro no me hace falta nadie.

ANA MARÍA. Muchas gracias.

MARGARITA. No soy yo una vieja egoísta. Padre y madre he tenido como todo el mundo, y me casé, y me fuí con mi marido cuando me dió la realísima gana. Tú tienes derecho á tu amor de veinte años... ¡No faltaría más! No tengas miedo: yo he vivido ya ochenta y tres; ¿por qué no he de vivir otros veinte? En cuanto los viejos pasan de los setenta, la muerte no se acuerda de ellos, porque le da fastidio gastar el tiempo donde no hay nada que malograr, y se va á matar niños como quien corta flores. Además, que no vais á pasar la vida lejos: un viajecito... el tiempo justo de traerme un biznieto. Hija, no me quisiera morir sin verlo...

*Suena el cascabeleo del coche.*

ANA MARÍA. *Ahogándose de emoción, pero disimulando.* ¡El coche!

MARGARITA. ¿El coche?

ANA MARÍA. Ahora deben estar llegando á la puerta... ¡Si entran por el jardín! ¡Qué ocurrencia! Ya está en la alameda... Ya ha llegado al parterre...

MARGARITA. Pero baja á buscarle. ¿No sales?

ANA MARÍA. *Con temor y emoción.* No, no... *Retrocede hasta un rincón de la habitación, á tiempo que por el ventanal del fondo entra Agustín. Entran con él Manuela y Pedro. Agustín es un*

*hombre de veintiocho años, muy buen mozo y muy simpático. Al entrar como va obscureciendo, y la habitación está casi en penumbra, él, al mirar, no ve más que á la abuela, puesto que Ana María ha retrocedido á un ángulo en que está más obscuro, y dirigiéndose á ella la abraza con emoción y apasionamiento de hombre impulsivo y siempre un poco niño.*

AGUSTÍN. *Corriendo á abrazar á doña Margarita.* ¡Abuela!

MARGARITA. ¡Hijo mío! *Abrazo largo y silencioso.* ¡Hijo mío! *Acariciándole la cabeza, la cara, los hombros, como si quisiera ver con las manos.* ¡Qué alto! ¡Qué fuerte!

*Agustín se arrodilla delante de su abuela, que se ha vuelto á sentar en el sillón, y le besa las manos.*

¿Qué haces, hijo... Agustín? Ana María, ¿dónde estás?

*Ana María, que afecta gran serenidad, pero que tiembla un poco, se acerca sin hablar y pone una mano sobre el hombro de su abuela.*

AGUSTÍN. *Levantando los ojos hacia Ana María, con un poco de susto.* ¡Ana María!... ¡Perdóname!

ANA MARÍA. *Con naturalidad y sonriendo.* ¿Yo? ¿Por qué?

AGUSTÍN. *Con asombro y confusión.* Porque yo... verás...

ANA MARÍA. *Echándose á reir.* Estás perdonado. Tanto abuela como yo comprendemos perfectamente que un señor artista que anda triunfando por esos mundos de Dios *Sonríe.* ó del diablo, se haya olvidado un poco de nosotras.

AGUSTÍN. *Insistiendo.* Es que...

ANA MARÍA. *Interrumpiéndole, para que la abuela no repare en las disculpas de él.* Si no nos hacen falta explicaciones. Estás aquí, y nos basta. ¿Que hemos tenido á días un poco de pena? Ahora tenemos mucha alegría, ¿verdad? *Abraza á su abuela,* ¡y váyase lo uno por lo otro!

AGUSTÍN. *Obstinándose en insistir con torpeza de hombre*

*que no comprende que haya un estado de ánimo distinto del suyo.* Pero...

*Ana María, mirándole muy seria y poniéndose un dedo en los labios, le manda callar. Él se calla de pronto, sin comprender gran cosa.*

MARGARITA. *Un poco asombrada.* ¿Qué estáis hablando ahí de penas y de olvidos? Ana María, *Un poco enfadada con ella.* ¿por qué le riñes?

ANA MARÍA. *Riendo.* Si no le riño: es él quien se empeña en disculparse de pecados que no ha cometido: dice que nos tenía olvidadas y nos pide perdón. ¡Figúrate... olvidadas! Poco orgullosa que está la abuela por lo muchísimo que su nieto se ha acordado de ella, ¿verdad?

MARGARITA. *Con embeleso.* ¡Hijo, tus cartas han sido toda nuestra alegría!

AGUSTÍN. *Casi espantado.* ¿Mis cartas?

ANA MARÍA. *Mirándole imperiosamente desde detrás del sillón de la abuela y haciéndole una seña de que calle.* ¡Tus cartas, sí! Tus cartas *Recalcando.* que llegaban aquí todos los sábados y á veces hasta dos veces por semana. ¡Y poco que nos hemos divertido leyéndolas! Abuela se ponía chocha sólo de pensar en ellas. ¡Como que algunos días he bajado á buscar al cartero á mitad del camino, porque nos parecía que tardaba en llegar! ¡Una en que nos contabas la Navidad en Berlín, nos la aprendimos casi de memoria, y abuela lleva cosida en los escapularios la ramita de mirto que enviaste dentro! ¡Cuántas cosas bonitas y tan interesantes habrá por esos mundos! Cuéntanos, cuéntanos.

*Agustín, que mientras ella habla ha estado mirando al suelo lleno de confusión, no responde.*

MARGARITA. ¡Qué va á contar ahora! Estará cansado del viaje.

ANA MARÍA. Es verdad. Siéntate.

AGUSTÍN. *Sentándose dócilmente y mirándola como hipnotizado.* No estoy cansado, no... *Como si hiciese un gran descubrimiento.* ¡Pero tengo un hambre!

MARGARITA. *Con alegría.* El campo te habrá abierto el apetito.

ANA MARÍA. Yo también. La misma que cuando volvíamos de correr por el monte hace diez años. Afortunadamente, ha llegado la hora de cenar. Pedro, enciende la luz.

*Pedro enciende la luz, y Manuela, que habia salido un momento antes, vuelve con una gran bandeja de plata en la que viene el servicio de mesa.*

¿No lo dije? Ya está aquí Manuela. Hijo, ésta es una casa encantada; cosa que se desea, cosa que aparece. Ya verás, ya verás. *Toma la bandeja de manos de Manuela.* Trae, y sirve en seguida. *Poniendo rápida y primorosamente dos cubiertos en una mesita junto á la chimenea.* Cenaremos aquí, junto á la lumbre, en amor y compañía los dos, porque abuela se marcha á la cama con un vaso de leche.

*Manuela vuelve á entrar con diferentes manjares y vinos. Ana María, mientras habla, come y sirve á Agustín. Pedro ayuda. Manuela entra y sale.*

Si vieras, desde que te has ido, nos hemos hecho más perezosas... Nunca queremos ir al comedor, porque casi da miedo aquella mesa grande para las dos solas. Aquí comemos, al sol en invierno, al fresco en verano. Aquí cenamos, es decir, ceno yo, al amor de la lumbre; aquí trabajamos y aquí vivimos; ¡ya ves qué peda-

cito tan pequeño nos basta en el mundo tan grande! Casi nos pareces un bicho raro tú, que has vivido en tantas tierras. ¡París... Berlín... Italia... Grecia! ¿Es verdad, verdad que existen todas esas cosas, ó es que las han soñado los que escriben libros? ¡Qué más da! ¡Todo es cerrar los ojos *Cierra los ojos, porque, aunque está hablando con perfecta afectación de alegría, acaso teme que se le vayan á escapar las lágrimas.* y ver el mundo dentro!

*Agustín come, la mira y calla.*

MARGARITA. ¡Qué habladora estás hoy!

ANA MARÍA. Alguien ha de hablar. Tú te has quedado muda del alegrón, y Agustín parece también que se ha dejado olvidada la lengua en la maleta. Me parece que voy á ser yo la que tenga que contar el viaje.

AGUSTÍN. *Haciendo un esfuerzo por hablar y saliendo del paso con un recurso originalísimo.* ¿No dices nada, Pedro?

PEDRO. ¿Qué va uno á decir? Ya sabemos que el señorito es hombre célebre y que ha salido la mar de veces en los periódicos. La señorita nos ha enseñado últimamente el retrato y la estatua.

AGUSTÍN. *Un poco turbado.* La estatua... sí...

ANA MARÍA. ¡Buen sermón te tiene preparado abuela por la frescura de la estatuita! Prepárate.

MARGARITA. *Muy apurada.* No le hagas caso.

AGUSTÍN. No me riñas, abuela, que mientras esté en casa, en desagravio de mis culpas, haré una Santa Margarita con una túnica muy larga.

MARGARITA. No me gustan bromas con las cosas santas.

ANA MARÍA. ¿Un poco más de pollo?

*Agustín acepta y devora.*

¡Ay, abuela, si le vieras comer, te asustabas! ¡Nos le han tenido muertecito de hambre! ¡Hijo, qué mal cuidan las musas á sus predilectos! ¿Es que en el templo de la fama no dan más que laurel por alimento? Aquí te engordaremos, descuida.

AGUSTÍN. ¡Es que tenéis una cocinera estupenda y un maître d'hôtel incomparable!

ANA MARÍA. ¿Es que te figurabas que en la sierra se vive á lo paleto? Somos muy finas las señoras serranas, aunque otra cosa crean los señores artistas viajeros. Por lo demás, la cocinera es la de siempre.

AGUSTÍN. *Incrédulo.* ¡Juanona!

ANA MARÍA. Juanona, hijo, que ha aprendido á leer, y de paso á guisar como guisan en Francia, y el maître d'hôtel es Manuela.

*Entra Manuela con un cestillo de fresas lindamente arreglado sobre hojas verdes.*

MANUELA. Fresas tempranas; son casi de estufa.

PEDRO. ¡Tantas tempranas y tardías habrá comido el señorito por esas capitales!

MANUELA. Pero éstas son de casa y le tienen que saber á gloria.

AGUSTÍN. *Sirviéndose, y cada vez con más originalidad* ¡Fresas!

ANA MARÍA. Saben á tierra, ¿eh?

AGUSTÍN. *Un poco exaltada.* Saben á recuerdo... á todos los recuerdos...

ANA MARÍA. *Cambiando brucamente el tema de la conversación.* Te hemos arreglado una habitación preciosa; ya verás. Abuela quería que estuviese aquí con nosotras pero yo he pensado que te gustará más trabajar libremente, y te hemos convertido en casa el pabellón que

hizo mi padre para sus colecciones al otro lado del jardín.

Margarita. *Que hace un rato se deja invadir por el sueño y da grandes cabezadas, se despabila un poco al oir esto y dice enérgicamente.* ¡Tonterías! *Después de lo cual vuelve á cabecear.*

Ana María. Tienes estudio, saloncito de descanso, alcoba, tocador, terraza, puerta á la carretera y al jardín; todas las vejeces que coleccionó mi pobre padre y unas cuantas flores de la abuela. Así estás en tu casa, vienes aquí á comer y cuando quieras, y nosotras nos damos también de cuando en cuando el placer de ir á hacerte una visita.

Margarita. *Despertándose.* ¿A qué tantos arreglos? ¿No os vais á casar inmediatamente?

*Agustín mira al suelo y Ana María al techo.*

Pues ¿á qué tanta historia de pabellón, de estudio, de puerta independiente? Los niños de ahora *Durmiéndose.* son incomprensibles... verdad es que Ana María sabe... sabe... y cuando ella lo hace... bien hecho estará... pero en mis tiempos... en mis tiempos...

Ana María. ¿Traes algún criado?

Agustín. Sí, uno, Juan... pero no vendrá hasta dentro de dos ó tres días... le he dado permiso...

Ana María. Bien; mientras llega, te cederé á Manuela.

Agustín. Si ella consiente...

Manuela. *Cayéndosele la baba.* No faltaba otra cosa, señorito.

Ana María. Abuela se ha dormido. Todas las noches le sucede lo mismo mientras yo ceno; ¡pobrecilla! Voy á acostarla mientras tú tomas el café. Vamos, Ma-

nuela. ¿Estás muy cansado? Si quieres, Pedro puede enseñarte tu habitación.

AGUSTÍN. No, no, te espero aquí... *Se inclina á besar á la abuela.* Quería... tengo que hablar contigo.

ANA MARÍA. Pues ahora mismo vengo.

*Sale con Manuela llevando á doña Margarita; Agustín las mira salir y pasea un instante y luego habla dirigiéndose á Pedro, pero en realidad para sí mismo.*

AGUSTÍN. Tiene razón Ana María. Esto parece una casa encantada. Yo tenía un recuerdo... no sé, de ruido, de bullicio... y ahora aquí todo es orden, paz... Puede que fuera mi propia inquietud de chiquillo la que ponía yo al pensar en la casa, pero de todos modos no sé qué hay en ella...

PEDRO. Hay tres viejos y un ángel, con perdón sea dicho... no sabe el señorito lo que se lleva.

AGUSTÍN. *Interrumpiendo.* Tú vives ahora aquí, por lo visto.

PEDRO. Sí, señor; ya sabe el señorito lo aficionada que es doña Margarita á la música; como la pobre, con perdón sea dicho, se ha ido quedando ciega como quien dice, y como yo también me quedé viudo, y las tres hijas se me casaron y están en los Madriles, pues la señorita me dijo que me viniera aquí y así hago compañía á la señora con la música, siempre que se ofrece, pero sigo siendo organista en la parroquia, para servir al señorito, y voy todos los días al pueblo.

AGUSTÍN. *Un poco nervioso.* ¡Qué silencio!

PEDRO. Bien se conoce que viene el señorito de esas capitales donde por las noches anda el diablo suelto: en el campo, en poniéndose el sol... además, que aquí, en callándose doña Margarita, se calla todo:

con sus ochenta y cuatro años, es la animación de la casa: mire el señorito que hay veces que se pone á morir del corazón, con perdón sea dicho; pues en resucitando, como ella dice, ¡viva la vida! Como que muchas veces riñe á la señorita por lo callada que es... y no es que la señorita sea triste tampoco, es que es así... serena... como el agua de mayo, y sabe, ¡lo que sabe!, como que se pasa la vida leyendo.

*Entran Ana María y Manuela. Manuela recoge algunos trastos de la mesa.*

Ana María. ¿Te he hecho esperar? ¡Ah, estabas con Pedro!

Pedro. Sí, señorita; pero si la señorita no manda otra cosa, me retiro. Descansar, señorito.

Agustín. Buenas noches.

Ana María. *Hace un gesto de asentimiento y Pedro se retira. Ella se acerca á la mesita en que aún está servido el café.* ¿Todavía no has tomado el café? Le tomaremos juntos. Puedes retirarte, Manuela. *Se sienta.*

*Manuela va á cerrar las ventanas antes de salir.*

No, no, deja las ventanas abiertas.

*Manuela se retira. Pausa. Muy lejos se oyen nueve campanadas en un reloj de torre.*

¡Las nueve!

Agustín. ¿Nada más?

Ana María. Nada más; en el campo las veladas engañan. *Ana María coge del jarrón que hay en el centro de la mesa una rosa.*

Agustín. *Mirando la rosa que ha cogido ella y cogiendo otra* ¿Son de casa?

Ana María. De casa.

AGUSTÍN. ¿Tan tempranas aquí en la sierra, con el frío que hace?

ANA MARÍA. En la estufa las hay todo el año.

*Pausa, durante la cual se oye muy lejos el rasgueo de una guitarra y el son de una copla que canta una voz de hombre. Copla castellana, no andaluza.*

ANA MARÍA. Gentes que están alegres.

AGUSTÍN. ¡Quién sabe!

ANA MARÍA. *Con naturalidad.* ¡Sí, quién sabe!

*Ana María forma con los pétalos de la rosa que ha deshojado dibujos sobre el mantel. Agustín los sigue con la vista, como si las figuras fuesen alguna fórmula mágica en la cual se encerrase su destino.*

ANA MARÍA. ¿Dónde recibiste mi carta?

AGUSTÍN. En Roma, hace ocho días.

ANA MARÍA. La envié á París hace tres semanas, á las señas de siempre, porque no sabía dónde estabas: luego leí en los periódicos que habías pasado por Berlín.

AGUSTÍN. En seguida me puse en camino.

ANA MARÍA. ¿Te asustaste mucho?

AGUSTÍN. Como me decías que abuela estaba tan mal...

ANA MARÍA. Es que tuvo un ataque terrible.

AGUSTÍN. ¿Un ataque?

ANA MARÍA. Sí, le dan á menudo: un colapso creo que los llaman: el corazón que está viejo y cansado y ya no quiere andar. Dice don Juan, el médico, que no es que se muere, sino que no puede vivir: yo no soy cobarde, pero esta vez me entró un miedo tan grande de encontrarme sola... luego se mejoró, y ya no hacía falta que hubieras venido; pero por no quitarle esa ale-

gría... No vayas tú á explicarle nada, porque ella cree que vienes por tu voluntad; le he dicho que querías celebrar con nosotros la alegría de tu triunfo.

AGUSTÍN. ¡La alegría de mi triunfo! ¡Ay!

ANA MARÍA. ¿Por qué suspiras?

AGUSTÍN. Porque con triunfos y sin triunfos la vida es siempre triste.

ANA MARÍA. ¿Tú dices eso?

AGUSTÍN. ¡Yo más que nadie!

ANA MARÍA. Vea usted. Nosotras que creíamos que eras tan feliz. *Se ríe.*

AGUSTÍN. *Con mal humor.* ¿Por qué te ríes?

ANA MARÍA. Porque me hace gracia pensar que todo el mundo tiene penas.

AGUSTÍN. ¿Gracia?

ANA MARÍA. ¡Quién me lo iba á decir! Yo creí que á las penas no les gustaban más que las soledades, estos rincones del mundo donde los corazones están desamparados, donde todos los días son iguales y toda ambición se ha dormido; hoy y mañana, el sol en verano y la nieve en invierno, la luna y la escarcha, una flor que se abrió y otra que se deshoja: todo silencioso, y dentro del silencio la pena creciendo... y callando. Pero, por esos mundos, en el ruido, en la fiesta, en el aturdimiento del trabajo, con la gloria á los pies y eso que llaman laureles en la frente, ¿penas también? ¡Hay para consolarse... y para reirse! *Se ríe.*

AGUSTÍN. *Con violencia.* ¡Pero no te rías!

ANA MARÍA. *Con ironía.* ¡Ah!... ¡Perdón! *Amontonando y rompiendo los pétalos de rosa.*

AGUSTÍN. *Arrepintiéndose de su violencia y con tristeza casi pueril.* Perdóname tú á mí.

Ana María. ¿Yo á ti? ¿Por qué?

Agustín. Porque soy un villano, porque he sido un hipócrita, porque teniendo tu cariño. toda la gloria de tu cariño... ¡Anita, no me mires así! ¿Quieres que te diga toda la verdad?

Ana María. ¿Que me has olvidado? Ya lo sé.

Agustín. No, no es eso... olvidarte, no...

Ana María. ¿Que me has dejado de querer? ¡Cosas de la vida! Un poco tristes, como tú dices; pero, ¿qué le vamos á hacer?

*El la mira á la cara espantado de su serenidad.*

Si no es más que eso, no te atormentes.

Agustín. ¡Ana María!

Ana María. ¿Es más, y no te atreves á decírmelo? ¿Tan negro es, tan amargo, tan incomprensible? Te lo diré yo: yo, que todo lo sé, porque te... *Va á decir «porque te quiero», pero se arrepiente,* porque te conozco mejor que á mí misma. Tú, en este momento, tienes una pena... por otra mujer.

Agustín. *Defendiéndose mal.* No ..

Ana María. ¡Sí! Por otra mujer... de las malas.

Agustín. Anita .. Ana María, ¿quién te ha dicho eso? ¿Quién te ha contado? ¡Respóndeme!

Ana María. *Mirándole muy seria.* ¿No es verdad?

Agustín. *Bajando la cabeza.* Sí... es verdad... una verdad... muy triste.

Ana María. ¿Tanto la quieres? *Agustín no responde.* Es la estatua, ¿no?

Agustín. *Como un doctrino.* La estatua.

Ana María. ¿Y ella no te quiere?

Agustín. ¡No me quiere, no!

Ana María. *Con burla.* ¡Vea usted qué mal gusto!

AGUSTÍN. ¡Anita!

ANA MARÍA. ¿Es española?

AGUSTÍN. A medias.

ANA MARÍA. ¿Eh?

AGUSTÍN. Su padre sí, y su madre... es decir... creo; pero ha nacido en Francia y no ha estado nunca en España.

ANA MARÍA. ¿Cómo se llama?

AGUSTIN. *Resistiéndose á seguir.* ¡Anita!

ANA MARÍA. *Con burla.* ¿Como yo?

AGUSTÍN. No, no es eso...

ANA MARÍA. Ah, ¿es que te da reparo decírmelo? El nombre es lo de menos, hijo mío.

AGUSTÍN. *En voz baja.* Se llama Carmelina.

ANA MARÍA. Carmelina. ¿Y es *Con desdén.* modelo?

AGUSTÍN. No... aunque ha posado para mí, no es modelo... es artista.

ANA MARÍA. *Haciendo ademán de tomarle el pelo,* ¿En cabello?

AGUSTÍN. Bailarina... muy célebre, no creas...

ANA MARIA. ¡Ya, ya! *Cogiendo el periódico dónde está la estatua.* ¡Vaya con la ilustre danzante! ¿Debe bailar muy bien, eh?

AGUSTÍN. No sé si bien ó mal. Baila lo mismo que Salomé, removiendo en el alma todo el poso de las malas pasiones, toda la turbación, todo el deseo...

ANA MARÍA. *Interrumpiéndole.* ¡No te entusiasmes, hijo, que soy soltera!

AGUSTÍN. ¡Perdón! *Se calla de pronto.*

ANA MARÍA. Sigue, hombre, sigue. La adoraste, la conquistaste, y decidisteis pasar la vida juntos para endulzar con la pasión los ásperos caminos del arte...

AGUSTÍN. ¿Cómo lo sabes?

ANA MARÍA. El mundo es tan pequeño... ¿Y hace mucho tiempo que floreció el idilio?

AGUSTÍN. Dos años.

ANA MARÍA. Claro: los mismos que hace que tú no escribías... En eso has hecho mal... no por mí, por la abuela... ¿Y ahora?

AGUSTÍN. ¿Ahora?

ANA MARÍA. *Con un poco de impaciencia.* ¡Sí, ahora! ¿Dónde has dejado á tu Salomé?

AGUSTÍN. Hace medio año fuimos á Oriente... ella se aburrió... siempre se aburre... por todo... de todo... tiene en el alma el tedio... ó la tragedia... no sé... pasa los días enteros callada, taciturna... otras veces furiosa... quiso venir á Roma por cambiar... tomamos una villa... yo creí que estaba más contenta, pero una tarde en que la dejé sola, ella...

ANA MARÍA. ¿Qué?

AGUSTÍN. Dejó una carta infame por toda despedida... y no ha vuelto.

ANA MARÍA. *Con asombro.* ¡Se marchó!

*El afirma con la cabeza.*

¿Hace ya mucho tiempo?

AGUSTÍN. Dos meses.

ANA MARÍA. ¿Y no sabes de ella?

AGUSTÍN. Sé que ha estado en Viena y que ahora está en París...

ANA MARÍA. *Con un asomo de mala idea, pero con afectación de inocencia.* ¿Sola?

AGUSTÍN. No sé... creo que no.

ANA MARÍA. ¡Todo sea por Dios! Y tú... claro... á pesar de todo, la sigues queriendo.

*Agustín no responde; ella, sin hablar, se acerca al ventana del fondo y mira fijamente al jardín.*

AGUSTÍN. Ana María, he sido un necio, un cobarde, un villano...

ANA MARÍA. *Mirándole, un poco ausente.* ¿Eh?

AGUSTÍN. No he debido contarte... perdóname que te haya dicho...

ANA MARÍA. Has hecho bien. ¿A qué guardar fantasmas y engaños pueriles? El cariño que siempre nos hemos tenido y el amor que creímos tenernos merecían esta sinceridad. ¡Gracias!

AGUSTÍN. ¿Gracias tú á mí?

ANA MARÍA. Sí, porque has sabido ser leal conmigo.

AGUSTÍN. Es que tú eres una mujer extraordinaria. Yo hubiera querido no contarte nada. Pero es imposible. Siempre que esté contigo, tendré que decirte la verdad, contra mi mismo, contra ti. Por el camino venía pensando: Llegaré, callaré por ella y por la abuela; estaré unos días, y desde lejos le escribiré diciéndole que la vida se ha puesto entre nosotros, pidiéndole perdón, despidiéndome para siempre.

ANA MARÍA. ¿Así habías pensado abandonarnos?

AGUSTÍN. ¿Tengo derecho á estar en esta casa?

ANA MARÍA. Derecho y deber. Abuela ha puesto en tu cariño más de la mitad de su alma; te quiere más que á mí. Mientras ella viva, aquí está tu puesto. Cuando ella falte, la casa es tan tuya como mía. ¡Aquí está nuestro hogar, más hogar que el de nadie, porque los dos vinimos huérfanos á él. ¿Quieres hacernos la ofensa de pensar que mi presencia puede alejarte de la casa donde hemos pasado juntos la niñez?

AGUSTÍN. ¿Es que tú serás capaz de no guardarme rencor?

ANA MARÍA. ¿Rencor? *Con mucha dignidad.* ¿De qué y por qué? Porque tú y yo soñamos de chiquillos lo que otros quisieron hacernos soñar, y ahora nos encontramos con que la realidad va por otros caminos. ¿Somos responsables de habernos dejado de querer? ¡Hemos cambiado tanto los dos, y hace ya tanto tiempo! ¿Rencores dices? ¡No! ¡Siempre buenos amigos, de verdad! *Le da la mano.*

AGUSTÍN. *Un poco desconcertado.* ¿Es decir, que tú tampoco me quieres?

ANA MARÍA. *Sonriendo.* ¿Qué te importa?

AGUSTÍN. ¡Me importa más que nada en el mundo!

ANA MARÍA. ¡No te quiero, no! Es decir... no te quiero... de amor. De niña... claro... como desde que abrimos los ojos á la vida nos enseñaron á jugar á ser novios..., y no digo que si hubiéramos seguido juntos... pero luego la soledad, el tiempo y tu silencio, lo mismo que á ti, me han ido desenamorando poco á poco. El amor se marchó como un pájaro lindo que se nos huye de la jaula... claro que al principio lloré con cierta pena la fuga del alado huésped, y hasta me hubiese alegrado de verle volver... después... creo que había llegado á sentir, más que el cariño, la falta de cariño. Se conoce que se me había quedado un hueco en el corazón, y la inquietud de vacío la tomaba yo, ¡tonta de mí!, por inquietud de ternura... ahora ya está todo en su sitio, y podemos querernos como buenos hermanos. Tú te alegras, ¿verdad?

AGUSTÍN. *Sin demasiado convencimiento.* Sí... me alegro... porque no creas, traía una angustia tan grande... Los

dos infelices—venía pensando—, yo por mi culpa, y ella...

ANA MARÍA. ¿Infelices? Ni tú ni yo. A los dos el amor nos ha jugado una mala pasada: dicen que así sucede casi siempre; pero hay en el mundo tantas cosas que no son el amor...

AGUSTÍN. *En son de protesta.* ¡Tantas cosas!

ANA MARÍA. ¡Tantas! Tú no sabes lo que es la soledad; ya lo irás aprendiendo aquí, en la paz de la casa: en el silencio se oyen tantas voces que no había oído uno nunca... *Mirando el reloj.* ¡Qué horror de hora! Hay que irse á dormir, hijo. Aquí está la llave de tu palacio. ¿Sabrás el camino?

AGUSTÍN. *Dirigiéndose á la puerta de la derecha.* Sí, sí lo sé.

ANA MARÍA No; por aquí, por la terraza, no vaya á despertarse abuela si haces ruido. ¡Pobre abuela!

AGUSTÍN. Ya le diré mañana...

ANA MARÍA. ¡No, no le digas nada!

AGUSTÍN. ¿Cómo?

ANA MARÍA. Ella, la pobre, piensa que la vida no tiene más que un camino, y le había compuesto para nosotros con todo su amor: se ha acostumbrado á querernos juntos.

AGUSTÍN. ¿Qué hacemos entonces?

ANA MARÍA. Conservarle la ilusión. Ya ves, la muerte la está esperando. Dice el médico que no pasa del año. ¿A qué se va á llevar ese disgusto? Como apenas ve, ¡es tan fácil hacerle creer lo que uno quiere!... Ya ves, en los dos años que tú no has escrito, yo le he escrito las cartas todos los sábados, y ella tan contenta...

AGUSTÍN Pero, ¿cómo has podido?

Ana María. Hijo, tiene una su poco de imaginaión y ha leído una lo suyo; ¡tú que crees! ¡Poco bien escritas que estaban! Como que abuela, que tampoco es tonta, decía algunas veces: ¡Qué observación tan fina tiene este muchacho! ¡Parece una mujer!

Agustín. ¡Eres una santa!

Ana María. No lo sabes tú bien. Quedamos en eso. Unas cuantas palabras alegres estos días. Luego, yo pensaré; le diremos, si se pone bien definitivamente, que tienes que marcharte. El deseo de vernos felices le hará creer todo lo que queramos. ¿No te parece?

Agustín. Se hará lo que tú quieras.

Ana María. Representaremos unas cuantas semanas una comedia... un poquitillo triste, pero así es el mundo.

Agustín. ¡Así es el mundo!

Ana Maria. Buenas noches, entonces. Quedamos en eso.

Agustín. Buenas noches.

*Pero no se mueve, como si aún tuviera algo que decir.*

Ana María. ¡Ah! Y que no vayas á decir mañana alguna cosa desagradable. Somos felices; nos vamos á casar dentro de un par de meses, y nos queremos mucho. Adiós.

Agustín. Adiós.

*Pero los dos siguen sin moverse.*

¡Eres una mujer admirable! ¡No te rías!

Ana María. No me río. Pienso... ¡No pienso nada! Buenas noches.

*Medio mutis*

Agustín. ¿No me das la mano?

Ana María. *Volviendo á él y dándole la mano.* ¿Por qué? Hasta mañana.

Agustín. Hasta mañana.

Ana María. Sal por la terraza. Yo cerraré las puertas. ¡Mira qué hermosa noche de luna hace!

*Sale Agustín por la terraza, y á la luz de la luna se le ve alejarse por el jardín y desaparecer. Ana María le está mirando, al parecer, serenamente. Cuando desaparece del todo, se echa á llorar desconsoladamente. Cae el telón.*

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

Pórtico, á modo de "loggia", que comunica dos cuerpos de edificio, formando pabellón. Al fondo, columnata de arcos y el jardín; á derecha é izquierda, muros con puertas que conducen á las habitaciones. El zócalo de la loggia es de azulejo de colores vivos, y las columnas, más bien pilares, que forman la arcada del fondo, están recubiertas de azulejo también. Si el escenario es lo bastante grande, en el centro habrá una fuentecita, en terracotta, reproducción de un modelo clásico, con plantas acuáticas en la taza y en el pilón; si el escenario es pequeño, la fuentecilla estará adosada al muro, y la formará un relieve en terracotta, reproducción clásica también, y una taza de mármol, también adosada á la pared y también adornada con plantas acuáticas, por entre las cuales se filtrará el agua. La parte alta de los muros estará blanqueada con cal, y el techo será de vigas. Los muebles, antiguos, españoles y alemanes. Sillones, mesitas. Por las paredes habrá colgados cuadros, tallas, platos, etc. Habrá en una de las paredes un gran reloj de caja. El fondo hacia el jardín es practicable, se supone que bajando un escalón. Las puertas á derecha é izquierda, también. Es por la tarde y hace sol.

*Al levantarse el telón están en escena Doña Margarita, Ana María, Pedro y Manuela. Hay sobre un sillón cha-*

*les, sombrillas, el bastón de Doña Margarita; todo lo necesario para un paseo por el jardín. En una mesita ó en el reborde que hace en el fondo el zócalo de azulejos, un primoroso cestillo de labor de Ana María. Junto con la labor hay en el cestillo un libro de versos. Manuela va y viene sirviendo á Doña Margarita una jícara de chocolate, bizcochos y un gran vaso de agua de naranja. También Pedro se dispone á tomar chocolate. Ana María en otra mesita vigila un hervidor en el cual se está calentando agua para hacer té: hay dos tazas preparadas y una bandeja con dulce, pan tostado, mantequilla, etc. Todo el servicio primoroso, limpio y de porcelana fina.*

MARGARITA. ¿Pero ese niño sale ó no sale?

ANA MARÍA. Ahora saldrá, abuela: estará recogiendo los trastos.

MARGARITA. ¡No le da poco fuerte! ¡Todo el día se pasa metido en el estudio!

ANA MARÍA. Quéjate por tener un nieto trabajador. ¡Agustín, Agustín!

AGUSTÍN. *Dentro.* Ya voy.

*Sale por la puerta de la derecha y atraviesa el pórtico, dirigiéndose al jardín, una muchachota aldeana, de muy buen cuerpo, pero no demasiado guapa, que saluda con cortedad y pasa de prisa como si le diera vergüenza.*

ALDEANA. Buenas tardes. *Sale.*

MARGARITA. ¿Quién es?

ANA MARÍA. La modelo, abuela.

MARGARITA. ¿Qué modelo?

ANA MARÍA. La que tiene Agustín para su Santa Margarita.

MARGARITA. Pero ¿no decís que te está copiando á ti?

ANA MARÍA. Pero es que yo *Sonriendo.* no me dejo copiar más que los pies, las manos, la cara y hasta aquí... *Señalando el descote graciosamente.* y lo demás... Sí, abuela, no hay remedio: para esculpir una santa vestida hace falta un modelo desnudo... Ya ves cómo la moralidad no va ganando nada con que las estatuas gasten túnica.

MARGARITA. Calla, calla, ¿y quién es... ésa?

PEDRO. Una chica del pueblo... una desdichada que ha estado sirviendo en Madrid. La Valentina...

MARGARITA. ¡Ah, sí!... La del herrero... ¡Valiente pécora!... ¡Cualquiera les reza á las santas que esculpe mi nieto!

AGUSTÍN. *Saliendo.* Ea, ya estoy aquí.

*Sale secándose las manos con una toalla que entrega á Juan, criado muy correcto que sale detrás de él y se retira con la toalla sin decir palabra.*

Buenas tardes. *Besa la mano de su abuela.* Perdón por el retraso.

ANA MARÍA. Por ti lo siento, que el té se habrá pasado y tomarás veneno. *Le sirve una taza de té.*

AGUSTÍN. Si tú me le das...

MARGARITA. Esa es otra, ¡té! Estos niños son unos infelices. Preferir ese cocimiento deslavazado á esta bendición de chocolate.

ANA MARÍA. *Sorbiendo el té.* ¡Si vieras lo rico que está con nata! Manuela, dame el dulce para poner un poco sobre el pan con manteca.

MARGARITA. ¡Qué horror! Mantequilla con dulce. ¿Dónde se estila eso?

ANA MARÍA. Dice Agustín que en Alemania. ¡Y está muy bueno! ¿Quieres probarlo? ¿Y tú, Pedro?

*Doña Margarita hace un gesto de horror. Pedro acepta el pan con manteca y dulce que le ofrece Ana María y lo come por cortesía con cierta precaución; pero al probarlo, lo encuentra bueno.*

PEDRO. Sí que sabe bien.

MARGARITA. ¡Pedro, Pedro! No te vayas á contagiar tú también con ese par de locos: nosotros dos debemos guardar la tradición. Trae aquí el agua de naranja.

ANA MARÍA. ¿Quién quiere frambuesas?

MANUELA. Son del huerto de Pedro.

AGUSTÍN. Y tienen fama en todo el lugar.

PEDRO. *Muy orgulloso.* ¿Aún no se le ha olvidado al señorito?

AGUSTÍN. No se me ha olvidado nada, Pedro; nada, absolutamente. *Con intención, mirando á Ana María.* Soy el mismo de siempre... un poco más loco que nunca.

ANA MARÍA. *Levantándose por no oirle.* ¡Qué algarabía traen armada los pájaros!

PEDRO. *Con inocencia.* Por las mañanas es cuando hay que oirlos.

MANUELA. Eso el señorito no lo sabe, porque es bien dormilón. *Todos se ríen.*

ANA MARÍA. Es verdad. A las nueve he pasado yo por aquí, y aún estaban cerradas las ventanas. ¡En el mes de mayo! ¡Hereje! ¿A quién se le ocurre perder la mañana durmiendo? Es lo mejor del día. Hasta las diez, lo menos, no se acuerda uno de ninguna pena. Si vieras qué paseos me doy yo por el monte en cuanto sale el sol!

AGUSTÍN. Desde mañana los daremos juntos.

ANA MARÍA. ¡Ja, ja, ja! *Con burla.* No lo creo. Traes tú mucho sueño atrasado de esas capitales de Europa.

AGUSTÍN. No es eso; es que anoche me acosté muy tarde. A la una.

MARGARITA. Señor, ¡es posible que un cristiano se acueste después de las diez!

AGUSTÍN. Es que hacía una noche tan hermosa... A eso de las once salió la luna: había un poquito de niebla que parecía plata. Cantaba...

ANA MARÍA. *Con burla.* ¿Un ruiseñor?

AGUSTÍN. *Con rabia.* ¡Un cuco!

ANA MARÍA. Válgame Dios, y qué poético está el tiempo.

AGUSTÍN. *Con rabia.* ¡No lo sabes tú bien!

PEDRO. Me permito observar á ustedes que se ha levantado un vientecillo fresco que no presagia nada bueno. Creo que esta tarde tendremos tormenta.

MARGARITA. Tienes razón: vámonos á casa; no quiero que me coja el chaparrón en el jardín.

AGUSTÍN. Pero, abuela, aquí estás á cubierto.

MARGARITA. No me fío yo de la solidez de este pabellón, que ni siquiera tiene pararrayos. No, hijos, no; me gusta demasiado la vida para exponer en tonto la poca que me queda. Ea, comida hecha, compañía deshecha. Vámonos, Manuela, y tú, Pedro, que nos está esperando el piano. Estoy muy enfadada contigo.

*A Agustín.*

AGUSTÍN. ¿Conmigo?

MARGARITA. Sí, señor: no se te ve el pelo: hoy has llegado tarde á almorzar y te has venido sin tomar el

café. Si se quiere hablar contigo, hay que molestarse en venir á buscarte.

AGUSTÍN. ¿Tengo yo la culpa de que en esta casa, asilo de todas las virtudes, le entre á uno un deseo rabioso de trabajar? Hacía años, abuela, que este pobre escultor no sentía la fiebre del trabajo, la alegría, la facilidad que ha encontrado entre estas paredes. ¡Si vieras qué agradecimiento les tengo á ellas y á vosotras!

MARGARITA. Bueno, bueno, cuidadito con lo que se hace. Ana María, mientras venga la modelo, tú aquí haciendo labor.

AGUSTÍN. ¡Pero, abuela, si está picada de viruelas!

ANA MARÍA. ¡Abuela! ¡Ja, ja, ja!

MARGARITA. ¡Sí, sí, ríete; yo sé lo que me digo! A esta infeliz la puedes engañar, pero yo tengo ochenta y tres años y sé lo que es el mundo y lo que sois los hombres. Vamos, vamos.

*Salen Doña Margarita, Pedro y Manuela.*

ANA MARÍA. *Que se ha quedado la última y coge su cestillo de labor.* Hasta luego.

AGUSTÍN. *En son de ruego.* No... tú quédate.

ANA MARÍA. *Como si no comprendiera la intención de él.* ¿Quieres que trabajemos?

AGUSTÍN. No.

ANA MARÍA. *Volviendo á coger el cestillo.* Entonces...

AGUSTÍN. Quédate. Tengo que decirte una cosa... muchas.

ANA MARÍA. Bueno. *Deja el cestillo encima de la mesa.*

AGUSTÍN. *Con efusión.* ¡Gracias!

ANA MARÍA. No hay de qué. *Pausa.*

AGUSTÍN. *Que no sabe por dónde empezar.* ¿Qué llevas ahí?

ANA MARÍA. Mi labor.

AGUSTÍN. Y un libro.

ANA MARÍA. Sí, un libro.

AGUSTÍN. *Hojeando.* De versos.

ANA MARÍA. De versos.

AGUSTÍN. ¡Ah, vamos!... Son del famoso don Francisquito. *Tira el libro.*

ANA MARÍA. *Recogiendo con cuidado el libro que él ha tirado con rabia, y volviéndole á colocar junto al cestillo.* Sí, de Francisco son.

AGUSTÍN. ¡Me apesta ese niño!

ANA MARÍA. ¿Por qué?

AGUSTÍN. ¡El y sus poesías!

ANA MARÍA. *Con calma.* ¿Por qué?

AGUSTÍN. ¡Porque es un estúpido y te hace el amor!

ANA MARÍA. ¿A ti qué te importa?

AGUSTÍN. Y te le hace sabiendo, es decir, creyendo que eres todavía mi novia.

ANA MARÍA. Pero como no lo soy...

AGUSTÍN. *Muy nervioso.* Y puede que tenga la absurda pretensión de que tú llegues á corresponderle.

ANA MARÍA. Puede que la tenga, y no sería absurda.

AGUSTÍN. *Desesperado.* ¿Ah, no?

ANA MARÍA. *Sonriendo.* Los dos somos solteros, los dos libres...

AGUSTÍN. *Con ímpetu.* ¡Pero él no te merece!

ANA MARÍA. De sobra sabes tú que el amor no se da por merecimiento.

AGUSTÍN. ¿Es decir, que le quieres?

ANA MARÍA. No creo que tengas la pretensión de que te vaya á consultar en la elección de novio.

AGUSTÍN. No la tengo, no... *Serenándose con esfuerzo.* Perdóname... soy un imbécil.

ANA MARÍA. Estás perdonado.

*Pausa. Agustin pasea y Ana Maria le mira con sorna.*

AGUSTÍN. *De repente.* ¡Ana María!

ANA MARÍA. ¿Qué?

AGUSTÍN. Nada.

*Pausa. Agustín vuelve á pasear y enciende un cigarro.*

ANA MARÍA. *Se echa á reir estrepilosamente.* ¡Ja, ja, ja!

AGUSTÍN. *Parándose en seco y mirándola con asombro.* ¿Qué te pasa?

ANA MARÍA. Nada.

AGUSTÍN. Entonces, ¿por qué te ríes de ese modo?

ANA MARÍA. Por reir.

AGUSTÍN. ¡Por reir! Las mujeres os reís por reir. ¡No lo entiendo!

ANA MARÍA. También los hombres fumáis por fumar.

*Él tira el cigarro con rabia.*

No, si á mí no me molesta el humo.

AGUSTÍN. ¡No tienes corazón!

ANA MARÍA. Más grande que una casa, hijo, por mi desgracia. *Suspira.* ¡Ay!

AGUSTÍN. ¿Por qué suspiras?

*Ella le mira y no contesta. Él, después de una pausa, se decide de nuevo á hablar.*

¡Ana María!

Ana María. ¿Qué?

Agustín. ¿Es verdad, verdad que no quieres á nadie?

Ana María. ¿Quién te ha dicho eso? Quiero á mucha gente: á la abuela, á ti, á Pedro, á mis amigas, á Manuela, á unos cuantos chiquillos.

Agustín. No es eso lo que te pregunto: quiero decir querer... querer de amor.

Ana María. ¿A quién quieres que quiera?

Agustín. ¿Qué sé yo? ¡A muchos!

Ana María. *Riéndose.* Con uno solo sería bastante. Sepamos.

Agustín. *Señalando á una rama de madreselvas que ella lleva prendida en el pecho.* Por ejemplo: al que te ha dado esas flores.

Ana María. *Haciéndose la inocente.* Estas no me las ha dado nadie: las he cortado yo á la puerta de casa. ¿Las quieres?

Agustín. ¿Me las ofrecerías lo mismo si te las hubiese dado él?

Ana María. *Fingiendo mal humor.* ¿Otra vez?

Agustín. *Con tozudez.* ¿Me las darías?

Ana María. ¡No!

Agustín. ¿Por qué?

Ana María. Porque no se debe ofender el cariño de nadie.

Agustín. ¿Tú sabes que te quiere?

Ana María. ¡Lo sé!

Agustín. ¿Porque te lo ha dicho?

Ana María. Porque me lo ha dicho.

Agustín. *Con burla y mala intención.* ¿En prosa ó en verso?

ANA MARÍA. *Muy seria y muy firme.* ¡En verso y en prosa!

AGUSTÍN. *Arrepentido ante la firmeza de ella, y como un doctrino.* Yo no sé hacer versos, Anita.

ANA MARÍA. Ni falta que te hace. ¡Ea, me voy!

AGUSTÍN. Y yo contigo. ¿Quieres que demos una vuelta por el jardín?

ANA MARÍA. Por mí...

AGUSTÍN. *Con entusiasmo exagerado.* ¿Sí?

ANA MARÍA. Sí, hombre, sí, como todos los días...

*Coge el cesto de la costura y se dirige hacia el jardín: él se dispone á acompañarla. En este momento sale Juan por la puerta del estudio.*

JUAN. Señorito, que ha llegado la carreta del mármol. Ahí está en la puerta del corral. Dicen los carreteros que si se descarga, ó sale el señorito á ver lo que se hace.

AGUSTÍN. ¿El mármol?... ¡Ah!, sí... para la santa. ¡A buena hora lo traen! ¡A ver si lo estropean!

ANA MARÍA. Anda y ve lo que hay... es cuestión de un momento.

AGUSTÍN. Pero, ¿me esperas, eh?

ANA MARÍA. Sí, hombre, sí, te espero. Ahora está la abuela entretenida con su música, y no le hago falta. Me pondré á hacer labor.

AGUSTÍN. Voy allá.

*Sale Juan. Agustín quiere acercarse á Ana María, pero como ella no le mira, hace un gesto de resignación y sale de prisa. Ana María vuelve la cabeza despacio para ver si se ha ido; sonríe con malicia, y luego hace un gesto de alegría franca, casi de chiquilla, palmoteando. Después pone cara seria de persona muy grave. Después*

*se tapa la cara con las manos como si le diese vergüenza de su propia felicidad. Después suspira y se acerca despacio á la mesa donde está su cesto de costura.*

ANA MARÍA. ¡Ay! Pues, señor, ¡qué cosa tan sencilla es un día feliz!

*Manuela entra precipitadamente del jardín,*

MANUELA. ¡Señorita, señorita!

ANA MARÍA. *Sin volver de su embeleso.* ¿Qué hay?

MANUELA. Una señora que quiere ver al señorito.

ANA MARÍA. *Que casi da un salto.* ¿Al señorito?

MANUELA. Sí, señora, al nuestro, al señorito Agustín. Dice que es muy amiga suya. Viene con un chiquillo del pueblo...

ANA MARÍA. *Con angustia.* ¿No la conoces?

MANUELA. No, señora... es muy guapa y muy descarada. ¿No lo digo? Ahí viene, y eso que le dije bien claro que esperara.

ANA MARÍA. ¡Llévate la costura y déjame!

*Carmelina entra por el jardín y se adelanta con decisión.*

CARMELINA. Señora...

ANA MARÍA. *Ceremoniosamente.* ¿Qué deseaba usted?

CARMELINA. Vengo á visitar al señor de Aldana. Me han dicho en la casa que aquí está su estudio y, con permiso de usted, voy...

ANA MARÍA. ¿A verle? Lo siento mucho, pero no es posible.

CARMELINA. ¿Cómo?

ANA MARÍA. El señor de Aldana está trabajando y no recibe á nadie.

CARMELINA. ¡Bah, delante de mí ya está acostumbrado á trabajar!

*Va á pasar.*

Ana María. Lo siento mucho, pero no puede ser.

Carmelina. *Parándose y mirándola cara á cara con cierto descaro.* ¿Usted sabe quién soy?

Ana María. *Fingiendo indiferencia, y con un poco de desprecio.* Me lo figuro.

Carmelina. Y á pesar de ello insiste usted en no dejarme entrar. *Ana María sonríe vagamente.* Grandes derechos parece usted tener sobre la persona del señor de Aldana.

Ana María. Sin duda, cree usted tenerlos mayores.

Carmelina. *De buena fe.* ¡Ja, ja, ja, ja!

Ana María. *Un poco desconcertada.* ¿De qué se ríe usted?

Carmelina. De la porterita que se trae el amigo. Ya me lo venía yo figurando, porque pensar que Agustín

*Al oir la familiaridad con que Carmelina pronuncia el nombre de Agustín, Ana María hace un gesto de pena.*

se iba á pasar dos meses metido en un rincón sin dar señales de vida, no habiendo por medio una cara bonita, es pensar lo imposible.

Ana María. *Muy turbada.* No sé con qué derecho... se atreve usted á hacer suposiciones... verdaderamente infundadas·

Carmelina. ¡Ah!, ¿son infundadas? Me alegro tanto. Entonces, ya que los sentimientos de usted no se oponen... usted permitirá...

*Da un paso adelante.*

Ana María. No, señora. Aqui no se trata de sentimientos, sino de conveniencia. Estoy segura de que

para la tranquilidad de Agustín conviene que usted no le vea, y no le verá usted.

CARMELINA. ¿Debo acaso pensar que es orden suya?

ANA MARÍA. Piense usted lo que guste.

CARMELINA. Francamente, no crei que le hubiese quedado tan mal recuerdo mío.

ANA MARÍA. ¡Cosas del mundo!

CARMELINA. ¡Cosas del mundo! *Muy serena.* Como si le estuviera oyendo vociferar. Pero no le haga usted caso á un hombre cuando habla mal de una mujer. Cuando insulta, señal que no puede olvidar.

ANA MARÍA. *Recalcando el nombre.* Agustín no se toma el trabajo de insultarla á usted.

CARMELINA. Mire usted, ésa es ya una mala noticia, por lo cual me permito no creerla.

ANA MARÍA. No la crea usted; pero tenga usted la bondad de retirarse.

CARMELINA. ¿Con esa suavidad lo pide usted?

ANA MARÍA. Naturalmente. Entre personas de buen gusto no hay por qué alterarse. ¿Usted comprende una escena trágica en este jardín, con esta paz, con esta luz, con lo bien que huele y lo muy dulcemente que cantan los pájaros? En este mundo mío no hay posibilidad de tragedia. Todo es madrigal.

CARMELINA. ¿Es esa la última palabra de usted?

ANA MARÍA. La última, sí, señora.

CARMELINA. Pues ahora voy yo á decir la primera. *Cambiando de tono, con dureza y mala intención.* Usted, señora ó señorita, tiene usted muchísimo talento y habla usted como un libro. Sí, señora: comprendo que este lugar no es propio para escenas violentas y que está usted

en su casa, digo, lo supongo, y que hace usted en ella... lo que se le antoja; pero comprenda usted también que una mujer como yo no corre Europa de punta á punta buscando al hombre á quien tiene perfecto derecho... ó perfecto capricho á llamar suyo, para contentarse, cuando llega á su puerta, con una escaramuza de palabras. Yo tengo la costumbre de no retroceder ante ninguna clase de violencias para salirme con mi gusto. Por lo demás, estoy de acuerdo con usted, y creo que la suavidad es cosa admirable y digna del mayor respeto. De modo y manera que usted, que es tan suave, déjeme usted pasar por las buenas, y no hablemos más.

ANA MARÍA. ¡He dicho que no!

CARMELINA. ¿Tan segura está usted de la voluntad de Agustín?

ANA MARÍA. ¡Tan segura!

CARMELINA. *Con una sonrisita de mala sangre.* ¡No lo está usted tanto de su cariño!

ANA MARÍA. *Dolida y orgullosa.* ¡Eso es cosa mía!

CARMELINA. *Con naturalidad truhanesca.* Y mía también, puede usted creerlo... y puede usted también estar segura de que él no le agradecerá á usted mucho esta obstinación. Supongamos que me marcho sin verle, como usted desea; puedo volver mañana, puedo escribir. No es él quien se alejó de mí: cuando sepa que he vuelto, y lo sabrá, puede usted estar segura de que vendrá á buscarme.

*Ana María, al oir esto, se desconcierta y se pone muy pálida.*

ANA MARÍA. *Después de una pausa, con resolución súbita.* Sí... es posible que tenga usted razón... ¡Sepamos la

verdad, y acabemos! *Llamando.* ¡Juan, Juan!... *Á Carmelina.* Espere usted... ¡Juan, Juan!...

JUAN. *Apareciendo en la puerta de la derecha.* ¿Llama la señorita?

ANA MARÍA. Diga usted al señorito Agustín que aquí hay una señora que quiere hablar con él. Buenas tardes.

*Sale por el fondo como una reina.—Carmelina la mira alejarse con curiosidad y sorna. Luego se vuelve y se dirige á Juan, que, al reconocerla, la mira con asombro y con una chispa de alegría en los ojos, como quien dijera con malignidad: «¡Esta aquí! ¡Ahora nos vamos á divertir!»*

CARMELINA. *Con calma y familiaridad.* Buenas tardes, Juanillo.

JUAN. *Con asombro y simpatía.* ¡Señorita... usted!

CARMELINA. *Satisfecha.* Yo.

JUAN. ¿No estaba usted en Viena?

CARMELINA. Ahora estoy en Madrid.

JUAN. ¿Bailando?

CARMELINA. Bailando... es decir, á bailar veníamos, en *tournée*, con un yanqui; pero tronó la empresa antes de empezar, porque en cuanto llegamos á Madrid, se enamoró el yanqui de una gitana, y se han ido á París con los cuartos.

JUAN. ¿De modo que usted...?

CARMELINA. ¿Yo? ¡Figúrate! Suerte que dije: Ya que el Destino nos ha puesto tan cerca, vamos á hacerle á aquél una visita. ¡Eso va ganando! Oye, ¿y qué hacéis aquí?

JUAN. *Con resignación.* ¡Engordar!

CARMELINA. ¡Ja, ja, ja! ¿También él?

JUAN. *Con un asomo de desprecio.* Usted no sabe la

tranquilidad que hay en esta casa y lo bien que se come.

CARMELINA. ¿Y está muy satisfecho?

JUAN. *Con un gesto de ponderación.* ¡Huy!

CARMELINA. Tú no lo estarás tanto, porque lo que es en esta calma chicha, no serán muchos los extraordinarios. *Hace ademán de contar dinero.*

JUAN. *Con filosofía y malicia.* Sabe usted, no se gana gran cosa, porque sí que es verdad que hay mucho orden, pero tampoco hay ocasión de gastar. *Se ríe.* ¿Tiene la señorita todavía de doncella á... á Bettina?

CARMELINA. *Dándole un achuchón con familiaridad.* ¡Buen truhán estás hecho! Sí la tengo. ¡Hijo, se iba á casar con un chino que era ayuda de cámara del yanqui; pero ahora ya...! ¡Si quieres que le dé recuerdos...!

AGUSTÍN. *Dentro.* ¡Juan!

JUAN. *Poniéndose de pronto muy serio.* ¡El señorito!

CARMELINA. Márchate.

*Agustín aparece en la puerta de la derecha.*

AGUSTÍN. Juan, ¿dónde te has metido?

JUAN. Señorito... estaba aquí... con...

CARMELINA. *Adelantándose.* Conmigo... no le riñas.

*Juan desaparece rápida y discretamente, por el fondo, muy divertido.*

AGUSTÍN. *Con espanto y rabia.* ¡Carmelina! ¿Tú?

CARMELINA. *Con calma.* ¡Hijo, qué exclamación tan original! ¡Ja, ja!

AGUSTÍN. *Con ira.* ¿Por qué has venido? ¿Quién te ha llamado? ¿Qué derecho tienes á entrar aquí?

*Se acerca á ella tan furioso que parece que va á pegarla.*

CARMELINA. *Muy serena.* Muchas cosas preguntas á un

tiempo. Con tu permiso, me sentaré para responder.

AGUSTÍN. ¡No hace falta, porque vas á marcharte ahora mismo!

CARMELINA. *Mirándole con sorna y sentándose.* ¿De veras? Estás hoy muy galante. No pongas mala cara, porque de todos modos me he de sentar. Estoy cansadísima. ¡Vaya unos trenes y unos caminitos que se usan en tu tierra!

AGUSTÍN. *Frenético.* ¿Quieres acabar de una vez?...

CARMELINA. *Con calma.* ¿De explicar por qué he venido? ¡Por amor, hijo! ¡Creí que te había dejado de querer, y nada!

AGUSTÍN. *Con mala idea.* ¿Sí, eh?

CARMELINA. ¿Lo dudas? ¡Todos mis triunfos sin ti, ceniza! Hasta de bailar he perdido el gusto. En vista de lo cual, he decidido venir á buscarte.

AGUSTÍN. *Haciéndose el incrédulo y rabiando.* Dí que se te acabó el dinero...

CARMELINA. ¡Qué materialistas sois los hombres y qué gusto sacáis en amargaros las alegrías! Sólo á ti se te ocurre estropear con dudas monetarias la felicidad de este encuentro.

AGUSTÍN. ¡Je... felicidad!...

CARMELINA. ¿Para ti no? Para mí, incomparable Figúrate que vengo desde Viena. ¡Qué país tan poético es España! En San Sebastián me detuve dos días á ver una corrida de toros. Creo que conquisté á un matador. ¡Chico, qué emoción! A poco me desmayo. Ahora que ya nos hemos reconciliado nos iremos tú y yo á dar una vuelta por Andalucía. ¡A ver si nos secuestran los bandidos!

AGUSTÍN. *Volviéndose loco.* Pero ¿qué estás diciendo?

¿Qué hablas de viajes y de toreros? ¿Quién te ha dicho que estaba yo aquí?

CARMELINA. ¡El corazón!

AGUSTÍN. *Casi pegándola.* ¿Quién te lo ha dicho?

CARMELINA. *Con guasa.* Tu fama, hijo; los grandes hombres no podéis vivir ocultos: todos los periódicos del mundo han dicho que te habías retirado á dormir los laureles al seno de tu hogar...

AGUSTÍN. ¡Maldita prensa!

CARMELINA. ¡Y no está mal el retiro, no!

AGUSTÍN. ¿Quieres callarte?

CARMELINA. ¿Es que vas á hablar tú?

AGUSTÍN. Sí; para rogarte que te vayas inmediatamente.

CARMELINA. ¡Qué hospitalarios sois en esta casa! ¡Lo mismito me ha rogado ella!

AGUSTÍN. ¡Ella! *Con desesperación.* ¿Pero tú has visto á Ana María?

CARMELINA. ¿Ana María se llama? ¡Qué nombre tan bonito! Sí, la he visto; pero no te asustes, que he estado la mar de correcta! ¡Pobre artista mío! Si no llego yo á tiempo, te cazan y te casan. ¡Casado tú! ¡Ja, ja, ja! Dame las gracias y siéntate aquí. ¡Tenemos que hablar de tantísimas cosas!

*Agustín pasea sin responder.*

¡Siéntate aquí! *Con un poco de impaciencia.* Ya sabes que siempre me pone nerviosa verte dar vueltas como un león en jaula. ¿Por qué no hablas? ¿Sabes lo que estás mereciendo? ¡Que me marche y no vuelva en mi vida á acordarme de ti!

AGUSTÍN. Es lo mejor que puedes hacer. Entre tú y yo no hay nada. Quisiste romper y rompimos, y yo

le doy gracias á Dios á todas horas de que se te ocurriese semejante idea. Creo que pasa un tren á media tarde; te acompañaré á la estación: el mundo es grande y espero que podremos pasar la vida sin volver á encontrarnos. ¡He dicho!

CARMELINA. *Como si no le hubiese oído, se levanta y empieza á pasear por la habitación.* ¡Qué reloj tan curioso! ¡Tan viejecito! ¿Es de los que hacen música al dar la hora? ¡Cuántas flores! *Corta una flor de una maceta, y se la prende en el pecho.* ¿Permites?

AGUSTÍN. *Un poco domado por la serenidad de ella.* ¡Carmelina!

CARMELINA. *Sin volver la cabeza.* ¡Bonito retrato! ¡Qué ojos tan suaves y qué boca tan seria! ¡Ah, si es la niña de antes!

*Agustín le quita el retrato con violencia, y se le guarda en el bolsillo.*

AGUSTÍN. *Sentándose en un sillón.* ¡Es posible que un hombre esté obligado á sufrir esto de una...!

CARMELINA. *Acercándose á él muy despacio por detrás y levantándole la frente con las dos manos.* ¡De una mujer que le quiere á uno muchísimo más de lo que se merece!

*El da un bufido, pero ella le tiene descontado, y sigue sujetándole y enredando los dedos entre los rizos rubios de él. El poco á poco se va dejando dominar por el encanto sensual de ella.*

¡Qué inocente eres; pero qué inocentísimo! ¿A quién más que á ti se le ocurre meterse en un rincón porque tiene pena? Claro que yo me alegro de que te diera pena encontrarte sin mí, porque eso me demuestra que, á pesar de estar loca, te hago un poquitillo de falta. ¿Sabes que por el mundo no habla la gente más que de

ti? Menudo ruido que ha dado la estatua. ¿Te acuerdas? Chico, en flor estaban todos los granados de nuestro jardín cuando pasé por Roma. ¡Mira que no estar nosotros allí! No digas nada; ya sé que yo tuve la culpa. ¡Es que no sabía lo mucho que te quiero! ¿Que no te quiero? *Da la vuelta, y viene á sentarse muy cerca de él en el brazo del sillón.* Un día de éstos te lo voy á probar para que te convenzas... es decir, bien te lo estoy probando con haberte venido á buscar, despreciando por ti, ¡no te rías!, pompas y honores. *Abrazándole.* ¡Sí, señor hombre célebre; hemos nacido el uno para el otro! *El la aparta con suavidad y sin gran convencimiento.* ¿Y suspiras? ¿Es que te pesa que haya venido? Pues, hijo, ponte hueco, no creas que ha faltado en el camino quien me haya querido detener. ¡Había en Montecarlo un argentino... y en Madrid un madrileño!... Pero para madrileños, tú, *Cogiéndole la cara entre las manos.* tú, tú, que eres el más granuja que ha nacido de madre. ¡Verás tú lo felices que vamos á ser juntos, porque tú vienes conmigo sin hablar palabra! Hijo, está París esta primavera más loco que nunca. ¿Te acuerdas á qué huelen los castaños del boulevard en el mes de Junio? Huelen á divertirse, á quererse, á soñar, á vivir. Chiquillo, aquí estás preso, grandísimo tonto, y no te das cuenta. Tú necesitas mundo y vida libre y quien te haga soñar y agitarte y sufrir...

AGUSTÍN. *Con cierta complacidísima lástima de sí mismo.* ¡Sufrir!

CARMELINA. Sí, señor, sufrir. *Abrazándole.* ¡Ay, grandísimo pillo, cómo te quiero!

AGUSTÍN. *Hecho un memo.* ¡Carmelina!

CARMELINA. ¡Si vieras qué alegría cuando supe que

nuestra estatua te había hecho ganar la medalla! ¿Dónde está?

AGUSTÍN. *Un poco confuso.* La vendí.

CARMELINA. *Con fingida indiferencia.* ¿Te dieron mucho?

AGUSTÍN. Cinco mil duros... creo...

CARMELINA. Tres mil me debes. Y á propósito, ¿tienes siquiera un par de cientos por ahí? Un préstamo, hijo. Como estaba segura, ¡pobre de mí!, de que te iba á encontrar en Roma, no cogí más que cuatro cuartos para el camino, y ahora estoy casi pobre.

AGUSTÍN. *Vencido.* Sí, ven. . toma... de paso saldremos por el jardín... no quiero que nos vean... te acompaño... te vas...

CARMELINA. Claro que me voy, grandísimo ingrato; pero te espero... en Madrid... ¿palabra? Mira que no me fío mucho de ti... mira que si no vienes mañana mismo, vuelvo á buscarte pasado mañana. ¿Sí? ¿No? ¡Mamarracho!... ¡Y todavía se hace el interesante!... Bueno, dame esas pesetas, no se me vaya á marchar el tren. Pero dime algo. ¡Ay, quiera usted á un hombre para esto!

*Le coge del brazo estrechándole como si tomase posesión de él, y salen juntos por la puerta del estudio, á tiempo que entra Juan por el jardín.*

*Juan los mira salir, y se frota las manos satisfechísimo. Se acerca un momento á escuchar á la puerta: entonces se oye dentro la risa de Carmelina. Juan, de contento que está, casi da saltos.*

JUAN. *Felicísimo.* ¡Esto va bueno, bueno!

*Entra Manuela, también por el jardín, y se queda mirando con cierto asombro las demostraciones de Juan.*

MANUELA. ¿Qué le pasa á usted, hombre, que está usted tan contento?

JUAN. ¡Que nos vamos, Manuela, que nos vamos!

MANUELA. ¿Quién? ¿Dónde?

JUAN. Al fin del mundo. El señorito y un servidor de usted. Ahora mismito arreglo las maletas. ¡Viva la vida! ¡Poquitas ganas que tenía este cura de tomar el tren!

*En este momento Ana María viene por el jardín y se queda sin decir nada y sin que los otros se den cuenta de que está allí, en el fondo.*

MANUELA. Pues no se le ha tratado á usted tan mal, digo, me parece.

JUAN. Es que usted no sabe lo que es mundo, Manuela. El hombre no ha nacido para vivir en un desierto. Usted no sabe lo que son más de siete semanas sin faldas. ¡Ya me estoy viendo en mi París de Francia! ¡Hurra! *Da un salto como si quisiera coger el techo con las manos.*

ANA MARÍA. *Adelantándose.* ¿Qué le sucede á usted?

JUAN. *Quedándose hecho una estatua.* Señorita... ¿á mí?... Dispense la señorita... yo...

MANUELA. Que dice que se va el señorito mañana... ya ve usted...

ANA MARÍA. *Con grandísima calma.* ¿Mañana? No: esta noche. ¿No lo sabías?

MANUELA. Pero...

ANA MARÍA. No pongas esa cara de espanto, que no tiene nada de particular. *A Juan.* Y usted, inmediatamente, vaya usted á preparar el equipaje. Cuando estén las maletas tráigalas usted aquí, que quiero ver

si van bien arregladas. ¡Listo, que á las nueve pasa el último tren! *Juan sale con un gesto de asombro. A Manuela.* ¿Qué hacías tú aquí?

MANUELA. *Cogiendo la bandeja del té, que se habrá quedado en una mesita.* He venido á recoger esto.

ANA MARÍA. Pués llévatelo.

MANUELA. Sí señora, señorita. Pues, señor, no lo entiendo. *Sale.*

ANA MARÍA. *Hablando sola y sin saber lo que dice.* ¡Está bien... está bien!... *Se acerca á la mesa, y cogiendo el libro de versos, abre al azar y lee sencillamente, pero con lágrimas en la voz.*

El corazón se cansa de inquietarse
por lo que acaso nunca llegará,
y le duelen las alas sordamente
como duelen los ojos de velar...
¡Oh, camino con sol, donde la sombra
tan deseada nunca pasará!
El corazón se cansa de inquietarse
y hay que decirle: ¡No esperemos más!
Remordimiento cáusanme las horas
que gastamos en desenmarañar
los ásperos vellones de esta niebla
dudando entre un: ¿Será? y un: ¿No será?
Remordimiento y lástima. ¡Perdidas
horas, que bien pudimos emplear
en coger una risa ó una rosa,
en gustar nuestra miel y nuestro pan!
La vida se reía de nosotros,
que hora tras hora hacíamos girar
nuestra devanadera lamentable.
¡Ay, corazón; quedémonos en paz!

¡Descansemos! El corazón suspira,
preguntando: ¿Y así hemos de matar
nuestra quimera? No —le respondemos—,
tú duerme y calla. . ¡ella se morirá!

FRANCISCO. *Asomando por entre las enredaderas del fondo y aplaudiendo.* ¡Bravo, amiga, bravo!

ANA MARÍA. *Dejando caer el libro y volviéndose asustada.* ¿Eh?

FRANCISCO. *Entrando.* ¿Se puede? *Ocultando la emoción con un tono de burla amable.* Ha leído usted esos versos tristes de un modo admirable. ¡Cualquiera diría que también usted sabe lo que son penas!

ANA MARÍA. *Queriendo sonreir.* ¿Yo?

FRANCISCO. Perdón... Ya sabemos que es usted la mujer más feliz de la tierra.

ANA MARÍA. Todo el mundo es feliz cuando quiere serlo.

FRANCISCO. Verdad; pero hasta los felices del todo tienen ustedes, por lo visto, sus horas de melancolía... ¡oh, injustificada! y vea usted lo que es el egoísmo: á los que estamos tristes de verdad, esas melancolías infundadas de ustedes los alegres, los enamorados, los correspondidos, nos dan un poco de consuelo... así pueden ustedes comprendernos algo, haciendo una ligera composición de lugar...

*Los dos están tan emocionados, cada uno por lo suyo, que, en realidad, no saben lo que dicen.*

ANA MARÍA. Gracias...

FRANCISCO. *Con inquietud verdadera ante el desconcierto de ella.* ¿Qué le sucede á usted, criatura?

ANA MARÍA. ¿A mí? ¡Nada!

FRANCISCO. *Con emoción y sinceridad.* ¡Ana María, no

esté usted triste, por el amor de Dios!... ¡Mire usted que todo soy capaz de sufrirlo menos eso! ¡Mire usted que no respondo de mí, si sospecho que alguien... *Mirando con rencor hacia la habitación de Agustín.* alguien le ha causado á usted una pena! ¡Ana María, el que á usted la entristezca, me lo paga á mí!

Ana María. ¡No sea usted chiquillo! No tengo penas. Es que estoy nerviosa, no sé por qué. Estas tardes de Junio son interminables. Y luego, esa tormenta que está horas y horas encima de nosotros, y que no acaba de descargar. ¡Si empezase á tronar y cayese un buen chaparrón! ¡No sé qué hay en el aire!

Francisco. Sí, indudablemente, algo debe de haber en el aire.

Ana María. ¿Venía usted á buscarme? ¿Ha estado usted ya en casa?

Francisco. No... pasaba... creí que estarían ustedes ya de vuelta... la oí á usted decir versos, y me detuve...

Ana María. Sí, estaba aquí yo sola,.. y por pasar el rato...

Agustin. *Dentro.* ¡Juan, Juan!...

Ana María. *Con un poco de extravío.* ¡Agustín...!

Francisco. ¿Está ahí en el estudio?

Ana María. Habrá vuelto... porque había salido... ¿Quiere usted ver la Santa Margarita? Entre usted...

Francisco. ¡No me interesa! Gracias...

Ana María. *Con temor de que salga Agustín.* Pues... espere usted un poco... si quiere... yo voy aquí... al salón... á darme un poco de agua fresca en la frente... me duele la cabeza de un modo... pero vuelvo en seguida. *Sale completamente desconcertada.*

Francisco. *Con angustia.* ¿Qué le pasa á esta mujer? ¿Qué le pasa?

Agustín. *Saliendo del estudio.* ¿Dónde estás metido, grandísimo idiota?

Francisco. *Volviéndose.* Buenas tardes.

Agustin. *Con muy mal humor.* ¡Ah! ¿Es usted?

Francisco. Yo... Usted perdone que haya invadido los dominios de usted... Mi estancia en esta habitación es puramente accidental. Estaba aquí con Ana María.

Agustin. ¿Con Ana María?

Francisco. *Recalcando.* Sí, con Ana María... ¿Tiene usted algo que decir?

Agustin. ¡Ah, usted supone que debo decir algo!...

*Los dos hablan con nerviosidad violenta.*

Francisco. Usted sabrá si le importa ó no que yo esté con ella.

Agustin. ¿Tiene usted la pretensión ridícula de que deba importarme?

Francisco. Eso de ridícula...

Agustin. Sí, señor, sí; ridícula, absurda, necia...

Francisco. ¿Por tratarse de mí?

Agustin. Y por tratarse de ella...

Francisco. Que merece mucho más que un hombre como yo, ¿verdad?

Agustin. Cuando usted lo dice...

Francisco. Que le merece á usted, por lo visto...

Agustin. Eso es cuenta suya.

Francisco ¡Ya! Y tan seguro se encuentra usted de sus merecimientos, que se permite usted hasta el lujo de darle disgustos.

Agustin. Oiga usted...

Francisco. *Insultante.* Lo cual, tratándose de una mujer como ella y de un... escultor como usted, es una villanía, peor, una majadería insigne, que yo, yo, ¿lo oye usted?, no estoy dispuesto á tolerar.

Agustin. Pero ¿qué tiene usted que ver con ella?

Francisco. ¡Nada absolutamente!

Agustin. Entonces...

Francisco. *Exaltándose.* Nada absolutamente... No soy nada para ella, nada, porque ella no me quiere, pero ella lo es todo para mí, porque yo la quiero, sí señor, la quiero, la quiero, la quiero; ¡si viera usted qué gusto me da decirlo á voces!, ¡la quiero más que usted, más que su madre si la tuviera, más que toda su casta, y la merezco, aunque usted no lo crea, mucho más que usted, y la respeto más que usted también, y sabría hacerla mucho más feliz, ¿lo oye usted?, mucho más, porque lo que es usted, y usted dispense, es usted un pobre hombre que no sabe lo que trae entre manos!

Agustin. *Ya furioso.* ¡Pero que va á saber romperle á usted la crisma!

Francisco. ¿Sí? Hombre, no sabe usted las ganas que tenía...

Agustin. *Interrumpiéndole.* ¿De que nos diésemos de trastazos?

Francisco. ¡Precisamente; sí, señor!

Agustin. ¡Pues á ello!

*Van á pegarse con mutuo entusiasmo, y cuando están ya cogidos por las solapas, entra Ana María. Al verla ellos se separan con un poco de confusión y otro poco de rabia por no haber podido terminar la pelea.*

Ana María. ¿Qué pasa?

Francisco. *Arreglándose los desperfectos del traje.* Nada.

Agustín. *Al mismo tiempo que Francisco, y arreglándose también la ropa.* Nada.

Ana María. ¿Qué ridiculez es ésta, Agustín? *Con severidad.* ¿En tu casa, en la mía? ¡Es estúpido!

Agustín. Hija mía... yo...

Francisco. Ana María, usted perdone. Tengo yo tanta culpa como el señor de Aldana.

Ana María. *A Francisco, con amabilidad que contrasta con la severidad con que ha hablado á Agustín.* Usted, como ya le he dicho antes, es usted un chiquillo. Tranquilícese usted. Las damas de estos tiempos no necesitamos paladines. Caso de que tuviéramos alguna ofensa que vengar, sabríamos vengarla solitas. Somos muy valientes, y tenemos las uñas muy afiladas...

Francisco. Perdóneme usted. No se trataba de vengarla á usted, sino de demostrar que el amor poético, melancólico y desesperanzado tiene su fuerza material correspondiente, y es capaz de llegar, cuando el caso lo pide, y aunque no lo pida, á algo más que inofensivos suspiros. ¡Después de haberle roto la cabeza efectiva é indudablemente á un afortunado rival, se debe suspirar muy á gusto, créame usted!

Ana María. *Con un mohín de coquetería graciosa.* ¡No faltaría más! ¡Silencio!... Y á casita .. es decir, á mi casa... dígale usted á mi abuela que voy en seguida, y espéreme usted allí; tengo que reñirle á usted á mis anchas...

Francisco. *Encantado.* Todo lo que usted quiera.

*Besa la mano apasionadamente á Ana María, y sale mirando á Agustín con cierta insolencia.*

*Agustín se ha refugiado en un rincón y arranca furiosamente flores de una enredadera.*

ANA MARÍA. ¿También con las flores vas á pagar el mal humor? ¡Hijo, qué mal te sientan las visitas!

*Él no dice nada.*

¿Te marchas mañana, ó esta misma noche?

*Él no contesta.*

Yo, por si acaso, he mandado á Juan que disponga en seguida el equipaje. Si no da tiempo á todo, te llevas las maletas, y yo te enviaré á Madrid los baúles.

AGUSTÍN. ¿Tanta prisa te corre que me vaya?

ANA MARÍA. Sí, hijo, sí, la verdad: estoy cansada de este juego de niños.

AGUSTÍN. Es verdad... yo no puedo seguir aquí: *Ella sonríe irónicamente.* ya has visto lo que hoy ha sucedido: mi vida está tristemente atada á personas indignas de ti... Yo era aquí tan feliz, que me había olvidado de todo, y me había creído redimido de todo por la paz de esta casa, dueño de mi pasado, libre. ¡Figúrate cómo me llevo el alma! Pero la conciencia me dice que no puedo seguir á tu lado exponiéndote á encuentros como el de hoy. Por ti más que por mí, debo marcharme. Poco importa la tranquilidad mía, pero la tuya y tu dignidad están por encima de todo, y..

ANA MARÍA. *Con sorna.* Muy elocuente estás.

AGUSTÍN. *Con susto.* ¿Qué dices?

ANA MARÍA. Que estás muy elocuente, pero que toda la elocuencia del mundo te sirve de muy poco para disfrazar la verdad. ¿Te vas? Estás en tu derecho. ¿Te han venido á buscar y te agrada la compañía? Mejor para ti. Pero no me vengas con historias

de dignidad y de tranquilidad. Mi dignidad, como comprendes perfectamente, está muy por encima de todas las visitas más ó menos dignas que á ti se te antoje recibir. Mi tranquilidad cree que también: te aseguro que el rato de conversación que he tenido con esa... señora me ha divertido mucho y me ha instruído más. Siempre es bueno saber de la vida, de algunas vidas especialmente... de la tuya, por ejemplo.

Agustín. ¿No te había dicho yo todo lo que ella pudiera decirte?

Ana María. Mucho más, pero todo consiste en el acento... Ya ves, contándome ella lo mismo que tú, me ha resultado la historia distinta, y siento de veras todo el aire de drama que habíamos puesto *Con desprecio.* en el sainete, por tu culpa, hay que confesarlo.

Agustín. ¿Por mi culpa?

Ana María. Tú llegaste aquí poco menos que chorreando sangre. Creo que hasta lloré, ¡tonta de mí!, escuchando el relato de tus desventuras. La dama era un fiero basilisco, una mujer fatal. Naturalmente, esta tarde me he desilusionado un poco. ¡No es tan fiero el león como le pintan, ni hace falta tanto para rendir á un hombre! Tu bailarina es una señora bastante agradable, pero también bastante vulgar, que se ríe como una mortal cualquiera, y en la cual ni mirando con catalejo se descubren esos abismos que según tú decías...

Agustín. *Lamentablemente.* ¿Dónde vas á parar?

Ana María. A decirte que cuando la vi comprendí lo poco que me habías querido nunca.

Agustín. *Sincero, y sin darse cuenta de lo que dice.* ¿Que no te quiero?

ANA MARÍA. *Sin hacerle caso.* Por lo poco que se necesitó para que me olvidases. *Mirándole con lástima desdeñosa.* ¡Ja, ja, ja!

AGUSTÍN. ¿Te ríes de mí?

ANA MARÍA. De la humanidad, si te ofende menos. No quiero figurarme la escenita con la buena señora. Tiene gracia que yo, creyendo á pie juntillas en tus lamentaciones, me empeñase en no dejarla entrar.

AGUSTÍN. *Lamentablemente.* ¿Por qué la dejaste?

ANA MARÍA. Porque comprendí de repente que no llegaban mis derechos de consoladora hasta poder privarte de las dulzuras de la reconciliación.

AGUSTÍN. ¡Ana María!

ANA MARÍA. *Secamente.* Por segunda vez y á sabiendas has elegido tu camino. Sin duda te conviene cuando así te atrae. Ojalá seas muy feliz en él. Hemos terminado. ¿Te vas? Ya he avisado á Manuela para que preparen el coche. No te apures por lo que hay que decir á la abuela: yo se lo explicaré. Adiós, y buena suerte. *Da media vuelta y se dirige al jardín.*

AGUSTÍN. *Con desesperación cuando ella va á salir.* ¡Ana María! ¡Ana María! *Como quien se tira á un pozo.* ¡No me dejes marchar!

ANA MARÍA. *Deteniéndose.* ¿Eh?

AGUSTÍN. *Acercándose á ella y cogiéndole las manos.* ¡No me dejes marchar!

ANA MARÍA. ¿Yo?

AGUSTÍN. ¡Sí, tú!

ANA MARÍA. ¿En qué quedamos?

AGUSTÍN. Sí: te he ofendido, y mucho más de lo que tú puedas figurarte; sí, he prometido que me marcho mañana, lo he jurado... me esperan, es decir... ni

siquiera sé si me esperan; pero deténme tú, defiéndeme, porque si tú no me detienes me voy á la tristeza, al fracaso, al envilecimiento de todas las horas del día; me voy con ella ¡porque no sé estar solo!, pero te juro que me da terror; tú no sabes la vida que me espera, la que siempre hemos llevado juntos... *Levantándose un mechón del pelo de la frente.* Mira, ¿ves esta cicatriz? *Con sarcasmo.* Pues es el símbolo de todo nuestro amor.

ANA MARÍA. *Con un poco de temblor nervioso.* ¿Te has batido por ella?

AGUSTÍN. *Con desesperación cómica.* Nos hemos roto en la cabeza toda una vajilla de Sajonia y una cristalería de Venecia... ¡En dos años, Anita!

ANA MARÍA. *Muriéndose de risa.* ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Esta era la tragedia! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Esta es la sima negra, el abismo, la desolación! ¡Tirarse los platos á la cabeza! ¡Ja, ja, ja!

AGUSTÍN. Ana María... no te burles de mí... es decir, búrlate, ríete... haz lo que quieras, pero díme que me quede á tu lado.

ANA MARÍA. ¿Yo á ti? ¿Con qué derecho?

AGUSTÍN. ¡Con todos los derechos!

ANA MARÍA. ¿Quién me los da?

AGUSTÍN. El cariño que te tengo, Anita; sí, el cariño, el amor; porque, á pesar de todo, y aunque tú no lo quieras creer, te quiero, te quiero más que á nadie, ¡á nadie más que á ti!

ANA MARÍA. ¡Calla, calla!

AGUSTÍN. ¿Te ofendes?

ANA MARÍA. *Con ira y tristeza.* ¿Te asombras? ¡Me quieres! ¡Y me lo dices hoy, esta tarde, después de lo que acaba de pasar! ¿No te basta la comedia ridícula y

triste que por amor á esta pobre vieja estoy representando? ¿No te basta verme reir sin gana? Necesitas que llore de veras otra vez por tu amor. ¡Por tu amor! La novia abandonada, escarnecida, conquistada otra vez en seis semanas, para poderse dar el gusto de volverla otra vez á traicionar. ¡Qué gloria ¿verdad? ¡Qué hazaña para celebrarla con cuatro amigotes de café y cuatro danzantes!

AGUSTIN. ¡Ana María!

ANA MARÍA. Sí, en cuanto dieras dos pasos por el mundo. Ya lo has visto hoy mismo, en media hora, por cuatro palabras, á mi lado, en mi casa, ¡y queriéndome! ¡Queriéndome!

AGUSTÍN. Sí, *Apasionadamente.* con toda mi alma, como antes, como siempre, más que nunca, ¡y también de otro modo! ¿Te pediría que me defendieses si no fuera verdad? ¡Te quiero! Eres otra mujer siendo la misma; pero otra, más bonita, sí, mucho más bonita y más buena que antes, y más ¡no sé! ¡más mía! Antes... yo te he querido mucho siempre, pero con alegría, ¿te acuerdas?, como un chiquillo loco que no sabe el valor de lo que tiene; pero ahora... ¡ahora te quiero con pena, con angustia, con esperanza, como si mi destino estuviese en tus manos, como si sólo tú supieras el secreto de mi suerte! Te quiero con ternura, con respeto, con ansia de tenerte, con celos, con deseo, con fiebre...

ANA MARÍA. *Fríamente.* ¡Como á tu danzante...!

AGUSTÍN. *Con pasión.* Sí, como á ella, como á ti, como á todas, porque tú lo eres todo para mí. *Ana María, un poco temblorosa, se aparta y va á apoyarse en una de las columnas mirando al jardín.* Ana María, ¿no me dices nada? *Ana*

*Mana se esfuerza por serenarse, y lo logra.* Ana María... ¿qué piensas?

ANA MARÍA. ¿Tanto amor en tan pocas semanas?

AGUSTÍN. *Apasionadamente.* ¡En toda la vida, no seas cruel! ¿Tú crees que es posible vivir á tu lado sin estar de rodillas delante de ti?

ANA MARÍA. ¡Qué obscuro se pone! ¡A ver si es verdad que tenemos tormenta! Mira, al otro lado del valle se ve llover.

*Agustín da media vuelta con pena rabiosa.*

¿Qué te pasa? ¿Te enfadas conmigo?

AGUSTÍN. ¡Ana María!

ANA MARÍA. *Después de una pausa.* Dices que me quieres, y yo soy tan tonta que... casi te aseguro... que quisiera creerlo; pero, después de todo lo pasado, ¿quién me responde de que sea verdad?

AGUSTÍN. Precisamente todo lo pasado. Te aseguro... es ridículo... pero te juro que es la pura verdad. Mientras ha estado aquí, ¡no te rías!, he estado deseando, sin querer desearlo, que vinieras tú; sí, te he estado llamando con toda mi alma, rezándote, pidiéndote que no me abandonaras...

ANA MARÍA. ¡Calla, calla!

AGUSTÍN. ¿Por qué no has venido? ¡Por qué no has dicho: Este hombre es mío, mío!

ANA MARA. ¡No digas eso!

AGUSTÍN. ¡Por qué, si es verdad!

ANA MARÍA. ¡Ay de mi! *Mirándole con severidad cariñosa.* Señor artista insigne, es usted un niño de la escuela, una calamidad, un mamarracho: pérfido como el agua, frágil como el cristal... *Se ríe.* de Venecia, traído y llevado á todos los vientos por los primeros ojos de

mujer que se le ponen á usted delante, inconstante, embustero...

AGUSTÍN. ¡Eso no!

ANA MARÍA. *Sin hacer caso de la interrupción.* Pero, consuélate, que á todo hay quien gane; aun existe en la tierra otro ser humano más frágil y más débil que tú: yo, que conociéndote como te conozco, y sabiendo todo lo que sé, tengo la chifladura de quererte.

AGUSTÍN. ¿Ana María... tú...?

ANA MARÍA. Sí, yo. ¿Te asombra? Más me asombra á mí; pero, hijo, ¿qué le vamos á hacer? ¡Resignarse!

AGUSTÍN. ¡Ana María... eres un ángel!

ANA MARÍA. Ya lo sé. ¿No se te ocurre algo un poco más nuevo que decirme?

AGUSTÍN. Pero ¿podrás quererme de verdad, de verdad, ahora que tan bien sabes lo poco que valgo?

ANA MARÍA. *Grave y dulcemente.* ¡Hijo, las mujeres no podemos vencer esta compasión pícara, que hace que cuando el ídolo se nos cae del altar le recojamos en los brazos... como á un hijo!

*Abre los brazos y Agustín se precipita en ellos. Se abrazan larga y emocionadamente.*

AGUSTÍN. *Abrazándola.* ¡Mi vida!

ANA MARÍA. *Entre sonrisa y llanto.* De eso abusáis vosotros.

*Entra Juan con una maleta en cada mano.*

JUAN. Las maletas, señorita.

ANA MARÍA. *Sin separarse de Agustín, á quien coge de la mano.* Lléveselas usted, no corren prisa; aún tengo yo que preparar las mías.

*Sonríe á Agustín. Juan vuelve á salir. — Telón muy rápido.*

FIN DE LA COMEDIA

# EL POBRECITO JUAN

COMEDIA EN UN ACTO

## PERSONAJES

MARIANA
JUAN
ANTONIO
MAMA INÉS
MAMA PEPA
DON CARLOS
CRIADA 1.ª
IDEM 2.ª
OBRERO 1.º
IDEM 2.º

Jardín cuidadosamente arreglado en parterre. A la derecha nogal corpulento, á cuya sombra hay algunos muebles de mimbre, mecedoras, sillones y meridiana con muchos almohadones de cretona. Dos mesitas: en una de ellas, bandeja con frutas y servicio para desayuno; en la otra, cajas con bombones, flores y un paquete de encaje atado con cintas de seda. Sobre la meridiana, también flores. Están en escena Mamá Pepa y Mamá Inés. Mamá Pepa siempre que habla se quita los lentes, los limpia con el pañuelo y se los vuelve á poner: está leyendo un libro. Mamá Inés cose.

Mamá Pepa. Esta tarde llueve.

Mamá Inés. ¡Qué ha de llover, señora, qué ha de llover!

Mamá Pepa. No, pues aquella nube...

Mamá Inés. Es de viento.

Mamá Pepa. Yo le aseguro á usted que llueve: me lo dice esta pierna.

Mamá Inés. Pues á mí me está diciendo este brazo que sequía tenemos para una semana.

Mamá Pepa. ¡Todo sea por Dios!

*Suena el pito de la fábrica.*

El pito. Me parece que hoy adelanta el reloj de la fábrica.

Mamá Inés. ¡Qué ha de adelantar, señora, qué ha

de adelantar! Si hace lo menos diez minutos que han dado las ocho.

MAMÁ PEPA. ¿Se lo dice á usted el brazo?

MAMÁ INÉS. Me lo dice el sol, que ya está en la segunda baldosa de la galería...

MARIANA. *Dentro.* Adiós, adiós... sí, gracias, muchas gracias... ¡ja, ja, ja!.. por supuesto... gracias... adiós, adiós... *Entra con un ramo de rosas en la mano.* ¡Pobres gentes! ¡qué contentos se marchan! Parece que me quieren de verdad... no, y puede que me quieran... no todo ha de ser hipocresía en este mundo... *Yendo hacia la mesa.* Rosas, claveles, lirios... chocolates, ¡qué ricos! *Come uno.* Apartaré unos cuantos para Juan, que es tan goloso el pobre como yo.

*Las viejas tosen; ella las mira un momento y no dice nada.*

¡Digo si da gusto cumplir veinte años y que le regalen á una tantas cosas!

*Vuelve á sonar el pito.*

La segunda señal... Parece una sirena de barco el pito de la fábrica... ¡Lo que me gustaría á mí hacer un viaje por mar, largo, largo!...

MAMÁ PEPA. Si no te mareabas.

MARIANA. Aunque me marease... Y llegar á unas islas que no estuviesen en el mapa, y descubrirlas, y civilizar á los indios... es decir, civilizarlos del todo, no, porque entonces tendrían que gastar pantalones y guantes y sombrero de copa... ¡Uf, qué cosa tan fea es un hombre vestido!

MAMÁ INÉS. ¡Niña!

MARIANA. ¡Ay, mamá Pepa, mamá Inés, abuelas de mi alma, qué contenta estoy y qué ganas tengo de ser muy feliz!

MAMÁ PEPA. Tú verás si no da lo mismo.

MARIANA. No da lo mismo... es decir, á mí me parece que no... porque estar contenta como lo estoy yo ahora porque hace sol, porque cumplo veinte años, porque, á Dios gracias, no me duele nada, es una cosa tan sencilla, tan de fuera de uno... Y yo digo que la felicidad debe ser una cosa más honda, más de adentro, más triste... es decir, triste puede que no... pero, en fin, que á veces le dé á uno ganas de llorar de alegría...

MAMÁ PEPA. ¡Hija de mi alma!

MARIANA. Allá veremos cuando llegue, si llega.

MAMÁ INÉS. ¡Estás loca!

MARIANA. A vosotras, respetables señoras y abuelas mías, ¿qué os parece? ¿llega ó no?

MAMÁ PEPA. ¿Qué es lo que tiene que llegar?

MARIANA. Eso que siempre está una esperando sin saber lo que es.

MAMÁ INÉS. Hija, casi todo lo que llega en la vida, ó es triste ó llega tarde.

MARIANA. ¡Jesús!

MAMÁ PEPA. No hagas caso. Todas las cosas son según se miran, y á lo más obscuro amanece Dios... Lo que hay que hacer es no reconcomerse, y pensar, pase lo que pase, que peor sería no verlo; porque, hija, ¡viva la gallina y viva con su pepita!

MARIANA. ¿Sabéis lo que me han dicho las chicas del taller? Que Dios me dé un buen novio. ¡Ojalá!

MAMÁ INÉS. ¡Ay, niña! ¿para qué quieres novio tan joven?

MAMÁ PEPA. Para casarse, como todo el mundo.

MARIANA. Claro que sí... y para tener muchos

hijos... lo menos diez .. diez hombres como diez castillos, trabajadores, listos, valientes, atrevidos, que vayan por el mundo haciendo cosas grandes; caminos, casas, fábricas, escuelas, leyes, revoluciones. ¡Con diez hombres de veras me parece que se puede salvar un país! *Viendo entrar á su padre.* ¡Ay!... padrecito mío. ¿cuántos ministros hacen falta en España?

Don Carlos. Como hacer falta... ocho creo que hay.

Mariana. Me sobran dos... uno para poeta y otro para filósofo... ¡Vaya una estatua que me va á levantar la patria agradecida!

Don Carlos. ¿Qué locuras estás diciendo ahí?

Mariana. Felicítame. ¿No te acuerdas de que hoy cumplo veinte años? *Dejándose abrazar.* ¡Ajajá! ¿Te has puesto triste? ¿en qué piensas? No me lo digas, que lo sé. *Con emoción simpática, mirando al cielo.* ¡Mamá!

Mamá Pepa. ¡Pobre hija mía! Cada vez te pareces más á ella; ¿verdad, Carlos?

Don Carlos. Verdad.

Mamá Inés. ¡Qué se ha de parecer, señora, qué se ha de parecer, si es el vivo retrato de su padre!

Don Carlos. Bastante corregido, en todo caso.

Mamá Inés. No hay nada que corregir. No es porque seas hijo mío, pero había que verte á los veinticinco años.

Mamá Pepa. ¡Pues había que ver á mi hija á los diez y ocho!

Mariana. Y, sobre todo, hay que verme á mí. ¡Ay, me duele el alma de ser buena moza!

Mamá Pepa. ¡Dios te conserve el buen humor!

Mamá Inés. Es de familia.

MAMÁ PEPA. ¡Naturalmente!

MARIANA. *A su padre.* Mira, mira las cosas que me han regalado. Todas estas flores, los empleados de la fábrica; estos dulces, las muchachas del taller de costura; esta pieza de encaje, las niñas de la escuela dominical; mamá Pepa, esta cruz; mamá Inés, este rosario de coral de veras... ¡Vaya un par de abuelas santurronas que tengo! A ver qué me regalas tú.

DON CARLOS. *Sacando la cartera.* Pide por esa boca.

MARIANA. No, no; dinero, no... Si estoy riquísima. Figúrate que en el taller de costura, que empecé sin nada, por dar una limosna decorosa á unas cuantas infelices, estamos ganando un dineral; no damos abasto con los encargos; y las conservas que hago con mamá Inés, por no tirar la fruta que sobra de la huerta, otro tanto; hasta de una tienda de Madrid nos han hecho pedidos.

DON CARLOS. Pues tú dirás, entonces.

MARIANA. Si me atreviera, te pediría una cosa... sí te la pido; pero no me vas á decir que no... Oye, y no te vas á enfadar conmigo... Para mí, para mí no es... pero da lo mismo, porque es para Juan.

DON CARLOS. ¿Para Juan?

*Las dos viejas vuelven á toser, y Mariana vuelve á mirarlas.*

MARIANA. Sí... es decir, para Juan, precisamente... bueno, para su padre, ¿sabes? Te he dicho que no es dinero, y mirándolo bien, sí es dinero.

DON CARLOS. ¿En qué quedamos?

MARIANA. ¡Ay, qué mal genio tienes! No es dinero, no... es que respondas con tu firma para que no les embarguen la casa.

Don Carlos. ¿Yo voy á responder con mi firma de las trampas del señor marqués?

Mariana. ¡Ay, papá!

Don Carlos. Pero ¿tú no sabes lo que significa salir fiador de un hombre como ése?

Mariana. Es que ya no les queda más que la casa, y se quedan sin ella por una miseria que le deben á ese judiazo... y la madre de Juan está tan enferma, y Juan tan angustiado, el pobre... Ya comprendo yo que responder por ellos... es decir, por el padre, que es tan así... Pero puedes hacer otra cosa, ¡eso es!, comprarle la hipoteca al judío, y, entonces, como el dinero te lo deben á ti, tú no les embargas, y todos contentos.

Don Carlos. ¡Buen modo tienes tú de arreglar negocios!

Mariana. Es que esto no es negocio: es un regalo que me haces por el día de mi cumpleaños. ¡Veinte, veinte, veinte! Vamos á ver, ¿cuánto darías por volverlos á tener tú? Pues hazte cuenta que los cumples porque los cumplo yo, y es igual. Y, además, te prometo no volverlo á hacer nunca. *Abrazándole.* ¡Ay, que padre tan rico y tan avaro tengo! Mírame... *Zarandeándole.* ¿Sí? ¿sí? ¿sí?

Don Carlos. Bueno, bueno... *Sonriendo.* Déjame en paz. Que venga luego Juan, y hablaremos, porque á su padre no le quiero ver... Y conste que es echar margaritas á puercos, y que dentro de un mes están lo mismo... pero, en fin...

Mariana. Gracias, gracias, gracias.

Don Carlos. No me lo agradezcas, que lo hago contra toda mi voluntad. Vaya, hasta luego.

Mariana. ¿Dónde vas?

Don Carlos. A la fábrica

Mariana. Así me gusta á mí la gente, trabajadora. Oye, que en cuanto sientas la primera campanada de las doce, á casita, que hoy mamá Inés va á hacer no sé cuántos primores en la cocina, y si se pasa el arroz estamos perdidos. ¡Qué contento se va á poner Juan, el pobre!

*Sale don Carlos.*

Mamá Pepa. *Con sorna.* ¡Pobrecito!

Mamá Inés. Extrañábame á mí que no anduviese el pobre Juan al retortero.

Mariana. ¿Por qué decís eso?

Mamá Inés. Porque hasta en la sopa le vamos á encontrar un día.

Mariana. ¡Bah!

Mamá Pepa. Niña, tu mamá Inés tiene mucha razón: no está bien que una señorita de veinte años ande á todas horas y por todas partes con un muchacho de veintidós.

Mamá Inés. Eso es lo de menos: la niña y Juan se han criado casi como hermanos, y no tiene nada de particular que anden juntos: lo malo es que ésta se toma por él un interés que, francamente, es demasiado.

Mamá Pepa. En eso no hace mal, porque de gente bien nacida es amparar al que lo ha menester; lo peor será que él se llegue á figurar otra cosa.

Mamá Inés. ¡Qué se ha de figurar, señora, qué se ha de figurar, si es humilde como una malva y bueno como el pan bendito!

Mamá Pepa. Será todo lo bueno que usted quiera, pero, al cabo, es hombre, y los hombres...

MAMÁ INÉS. ¿Qué me va usted á decir á mí de los hombres, señora?

MAMÁ PEPA. Nada que usted no sepa, probablemente.

MAMÁ INÉS. ¿Qué quiere usted dar á entender con eso?

MARIANA. ¡Vaya, vaya, abuelas, no hay que enfadarse! ¿Que Juan es un bendito? Mejor para él. ¿Que le quiero mucho? Más me quiere él á mí. ¿Que vamos siempre juntos? Es costumbre antigua, y á nadie le sorprende. ¿Que hago por él todo lo que puedo? Para eso soy yo rica y él es pobre. Además, todo el mundo tiene su calamidad en esta vida. Vosotras me tenéis á mí; yo tengo á Juan... ¡Dios nos bendiga á todos! Y miradle, que por allí viene con su calma de siempre.

MAMÁ INÉS. Pues yo me voy adentro, que en aquella cocina debe de andar todo manga por hombro.

MAMÁ PEPA. Y yo también, que tengo que cuidar los canarios..

MARIANA. ¡Ja, ja, ja! ¡Ni que viniera el ogro! ¡Pobre Juan!

*Entra Juan: muy elegaute, muy distinguido, muy degenerado y muy simpático.*

JUAN. ¿Se puede?

MARIANA. Adelante.

JUAN. *Entrando.* ¿De qué te reías?

MARIANA. De que mis dos abuelas tienen celos de ti.

JUAN. Tus dos abuelas no me pueden ver.

MARIANA. ¡Y dice mamá Inés que eres bueno como el pan bendito!

JUAN. Manera correcta de llamarle á uno tonto.

MARIANA. ¿Qué me miras?

JUAN. Que estás demasiado bonita hoy por la mañana.

MARIANA. Todo es poco, hijo mío. Me voy haciendo vieja. ¿No me lo notas?

JUAN. ¿Tú?

MARIANA. ¿No me ves en la cara una cosa especial, una seriedad extraña? Pues es que tengo un año más que ayer.

JUAN. ¿Un año más que ayer?

MARIANA. ¡Cabalito! Porque ayer aún tenía diez y nueve, y este amanecer he cumplido los veinte.

JUAN. ¡Maldita sea mi estampa!

MARIANA. ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya un modo de felicitarme!

JUAN. ¡Estúpido, necio de mí!

MARIANA. ¡Ja, ja, ja!

JUAN. No te rías. ¿Por qué no me lo has dicho ayer?

MARIANA. Para tener el gusto de que no te acordases hoy... como todos los años, por supuesto.

JUAN. Mariana, no eres buena conmigo.

MARIANA. ¡Anda, que no... y te he guardado no sé cuántos bombones! Toma, toma... Y, además, te tengo preparada una buena noticia. ¿Cómo está tu madre?

JUAN. ¿Cómo va á estar? Figúrate. Ahogándose de tos y de fatiga. Y luego, por mucho que hemos hecho para ocultárselo, no sé cómo se ha enterado de lo de la casa, y ahora tiene otra angustia, porque dice que si la sacan de entre esas paredes se muere sin remedio... ya ves tú.

MARIANA. ¿Y tu padre?

JUAN. Por allí anda diciendo que se pega un tiro.

Mariana. No hay miedo.

Juan. Ya lo sé; pero mi madre le oye, y como siempre cree á pie juntillas todo lo que él dice... Aquello no es casa, Mariana; aquello no es vivir... Gracias á que estás tú en el mundo, porque si no...

Mariana. ¿Si no?

Juan. Si no, era un servidor el del tirito.

Mariana. ¡Vaya un valor de hombre!

Juan. Tú dirás qué valor va uno á tener contra esta suerte perra. Chiquilla, todo me sale mal desde que nací; no pongo mano en cosa que no se derrumbe... y tú lo sabes mejor que nadie. Me han criado para rico, y soy pobre; me han hecho estudiar para abogado, y no sirvo para hilvanar tres palabras seguidas; necesitaría ser fuerte de cuerpo y de espíritu, y me canso cuando subo una cuesta, y no puedo matar una mosca; me haría falta tener mala fe, para desenredar la poca hacienda que nos queda de los laberintos en que la ha metido la fantasía de mi señor padre, y mi señora madre, Dios la bendiga, me ha enseñado á ser bueno, bueno, bueno, más bueno que el pan, como dice tu abuela.

Mariana. ¡Ja, ja, ja!

Juan. Ríete. Mira, aquí traigo una carta para que me ayudes á ponerla en inglés: será trabajo inútil, pero, en fin... es para un lord de esos extravagantes, que anda por la provincia comprando vejeces: á ver si viene á casa y se le mueve el alma á darnos un puñado de duros por los cuatro cachivaches de plata que todavía quedan en la capilla.

Mariana. ¿Vais á vender la plata de la capilla?

Juan. Y el árbol genealógico que está en el

salón grande: dicen que también vale unas pesetas.

MARIANA. Pero eso es como vender el nombre.

JUAN. ¡El nombre! El alma vendería yo si Satanás no hubiese perdido la buena costumbre de comprarlas.

MARIANA. Calla, hereje, calla.

JUAN. ¿Te he puesto triste con mis lamentaciones?

MARIANA. No, no. Es que estoy pensando. ¡Qué cosa tan rara es ésta de la suerte! ¡Por qué unos siempre arriba y otros siempre abajo! Ya ves; en cambio, á mí todo me sale bien.

JUAN. *Con efusión.* ¡Porque lo mereces!

MARIANA. Nadie merece nada, porque nadie elige el alma que tiene ni el camino que sigue.

JUAN. Eso que dices tú sí que es una herejía.

MARIANA. Pues lo siento muchísimo, porque es verdad. Ya ves qué hago yo por la vida desde que he nacido: vivir, estar contenta de vivir, seguir viviendo... Sí que le doy gracias á Dios cuando me acuerdo de lo bien que me va; pero muchos días, hasta eso se me olvida... Y desde que he nacido, no recuerdo una pena, lo que se dice una pena mía... Cuando se me murió mi madre era yo tan chica... Sí que me compadezco de los demás; pero por dentro sigo siendo feliz... y nunca he estado enferma, y nunca me ha costado trabajo ni siquiera aprender las lecciones, como á otros niños, y nunca me ha reñido nadie, y todo lo que emprendo va adelante, y entretanto oigo que todo el mundo dice á todas horas: «¡Señor, pero qué malos están los tiempos!» De modo que mi prosperidad, que á mí me parece la cosa más natural del mundo, es casi un milagro, y cuando pienso en ello, me pregunto: ¿Por qué, Señor, por qué?

JUAN. Déjalo y no lo pienses.

MARIANA. Algunas veces me da rabia contigo.

JUAN. ¿Por qué?

MARIANA. Por la conformidad que tienes: á todo te resignas, hasta á no saber el porqué de las cosas. Parece que andas por la vida con los ojos cerrados y que por eso te vas dando de coscorrones contra las paredes.

JUAN. *Pasándose la mano por la cabeza.* No te enfades conmigo, que no me falta más.

MARIANA. ¿Te duele la cabeza?

JUAN. Un poco.

MARIANA. *Acercándose.* Y estás pálido. ¿Quieres café?

JUAN. No; ya he tomado bastante.

MARIANA. Esta noche, ¿verdad? Te la has pasado en claro, como si lo viera: leyendo. ¿Hasta qué hora?

JUAN. Hasta la madrugada. Y no me riñas, porque tú también has estado despierta.

MARIÁNA. ¿Yo? ¡Ave María!

JUAN. Pues toda la noche hubo luz encendida en tu cuarto.

MARIANA. ¡Ja, ja, ja! Porque de puro sueño que tenía se me olvidó apagarla. ¿Y has estado pensando...? ¡Jesús! Es que ayer fuí á caballo y volví á la Robleda á ver á mis primas, y estuvimos qué sé yo el tiempo jugando al tennis y remando en la barca... y volví tan cansada... hijo, vergüenza me da decirlo, pero no me he acostado: me arrodillé á rezar delante de la cama, y allí he amanecido, porque me dormí al primer padrenuestro.

JUAN. Pero estarás rendida.

MARIANA. No lo creas. Un poco hinchados tenía los ojos; pero con el agua fresquita de la ducha, ni visto ni oído.

JUAN. Chiquilla, tú sí que eres agua fresca, salud de arriba abajo, amanecer por fuera y por dentro. ¡Qué envidia me das y cómo te quiero!

MARIANA. ¡Ay, con qué voz tan rara has dicho eso! Anda, vamos á escribir la carta! Díctame en español. Por más que, pensándolo bien, es inútil con la noticia que te tengo que dar... Ni siquiera me has preguntado qué era. Como yo sí que me acordaba del día que es, le he pedido á mi padre un regalo; ¿y á que no aciertas qué regalo me ha hecho? La deuda del judío.

JUAN. *Sin comprender.* ¿La deuda del judío?

MARIANA. Sí, la vuestra, vuestra deuda, ¿no lo entiendes? lo que vosotros le debéis á ese hombre; por lo que os iban á embargar la casa. Mi padre paga lo que sea, y lo que debíais al otro se lo debéis á él, y como á él no se le ha de ocurrir embargaros, os quedáis tan tranquilos en vuestra casona. *Conmovida.* Y no necesitáis vender la plata ni el árbol...

JUAN. ¡Mariana!

MARIANA. Luego entras un momento á ver á mi mi padre y lo arregláis entre los dos.

JUAN. *Ahogándose de emoción.* ¡Mariana!

MARIANA. Verás tu madre qué contenta se pone.

JUAN. ¡Mariana! *Cogiéndole las manos.* Eres la mujer más buena de este mundo... sólo á ti se te pudo ocurrir esa idea de misericordia... ¡gracias, gracias!... No sé cómo decirte gracias de verdad. ¡Ay, Mariana, qué cosa tan triste y tan grande! Porque es una limosna que nos das, ¿sabes?, una limosna: pero ¡bendita sea

por venir de ti, de tus manos, de tu corazón, y bendita tú cien mil veces, *Con mucho apasionamiento,* alma de mi alma, única razón de mi vida!

MARIANA. *Muy sorprendida.* ¡Juan!

JUAN. Sí, única, única, ¿no lo sabías tú? ¿Verdad que sí? ¿verdad que si, amor mío?

MARIANA. No, Juan, no...

JUAN. Sí, Mariana.

MARIANA. Pero entonces es que...

JUAN. Sí; es que te adoro, que estoy loco por ti, enamorado, perdido, muerto...

MARIANA. ¡Calla, calla!

JUAN. ¡Desde siempre, desde toda la vida!

MARIANA. No, no...

JUAN. ¿Pero no lo sabías?

MARIANA. ¡No lo quiero saber!

JUAN. ¿Por qué?

MARIANA. Porque es una locura... No, una locura no... una pena muy grande, una desdicha...

JUAN. Entonces es que tú no me quieres á mí.

MARIANA. *Ya más tranquila.* No... Perdóname, Juan... Sí, te quiero, te quiero mucho, mucho, muchísimo... más que á mi padre, más que á mis abuelas... ¡pero no te quiero!

JUAN. ¡Mariana!

MARIANA. Más que á nadie en el mundo, pero asi no... ¡así no! *Llora.*

JUAN. No llores, que me partes el alma... ¿Es que... quieres á otro?

MARIANA. A nadie: no, de veras, no quiero á nadie.

JUAN. Entonces...

MARIANA. Pero le querré, le quérré cualquier día.

JUAN. ¿A quién?

MARIANA. No lo sé... á uno... á cualquiera... es decir, á cualquiera no... á uno.

JUAN. ¿Y por qué no ha de ser á mí, Mariana?

MARIANA. Porque no... Te lo digo lealmente... por el mucho cariño que te tengo... para que no puedas decir que te di esperanzas.

JUAN. ¡Tan despreciable soy!

MARIANA. ¿Despreciable? Si eres el hombre más bueno de la tierra.

JUAN. No me lo digas también tú.

MARIANA. Es la verdad.

JUAN. ¡De bastante me sirve!

MARIANA. ¡Juan, Juan! Levanta esa cabeza... mírame, Juan.

JUAN. ¿Es posible... es posible?

MARIANA. Pero, ¿te figurabas tú que yo...?

JUAN. No lo sé. Pensándolo, sí que me parecía una cosa inverosímil con esta mala suerte... pero te sentía tan cerca del corazón, tan mía... ó yo tan tuyo... no sé... y eras tan buena para mí, tan suave, tan mujer... Todo el bien de mi vida me ha venido, hasta ahora, de ti... en moneda menuda, es verdad, en cuidados, en consejos... Fué una temeridad, Mariana, pero tan acostumbrado me tienes á contar contigo, que pensé que el tesoro era mío... Además, te quiero tanto... quiero decir, te necesito tanto... ¿por qué no has de ser buena del todo? Mariana, déjame ser en tu vida un niño, un perro, un juguete, pero tuyo, tuyo... ¡Te querré tanto! ¡Con un poco que me quieras tú á mí, basta!

MARIANA. No basta. Para ser... eso, marido y mujer, hay que quererse mucho los dos, ¡y de otro modo!

JUAN. ¿De qué modo?

MARIANA. Yo te quiero á ti horrorosamente, á ti y á todo lo tuyo por ser tuyo... á tu casa, á tu madre... hasta á tu padre; ¡me parece que...! Bueno, por defenderte pondría yo la vida; cuando alguien habla mal de vosotros, le daría de bofetadas; por sacar vuestra casa adelante me quedaría sin comer; hasta vuestro apellido, vuestro título, que tú tienes en poco, me parece una cosa tan alta... pero... no sé cómo decírtelo: no me puedo querer casar contigo porque... porque á mí me parece... no te enfades... que soy... que soy más lista que tú.

JUAN. Mucho más.

MARIANA. Bueno, más lista no... más viva de genio.

JUAN. Sí, más lista, y más fuerte... y, además, muy bonita y muy buena.. Yo soy un infeliz, un pobre diablo...

MARIANA. No, eso no. Tú sabes muchísimas más cosas que yo, de libros y de arte... y eres más guapo en hombre que yo en mujer... Yo soy muy paleta... ¡mira qué manos tan coloradas tengo, y tú tan blancas! Y, además, eres tan elegante, y tienes tan buen gusto... ¡si no fuera por ti, que me aconsejas, iría yo vestida como una máscara! Vales tú más que yo, mucho más, desde luego.

JUAN. Pero... valiendo tanto, no soy tu ideal.

MARIANA. No... si ideal no tengo... no vayas á creer que soy una romántica.

JUAN. En resumidas cuentas, ¿cómo ha de ser el hombre que te sirva para marido?

MARIANA. No sé... verás... ¿Te acuerdas cuántas veces, yendo por ahí los dos, te has apoyado en mí para subir las cuestas? Pues á mí me parece que el hombre que ha de ser mi marido me tiene que subir las cuestas en brazos.

JUAN. Se haría lo posible.

MARIANA. Es que eso de las cuestas quiere decir muchísimas cosas.

JUAN. Ya, ya... no me lo digas.

MARIANA. Porque á ti no soy yo capaz de darte un disgusto... bueno, éste sí, porque no hay más remedio... ni de pedirte que me saques de una dificultad: me parece que he nacido yo para arreglártelas á ti todas; hasta cuando te duele la cabeza quisiera mejor que me doliese á mí... Eres mayor que yo, y me parece que eres mucho más joven, casi un hijo mío.

JUAN. ¡Calla, calla!

MARIANA. ¿Por qué?

JUAN. Porque todo el cariño que me tienes, con ser tanto y tan grande, es desprecio, nada más que desprecio.

MARIANA. No, no...

JUAN. O lástima, que no sé qué es peor.

*Pausa corta.*

MARIANA. ¡Ay, qué rabia tengo!

JUAN. ¿De qué?

MARIANA. De que no sea otra mujer la que te hace sufrir, porque entonces yo te consolaría.

JUAN. No, Mariana; si sufriese por otra mujer, queriéndola como á ti te quiero, tampoco tú podrías consolarme.

MARIANA. Sería la primera vez. *Acercándose.* No seas

tonto, Juan: piénsalo despacito y serenamente... No me quieres como tú te figuras; es imposible que si estuvieras loco por mí no me lo hubieras dicho nunca, nunca, en tantos años que llevamos juntos.

JUAN. *Cariñosamente.* No digas tonterías.

MARIANA. Es que no sabes qué hacer para buscarte una pena más. Ahora dirás que te ha salido mal hasta el cariño que me tienes... ¡Si no es posible que se quieran de amor dos personas que viven como hermanos desde chicos! El amor tiene que venir de fuera, de golpe... pero ¿qué te pasa? ¿qué tienes? ¿estás malo? ¡Ay, Juan, por el amor de Dios! No te pongas así, que te voy á decir que sí, por lástima, y luego nos va á pesar muchísimo á los dos. ¡Juan, Juan!

JUAN. *Levantándose.* No te asustes, no es nada. Tienes razón: los hijos que tú hayas de tener no merecen llevar en la sangre este veneno de sangre vieja, esta maldición de raza cansada y enferma... Haces bien, mujer fuerte, en no dejarte acariciar por unas manos que se quedan frías.

MARIANA. No digas locuras.

JUAN. Son las últimas. Déjame, te lo digo de veras, márchate... luego vuelves. Déjame solo un rato, hasta que me acostumbre á la idea de que hoy es como ayer, y de que aquí no ha pasado nada.

*Ella sale despacio, mirándole: ya en lo alto de la escalerilla, antes de entrar en la casa, se detiene.*

MARIANA. ¡Pobre Juan! ¡Qué pena tan grande! *Dando una patadita en el suelo.* ¡Pero tampoco es mía!

*Entra en la casa. Juan se queda sentado, intentando calmarse. Suena la campana de la verja; nadie responde. Pasa un momento: vuelve á sonar; entonces Antonio empuja la*

*puerta de la verja y entra en el jardín. Mira á un lado y á otro. No sale nadie.*

ANTONIO. ¡Ave María Purísima! ¡Pero ésta es una casa encantada!

*Retrocede para mirar la fachada y tropieza con la silla en que está sentado Juan. Juan se vuelve con mal humor.*

JUAN. ¿Eh? ¿quién?

ANTONIO. Usted perdone. *Reconociéndole.* ¡Juan!

JUAN. *Después de mirarle un momento.* ¡Antonio!

ANTONIO. El mismo.

JUAN. ¿Tú aquí?

ANTONIO. Parece. Abrázame, hombre, abrázame.

JUAN. Pero ¿de dónde sales?

ANTONIO. De tu casa.

JUAN. ¿De mi casa? ¿No estabas en América?

ANTONIO. Estaba; pero hasta de América se vuelve, aunque á ti te parezca inverosímil.

JUAN. ¿Y qué se te ha perdido en esta casa?

ANTONIO. Casi nada, chico... Se me ha perdido el alma, y tengo el dulce presentimiento de que, si la encuentro, voy á encontrar, de paso, la felicidad. Precisamente fuí á buscarte—y perdona el egoísmo—para que me proporcionases medio decoroso de penetrar en este paraíso... ¡Chico, qué amiga tienes tan bonita! Bonita es poco: hermosa, gloriosísima, triunfante, mujer entre mujeres... No sois novios, ¿verdad?

JUAN. ¿Novios? ¿De quién? Explícate y no digas sandeces.

ANTONIO. ¡Ay, de qué humor tan suave te despiertas!

JUAN. ¿Por qué dices eso?

ANTONIO. Porque cuando llegué estabas durmien-

do; no me lo niegues. He llamado qué sé yo cuántas veces á la verja y he dado no sé cuántos gritos. ¡Feliz tú!

JUAN. ¿Yo por qué?

ANTONIO. Porque puedes dormir en la inmediata proximidad de ese portento de los siglos. ¡Lo que hace la costumbre! ¡Ay, Mariana, Mariana!

JUAN. ¿Pero qué tienes tú que ver con Mariana?

ANTONIO. Hasta el presente, nada, desdichadamente. . nada más que estar loco por ella.

JUAN. ¡Bah, no será tanto!

ANTONIO. ¿Pero te figuras que todos estamos hechos de la misma madera que tú, ser incombustible? La he conocido ayer, ¡no te rías!, y no puedo vivir un día más sin ella. ¿Cómo has hecho para no enamorarte, tú que vives con ella desde que has nacido?

JUAN. Ahí verás tú... puede que por lo mismo. No es posible que se quieran de amor dos personas que viven como hermanos desde niños... el amor tiene que venir de fuera, de pronto...

ANTONIO. ¡Como un rayo! Es verdad... así me ha entrado á mí. Chico, es inverosímil lo que se puede querer á una mujer en veinticuatro horas... menos, en una noche de no dormir, pensando en ella. Oye, ¿tiene otro novio? Y perdona la indiscreción, pero...

JUAN. No, no le tiene; pero le tendrá.

ANTONIO. ¿Quién?

JUAN. No sé... uno... cualquiera...

*Todo esto lo dice con muy mal humor.*

ANTONIO. ¡Ah! Y tú, que eres tan amigo suyo, según dicen por ahí, de seguro sabrás... dispensa que te pregunte todas estas cosas, pero entre amigos... ¿tie-

nes idea de qué clase de hombre le gustaría á ella? ¿Te molesto?

JUAN. Un poco; pero ¿qué le vamos á hacer?

ANTONIO. ¡Qué bueno eres!

JUAN. Regular.

ANTONIO. Porque, á lo mejor, el ideal que ella se haya formado no se parece á mí, y entonces...

JUAN. ¡El ideal...! ¿Tú serías capaz de subir una cuesta con ella en brazos?

ANTONIO. ¡A los montes de la luna subo yo y bajo y vuelvo á subir sin tomar aliento!

JUAN. Pues ese es su ideal. ¡Buenos días! ¡Y que os aproveche!

*Sale.*

ANTONIO. *Siguiéndole.* Pero, Juan, ¿dónde vas? Espera, hombre... ¿qué hago yo aquí sin ti?... si me tienes que presentar... *Se oye sonar violentamente la campanilla de la verja, que se ha cerrado de golpe.* Pero... ¿es que son novios? No... me lo hubiera dicho... ó me hubiera pegado un puñetazo... Entonces...

*Mariana aparece en la escalinata.*

MARIANA. Juan, Juan, ¿no estás ahí?

ANTONIO. No, señorita, no está aquí... pero estoy yo, por si tiene usted algo que mandar.

MARIANA. ¡Ah! *Bajando.* Buenos días.

ANTONIO. Muy buenos.

MARIANA. ¿Qué deseaba usted?

ANTONIO. Ya nada *Al gesto de asombro de ella.* porque con verla á usted tengo bastante.

MARIANA. *Se ríe.* ¡Ah, vamos!

ANTONIO. ¿No lo cree usted?

MARIANA. Cuando usted lo dice. .

ANTONIO. ¿Y lo toma usted con esa tranquilidad?

MARIANA. ¿Quiere usted que me desmaye de sorpresa?

ANTONIO. Verdad es que ya debe usted estar acostumbrada.

MARIANA. ¿A qué?

ANTONIO. A despertar admiraciones fervorosas.

MARIANA. Hasta ahora no se ha muerto nadie por mí, pero Dios dirá.

ANTONIO. ¿Usted no me conoce?

MARIANA. Tengo una idea. ¿No es usted uno que pasó á caballo estando yo ayer por la tarde á la puerta de casa de mis primas?

ANTONIO. El mismo, sí, señora.

MARIANA. Y luego, ¿no estaba usted en la playa cuando volvimos de jugar al tennis?

ANTONIO. Y luego en el embarcadero, cuando dejaron ustedes la barca. Sí, señora, para servir á usted.

MARIANA. ¿Es usted forastero?

ANTONIO. No, señora; he nacido aquí.

MARIANA. Como se paró usted en la puerta á preguntarnos el camino...

ANTONIO. Por saber si tenía usted la voz tan bonita como la cara.

MARIANA. Pues yo no recuerdo haberle visto á usted hasta ayer.

ANTONIO. Es que he estado cuatro años en América y no he vuelto hasta hace dos semanas.

MARIANA. ¿Y antes?

ANTONIO. Antes me ha visto usted, aunque usted no se acuerde.

MARIANA. A ver... sí... me parece... no es posible... ¿Cómo se llama usted?

ANTONIO. Antonio Losada.

MARIANA. ¿Antonio Losada es usted... con ese bigote?

ANTONIO. Si, señora; en América crece mucho el pelo.

MARIANA. ¡Ja, ja, ja! Pero entonces conoce usted á Juan.

ANTONIO. Sí, señora, somos amigos; estudiamos juntos ahí en los Escolapios; juntos ganamos en la Universidad el primer suspenso.

MARIANA. ¿En derecho romano?

ANTONIO. No, señora; canónico.

MARIANA. Ese no fué el primero.

ANTONIO. Tiene usted razón... y memoria.

MARIANA. ¡Pobre Juan!

ANTONIO. ¡Pobre Juan!

MARIANA. ¿Por qué dice usted pobre Juan?

ANTONIO. Porque usted lo ha dicho antes.

MARIANA. Ha sido sin querer... ¡Pobrecillo!

ANTONIO. Si quisiera usted olvidarse un poquito de él para compadecerse de mí...

MARIANA. ¡Ah! ¿Pero usted también tiene penas?

ANTONIO. ¡Horribles!

MARIANA. Pues no se le conocen á usted en la cara.

ANTONIO. Es que son de mucho más adentro.

MARIANA. Puede que del corazón, ¿eh?

ANTONIO. Puede.

MARIANA. ¿Y antiguas?

ANTONIO. Como el mundo.

MARIANA. ¿Nada menos?

ANTONIO. Ni un día. Porque desde que Dios pensó en crearle, apuntó en una hoja de la cartera que, pasando los siglos y los siglos, iba yo á padecerlas por esos ojos negros que tiene usted.

MARIANA. Bueno, hablemos en serio.

ANTONIO. No hay inconveniente. ¿Quiere usted casarse conmigo?

MARIANA. ¡Jesús, Ave María! ¡Qué susto!

ANTONIO. ¿Tan feo le parezco á usted?

MARIANA. *Mirándole.* ¡Pts! Puede usted pasar.

ANTONIO. Gracias.

MARIANA. No hay de qué. Además, que eso es lo de menos.

ANTONIO. Sí, señora; pero ¿qué es lo de más?

MARIANA. ¿Usted tose?

ANTONIO. No, señora, nunca.

MARIANA. ¿Y le acostumbra á usted á doler mucho la cabeza?

ANTONIO. Espere usted á ver... sí: una vez, de chico, porque me la abrieron de una pedrada.

MARIANA. ¡Ah, es usted pendenciero!

ANTONIO. Regular. Cuando á uno no le dan por buenas lo que le hace falta...

MARIANA. ¿Lo que le hace falta, ó lo que se le antoja?

ANTONIO. Es lo mismo.

MARIANA. ¿Usted cree?

ANTONIO. Y usted también.

MARIANA. ¿Yo?

ANTONIO. Tiene usted un ceñito de salirse siempre con lo que se propone...

Mariana. ¿También adivino?

Antonio. Quien mucho quiere, ve de muy largo.

Mariana. Pero si dicen que el amor es ciego...

Antonio. Eso era antes: ahora ya le han batido las cataratas.

Mariana. ¡Pobrecillo! ¡Para lo que va á ver en esta vida!

Antonio. Muchas cosas buenas, empezando por usted.

Mariana. ¿Y acabando?

Antonio. Por usted también, después de dar la vuelta al mundo.

Mariana. ¡La vuelta al mundo!

Antonio. ¿Quiere usted que la demos del brazo?

Mariana. Mire usted que iba á ser muy mala compañera de viaje.

Antonio. ¿Por qué?

Mariana. Porque le pido muchísimas cosas á la vida.

Antonio. Pídamelas usted á mí y las tiene usted mucho más seguras.

Mariana. ¿Todas?

Antonio. Todas.

Mariana. ¿Y si están muy lejos?

Antonio. Se buscan.

Mariana. ¿Y si ya no las hay?

Antonio. Se inventan.

Mariana. ¿Y si hay que morirse para lograrlas?

Antonio. Se muere uno y después resucita. Puede usted estar segura de que yo no me marcho de este mundo mientras esté usted en él.

Mariana. ¿Aunque me case yo con otro?

ANTONIO. ¿Con Juan?

MARIANA. No, con Juan no me caso... pero el hombre que se case conmigo se ha de hacer cuenta de que Juan y yo somos la misma cosa. ¿Se ríe usted de Juan?

ANTONIO. No, señora.

MARIANA. Porque le advierto á usted que delante de mí no hay quien le ofenda, y que donde yo vaya tendrá que ir él, y que si hay un pedazo de pan para mí, con él hay que partirlo, y que mi casa es suya, y que siempre que me necesite me tendrá á su lado.

ANTONIO. Y puede que se queje de su suerte.

MARIANA. Puede. Y, además, que no hay que tener celos ni tonterías... ¡Juan es Juan!

ANTONIO. Desde luego. Siga usted pidiendo.

MARIANA. Si me caso...

ANTONIO. Que sí se casa usted...

MARIANA. Quiero tener diez hijos... varones.

ANTONIO. *Naturalísimamente.* ¿Nada más?

MARIANA. ¿Le parecen á usted pocos?

ANTONIO. Si usted no tiene inconveniente, añadiremos un par de hembras para que no se pierda la semilla de mujeres valientes.

MARIANA. ¿Se burla usted de mí?

ANTONIO. No, señora... pero sí que va á haber que darse prisa.

MARIANA. Bueno, y á todo esto, ¿usted qué hace?

ANTONIO. Desde ayer á las diez de la mañana, quererla á usted como un desesperado.

MARIANA. Quiero decir que cómo se gana usted la vida.

ANTONIO. Como haga falta. ¿No le parece á usted

que, en teniendo valor y suerte, todos los oficios son buenos?

MARIANA. Sí, pero...

ANTONIO. Pues, señora mía, en América he hecho un poco de todo: negocios de arrastre de caña, negocios de cultivo de tabaco, negocios de carnes en conserva...

MARIANA. ¿Y todos le han salido á usted mal?

ANTONIO. No, señora; muy bien.

MARIANA. Entonces debe usted ser riquísimo.

ANTONIO. No, señora, porque me he dado muy buena vida. Pero lo seré en cuanto estemos juntos.

MARIANA. ¿De modo que se piensa usted volver avaro cuando tenga que gastar para mí?

ANTONIO. Avaro, precisamente, no; pero algo habrá que ahorrar para mantener á toda esa familia.

MARIANA. ¡Ja, ja, ja! ¿Y piensa usted volverse pronto á América?

ANTONIO. Esa idea traje; pero ahora Dios dirá, como usted dice, porque como sin usted no me embarco, es muy posible que me quede en tierra.

MARIANA. ¿Piensa usted que yo le tengo miedo al mar?

ANTONIO. Usted, no; pero, ¿y si se nos marea Juan en el camino?

MARIANA. *Dándole la mano.* ¡Ja, ja, ja! ¡Es usted todo un hombre!

ANTONIO. *Besándole la mano.* Y usted todo un ángel.

MARIANA. Por supuesto.

ANTONIO. Entonces...

*Se oye ruido fuera y voces.*

VOCES. No... no... por aquí no...

MARIANA. ¿Qué pasa?

*Mamá Inés, Mamá Pepa y dos criadas salen á la puerta de la galería muy asustadas, mientras que por la puerta de la verja entran Don Carlos y un grupo de obreros que traen á Juan en brazos, cubierto con un capote de monte y ocultándole entre todos. Le dejan en la meridiana. Mariana y las otras mujeres se precipitan hacia él. Todo el diálogo que sigue, muy rápido: casi todos hablan al mismo tiempo.*

DON CARLOS. Aquí, aquí...

MAMÁ PEPA. ¡Juan!

MAMÁ INÉS. ¡Juan!

MARIANA. Pero, Juan...

MAMÁ INÉS. ¡Ay, Señor! ¿Qué ha pasado?

MARIANA. Juan, Juan, habla, mírame... ¿Qué es esto? ¿Qué te pasa? ¿Qué has hecho? ¡Responde!

DON CARLOS. Pero, hija, si no puede...

MAMÁ INÉS. ¡Ay, Dios mío!

MAMÁ PEPA. ¡Tan bueno!

CRIADA 1.ª ¡Tan simpático!

CRIADA 2.ª ¡Tan guapo!

DON CARLOS. Señoras, señoras, que todavía no se ha muerto.

MAMÁ INÉS. Pero se morirá.

MAMÁ PEPA. ¡Qué se ha de morir, señora, qué se ha de morir!

CRIADA 1.ª Ya abre los ojos.

MAMÁ INÉS. Dadle una taza de caldo, pronto.

ANTONIO. Mejor será una copa de cognac.

MAMÁ PEPA. Un ponche caliente.

MARIANA. *Acercándose á la mesa.* A ver, cerillas...

MAMÁ PEPA. *A una criada.* Trae el ron.

Mamá Inés. Pero, en resumidas cuentas, ¿qué ha pasado?

Obrero 1.º Pues nada, que iba por la falena y se cayó á la mar.

Obrero 2.º No se cayó, que se tiró.

Mamá Pepa y Mamá Inés. ¡Jesús!

Obrero 1.º Te digo que yo le vi caerse desde lo alto de la peña.

Obrero 2.º Te digo que le vi yo tirarse. ¿Cómo se iba á caer si tiene el camino dos varas de ancho?

Obrero 1.º Le daría un desmayo.

Mariana. ¿Pero quién le sacó del agua?

Obrero 1.º Del agua, nadie; porque cayó en la barca de Juanín, que estaba allí quitando los canastos de pescar langosta.

Mamá Pepa. ¡Bendito sea Dios y alabado!

Mamá Inés. Pues si no se ahogó, ¿qué demonios le pasa?

Obrero 1.º ¡Señora, que cayó de diez varas de alto! Si le parece á usted que el salto no es para aturdirse...

Criada 1.ª Aquí está el ponche.

Mariana. Trae. *Se acerca á Juan y le hace beber.* Bebe... más... ¿te duele algo?

*Juan tose.*

¿Toses? ¿Lo ves?... La mojadura.

Juan. *Tímidamente.* No, si mojarme no me he mojado mucho...; el agua que se coló en la barca al hundirse del golpe... No, no se alarmen ustedes... gracias á todos... ya estoy bien. Y ustedes perdonen.

Mamá Inés. Buen susto nos ha dado.

Don Carlos. Entren ustedes á tomar una copa de algo. *A mamá Pepa.* ¡Mamá!

MAMÁ PEPA. Ya voy.

OBRERO 1.° *A Juan.* Vaya, señorito, celebro que no haya sido nada.

OBRERO 2.° Hasta otra, señorito.

*Van hacia la casa. Quedan en escena solamente Mariana, Juan y Antonio.*

MARIANA. *En voz baja.* Pero... óyeme: ¿es que te has suicidado de verdad, de verdad?

JUAN. De verdad, ya lo ves... ¡y hasta el suicidio me ha salido mal!

MARIANA. ¡Vaya un disgusto que me das por ser el día de mi cumpleaños!

JUAN. Perdóname... fué más fuerte que yo la tentación de dejar este pícaro mundo.

MARIANA. Pero no lo vuelves á intentar, ¿eh? Prométeme que no.

JUAN. ¡Para lo que me había de servir!

ANTONIO. *Acercándose con cariño.* ¿Pero qué ha sido eso, hombre?

MARIANA. Nada, que estaba paseándose en la falena y le dió un vértigo.

JUAN. *A Antonio.* ¡Ah! ¿Pero estás tú aquí todavía?

ANTONIO. Sí... cuando te marchaste salió ella y...

MARIANA. Eso es... salí yo y...

JUAN. No me digáis nada... estaba de Dios...

MARIANA. Sí, estaba de Dios.

JUAN. *Con risa forzada.* ¿Y cuándo, cuándo es el...?

ANTONIO. Cuando ella diga.

MARIANA. No hay prisa.

ANTONIO. ¿Cómo que no?

MARIANA. Quiero decir que habrá que disponer tantas cosas para el viaje...

JUAN. *Con alarma.* ¿El viaje?

MARIANA. Sí... dice Antonio que nos vamos á América...

ANTONIO. Pero tú vienes con nosotros.

JUAN. ¿Yo?

ANTONIO. Sí, para ser padrino del primero de los diez hijos que vamos á tener á la mayor brevedad... porque le llamaremos Juan.

MARIANA. Por supuesto.

JUAN. ¡Eso sí que no!

ANTONIO. ¿Cómo?

MARIANA. ¿Por qué?

JUAN. Porque si hereda mi suerte con mi nombre, ¡ni agua en que ahogarse encontraría el infeliz á tiempo! Y, además, que si alguna vez en la vida le han de tener lástima, no quiero que le digan: ¡pobre Juan! Basta con uno.

MARIANA. Ni que te lo estuvieran diciendo á ti siempre... *Inconscientemente y alarmándose un poco.* ¡Pobre Juan!

ANTONIO. ¡Pobre Juan!

TELÓN



